
RECLAMADA
VANESSA WALTZ

RECLAMADA

LOS PECADORES DE BOSTON
LIBRO 4

VANESSA WALTZ

Copyright © 2024 por Vanessa Waltz

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Portada por Kevin McGrath

Fotografía por Michelle Lancaster @lanefotograf

ÍNDICE

1. Achille
2. Violet
3. Violet
4. Achille
5. Achille
6. Violet
7. Violet
8. Achille
9. Violet
10. Achille
11. Violet
12. Achille
13. Violet
14. Violet
15. Achille
16. Achille
17. Achille
18. Violet
19. Violet
20. Achille
21. Violet
22. Achille
23. Violet
24. Violet
25. Violet
26. Violet
27. Achille
28. Violet
29. Violet
30. Achille
31. Violet
32. Achille
33. Violet
34. Achille

35. Violet
36. Achille
37. Violet
38. Achille
39. Violet
40. Achille
41. Violet
42. Violet
43. Violet

Achille

Agradecimientos

UNO

ACHILLE

Mi madre jadeó. —Achille, ¡mira!

Su mirada estaba fija en algo a unas mesas de distancia. Alcancé la Glock bajo mi chaqueta, pero ella agarró mi muñeca.

—Por allí. ¡Ese niño pequeño!

Miré por encima de las cabezas de los universitarios, viendo a una chica un par de mesas más allá. Estaba suplicando al niño pequeño que tenía a su lado. Luchaba por controlarlo, intentando que comiera, pero él se metió debajo de la mesa. Mientras ella lo sacaba, la lámpara de hierro fundido iluminó al pequeño. Una mata de pelo rizado y oscuro enmarcaba un rostro redondo con un obstinado mohín. Ella intentó darle de comer otra vez, pero el niño negó con la cabeza. Su firme *no* resonó por todo el restaurante.

Mamá lo miraba con una pequeña sonrisa. —Se parece a ti cuando eras un bebé.

Allá vamos. Preferiría apuñalarme con un tenedor antes que sumergirme en el tema de los bebés. Ya tenía suficientes problemas sin que ella añadiera más, pero mamá era el cliché de la mujer italiana abrumadora. Usaría esto como excusa para acosarme sobre sentar cabeza.

—Tiene tus ojos, *tesoro*. Y esa barbilla obstinada. No me digas que no lo ves.

Me reí. —¿Tienes tantas ganas de tener nietos que ahora me ves en cada niño?

Su mirada se suavizó. —Es tan joven. Poco más de veinte años.

La miré. —¿Dónde está el padre?

El ceño de mamá se arrugó. —Está sola.

El niño lloriqueó. La chica lo acalló, balanceando un juguete frente a él, pero el niño no cedía. Sus pequeñas mejillas se pusieron rojas como la remolacha mientras chillaba. Sus puñitos golpeaban la mesa. La chica suplicaba, pero si acaso, él aullaba más fuerte. Ella parecía a punto de llorar.

Mamá chasqueó la lengua, su mirada siguiendo cada movimiento de la chica. —Pobrecita. No tiene ni idea de cómo manejar a un niño. Mírala, simplemente lo deja hacer lo que quiere.

—Está teniendo un mal día.

—No, no. Hay una *manera* de hacer estas cosas. No puedes dejar que te tomen el pelo. Tienes que ser firme, mostrarles quién manda. —Se reclinó, con un brillo nostálgico en los ojos—. Tú nunca tuviste rabietas así. No lo habría permitido.

—Venga ya, mamá. Eso no es verdad.

—Lo es. Eras un buen chico y nunca causabas problemas.

—A los ocho años ya robaba bicicletas por el barrio.

Ella descartó mi confesión como quien espanta una mosca. —Bah, eso no fue culpa tuya. Tu primo era una influencia terrible.

Sonreí con ironía, enrollando mi tenedor en los fideos. Mamá siempre pintaba mi infancia a través de gafas de color rosa.

—Necesita ayuda —murmuró mamá, con la atención puesta en la chica—. Un niño necesita disciplina. ¿Y el padre? *Dov'è*?

Me encogí de hombros. —¿Trabajando?

—¿Un domingo? Obviamente no está involucrado.

—No todo el mundo tiene una familia perfecta.

Mamá chasqueó. —Qué pena.

El niño dejó de llorar cuando la chica sacó un libro con un tren en la portada. Él extendió la mano para cogerlo, pero ella negó con la cabeza y señaló su plato.

Mamá miró con desaprobación a la chica. —Y ahora lo está sobornando.

—Mamá, para. No es asunto nuestro.

—*¿No lo es?* Se parece mucho a ti.

Dejé el tenedor, suspirando. —¿Y?

—Y estás a la defensiva sobre su situación. *Caro*, ¿hay algo que necesites contarme?

—¿En serio, mamá? ¿Crees que ese es mi hijo?

—¿Me estás diciendo que no lo es? —Su boca se tensó mientras yo soltaba una carcajada—. Bueno, no te estás haciendo más joven, y siempre has sido muy secretista.

—Soy reservado, hay una diferencia.

Su atención volvió al niño. —El parecido es demasiado fuerte. Te lo demostraré.

Gemí internamente mientras mamá sacaba su teléfono, desplazándose por un álbum de fotos antiguas. Hizo clic en una foto mía —debía tener unos tres años— en una playa. Amplié mi cara, estudiando los bordes pixelados, y la comparé con el niño frente a nosotros.

Vaya.

Miré la foto y luego al niño. Sus rasgos reflejaban mi foto de bebé. Todo, desde su línea de pelo, la forma de sus ojos, hasta el hoyuelo en su barbilla. La chica, totalmente desconocida.

Mamá se inclinó, siseando. —Invítala a venir.

—¿Para qué?

—¡Para averiguar si es tu hijo, *baccalà*!

La aparté con un gesto. —Es una coincidencia.

Mamá apretó los labios. El brillo de locura en su mirada decía que estaba a segundos de montar una escena. La agarré de la muñeca y apreté con fuerza.

—Mamá, nunca la he visto en mi vida.

—¿Estás *seguro*?

La duda arremolinó en mi cabeza. Ahí me había pillado. La chica podría haber sido un error de una noche de borrachera que había borrado de mi mente. No era probable, pero posible.

Las madres eran menos propensas a olvidar al hombre que las dejó embarazadas. Si me presentaba y ella no mostraba ninguna reacción, no había ninguna posibilidad. ¿Y *si* fuera mío? *No lo era*. Esto era estúpido.

Pinché mis fideos estilo Hong Kong. —¿Desde cuándo empezaste a emparejarme con madres solteras?

La idea era ridícula, pero me miró como si acabara de idear el plan perfecto. —Bueno, no te haría daño pensar en alguien más por una vez. Es hora de que tengas algo más en tu vida que negocios.

—Vale. Hablaré con ella.

Mamá nunca dejaría pasar esto, y era mejor ceder que discutir con ella. Hablar con una chica durante unos minutos no me mataría.

Le hice una señal al camarero.

—Yo pago la cuenta de esa chica. —La señalé, deslizando mi tarjeta de crédito en su mano—. Dile de quién es, y envíale una orden de empanadillas.

—Por supuesto, señor.

El camarero se marchó rápidamente para cumplir mi petición.

Me volví hacia mi plato. Me encantaba la comida china. Las especias aromáticas, el equilibrio perfecto de sabores y la gran variedad de platos siempre me satisfacían. Mamá lo sabía. Se había convertido en nuestra pequeña tradición. Una vez por semana, almorzábamos aquí.

Técnicamente, esto era trabajo. El dueño había contratado los servicios de protección de la Familia. El restaurante, y muchos otros pequeños negocios, habían estado lidiando con una oleada de robos. Principalmente jóvenes de bandas callejeras. Había preguntado por ahí y encontré al cabecilla. Lo invité a unos fideos al estilo Hong Kong y le rompí el brazo sobre la mesa más cercana al acuario ornamental. Los grandes peces anaranjados se dispersaron cuando le sumergí la cabeza en el acuario. Hice un desastre, pero los dueños me ofrecieron descuento cada vez que viniera. Nunca más tuve que pedir aceite de chile extra.

Pero era como el juego del topo. Con Legion MC eliminado, el territorio en Chelsea estaba disponible, y cada traficante de poca monta quería una parte. Me había presentado a los negocios locales. Necesitaban asociarnos con el orden, pero cualquiera podía ver que habíamos desestabilizado Boston. Nuestro control sobre la ciudad se había debilitado, y la Familia estaba demasiado dispersa. Cada calle que tomábamos era otra línea roja en el tacómetro, llevando nuestro control al límite. Todos estaban cabreados y sobrecargados de trabajo, incluido yo.

El camarero dejó la comida en la mesa de la chica y señaló hacia mí. Ella se giró, mirándome con la boca abierta.

Me levanté y me acerqué a ella.

Era una explosión de color en el monótono restaurante. Un jersey rosa oversized empequeñecía aún más su diminuta figura. Pequeña y esbelta. Su piel resplandecía como si pasara mucho tiempo al sol. Su pelo era una maraña salvaje de rizos rubios recogidos en un moño despeinado. Intenté hacer memoria. Traté de imaginarme eligiendo a esta chica en lugar de una con un vestido escotado. Era guapa, pero a menos que me hubiera agarrado por los huevos, no le habría dado una segunda mirada.

—¿*Tú* has pagado mi comida?

—Parecía que estabas teniendo un mal día.

—Gracias —susurró, retorciendo los dedos en su regazo—. Eres un encanto por hacer eso. Espero poder devolverte el favor algún día.

Ese acento.

Despertó algo en mi cabeza, pero no lograba identificar el recuerdo. Saqué una silla y me senté junto a ella. —Cobraré mi deuda ahora mismo.

Se mordió el labio. —¿Qué puedo hacer por ti?

—Solo quiero unos minutos de tu atención.

Sus mejillas se sonrojaron. —Adelante, entonces.

Mis labios se crisparon. ¿La Paleta Campestre pensaba que estaba ligando con ella? *Definitivamente es nueva en la ciudad*. Si

tuviera idea de quién era yo, habría corrido hacia la salida en el momento en que la señalé.

—Me llamo Kill.

Ella parpadeó. —¿Cómo dice?

Sonreí. —*Kill*. Es mi nombre.

—*Ah*, ya veo. Pensé que dirías Giacomo o Leonardo. O algo así como Antoine. —Apoyó el codo en la mesa, sonriendo como si fuéramos dos viejos amigos poniéndose al día. Me desconcertó. ¿Conocía a esta chica?

El niño me miraba por encima de su libro. Le eché un vistazo y volví a centrar mi atención en ella.

—Casi. Mi verdadero nombre es difícil de pronunciar y nadie lo dice correctamente, así que ni me molesto en usarlo.

Levantó un hombro, y el jersey demasiado grande se deslizó por su brazo unos centímetros, dejando al descubierto una piel cremosa. —Prueba conmigo.

—Achille.

—Uh-kee-lay. Bonito. Bueno, muchas gracias. Aprecio el gesto. —Se inclinó hacia delante y me agarró del brazo—. Y gracias por recordarme que existe gente buena.

—Por supuesto.

—Lo necesitaba. He estado tan abrumada... —Se interrumpió, ahogada por la emoción—. Lo siento. No estoy en mi mejor momento.

—No pasa nada.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, y yo hice una mueca. Cogí una servilleta limpia de la mesa y se la di. Ella se secó las mejillas con ella, agradeciéndomelo en un susurro tímido. Respiró lenta y profundamente.

La observé recomponerse. No podía apartar la mirada de ella. Rara vez la gente me mostraba sus lágrimas sin que yo se lo pidiera. Cuando me miró, un destello de cautela brilló en sus ojos. Pero había algo más también. ¿Curiosidad, quizás?

—No me has dicho tu nombre —le insté, estudiándola más de cerca.

—Violet.

—Violet —repetí, saboreándolo en mi mente—. Encantado de conocerte.

—Igualmente.

—¿Cuánto tiempo llevas en Boston?

—Seis meses —susurró, arrugando la servilleta en su puño—. ¿Y tú?

—Toda mi vida. ¿Qué te parece hasta ahora?

Chasqueó la lengua. —Bueno, no estoy enamorada del lugar.

—La gente aquí debe ser más dura de lo que estás acostumbrada.

—Muy cierto. Saludo a todos los que veo, pero la gente por aquí parece mantenerse al margen. Echo de menos mi Tennessee. Es como si fuerais alérgicos a la amabilidad. —Se rio—. Escúchame, parloteando como si fueras mi terapeuta.

El niño golpeó la mesa. Ella suspiró y puso una mano suave sobre su brazo. —Jack, *por favor*.

Dejó de hacer ruido, y ella hizo un gesto hacia mí. —Dale las gracias al hombre que nos ha comprado el almuerzo.

—Gracias.

—Así no —le reprendió—. *Gracias, señor*. Y mírale a los ojos, cariño. Nadie creerá una palabra de lo que digas si no los miras.

El niño levantó la barbilla. —Gracias, señor.

Cuando el niño encontró mi mirada, algo se agitó dentro de mí. Este niño tenía mis ojos antes de que el negocio de la Familia los ennegreciera con el pecado. No podía ser. Había quitado demasiadas vidas para crear una. ¿Qué clase de Dios permitía que eso sucediera?

—¿Cuántos años tiene tu hijo? —pregunté.

—Tres.

Fruncí el ceño. Tendría que haberla conocido hace cuatro años. Violet no era fácil de olvidar, especialmente con ese acento. La

observé detenidamente, inhalando su aroma floral. Nada surgió en mi cerebro. ¿Me habría acostado con esta chica? ¿Estaba fingiendo no conocerme?

—Entonces, ¿a qué te dedicas?

Me dio una sonrisa forzada. —A varios trabajos aquí y allá.

—¿En algún sitio que yo conozca?

Negó con la cabeza. —Lo dudo.

Me incliné hacia delante, estudiando el temblor en su mejilla. —Siento que te conozco de alguna parte.

La delicada frente de Violet se arrugó mientras su mano se elevaba para acariciarse el cuello. Recorrió ese arco elegante.

—No, no lo creo —dijo con su melodioso acento arrastrado—. A menos que nos hayamos conocido en alguna de mis actuaciones.

—¿Eres música?

—Claro que sí. Canto y compongo música de los Apalaches.

¿Qué coño era eso?

Hizo una señal al camarero, que flotaba cerca. —¿Podría traerme unas cajas, por favor?

—¿Ya te marchas?

—Sí. —Sonrió, vertiendo sus sobras en los recipientes para llevar que el camarero se apresuró a traer—. Tengo que irme, pero ha sido un placer conocerte. Y gracias por la comida.

Saqué una tarjeta de visita y se la entregué. —Tal vez podríamos tomar algo alguna vez.

Asintió, pero estaba descartándome. La forma en que metió la tarjeta en su bolso me indicó que no tenía intención de llamarme. Mi corazón latía con fuerza mientras ella se marchaba con el niño a remolque.

¿Qué me estoy perdiendo?

Mamá apareció a mi lado. Su mirada esperanzada añadió un peso que no necesitaba. —¿Y?

—No me ha reconocido.

—¿Le pediste su número? —me pinchó.

—Le di el mío.

Mamá se volvió hacia mí. —Esa chica te está ocultando algo.

Mamá y sus ideas locas. —No es así.

—¡Sí que lo es! Lo vi en sus ojos. Te habrías dado cuenta si no estuvieras comiendo de la mano de esa chica.

Le lancé una mirada. —Te estás olvidando de tu lugar, mamá. Necesitas irte a casa y descansar.

—¡Has dejado que tu bebé salga de aquí!

—No voy a acosar a una mujer solo porque su niño se parece a mí.

Mientras Violet salía, fruncí el ceño. Ese niño no era mío. ¿La idea de que alguna vez me hubiera cruzado con alguien como Violet? Ridícula. Pero su cara... *teníamos* que estar emparentados.

No quería que lo fuera.

¿Yo, padre? Eso era una broma terrible. Mi vida era demasiado peligrosa para la paternidad. Era demasiado malvado para ser el modelo a seguir de nadie, mis manos manchadas con actos que ningún niño debería conocer. Demasiado frío. Demasiado despiadado. Un niño que me admirara sería una tragedia. Yo vivía en las sombras, donde la ternura y el calor no existían.

No, ese niño no podía ser mío.

No debería serlo.

DOS

VIOLET

—¡Cuidado, *amigo*!

La porquería de la calle salpicó mis botas cuando un coche aceleró al doblar la esquina. Maldije mientras las inspeccionaba. Unas motas negras se adherían al ante que, conociendo mi suerte, probablemente dejarían marca. ¿No había fin para esta horrible semana?

—*Maldita sea*. —Me erguí, mirando a Jack—. ¿Estás bien?

Jack se quedó paralizado a mi lado, con su pequeña mano agarrada a la mía. La suciedad le goteaba por la cara y sobre su brillante abrigo rojo. Me arrodillé, haciendo una mueca.

—Lo siento, cariño. Hay personas a las que no les importa nadie más. —Le limpié la mejilla con la manga, y él me miró con los ojos muy abiertos.

—Iba muy rápido.

Le apreté la mano con más fuerza.

—Por eso siempre tenemos que tener cuidado, ¿vale? Coches grandes, nosotros pequeños.

Asintió.

Me levanté y miré hacia el paso de peatones. Las ásperas calles de Boston eran muy diferentes a los sinuosos caminos bordeados de flores silvestres. En Fairmeadow, las estrellas brillaban con más intensidad, compitiendo su luz únicamente con las luciérnagas. Aquí,

los edificios se alzaban como montañas, pero carecían de la calidez de las cumbres de Blue Ridge que acunaban mi hogar.

El semáforo se puso en verde.

Cruzamos rápidamente la calle Morton. Una vez que llegamos a nuestro edificio, Jack se soltó de mi agarre y subió los escalones de un salto.

—¿Tía Violet? ¿Podemos tener un gatito?

—Ojalá pudiéramos, cariño, pero soy alérgica. —Subí pesadamente la escalera, con la espalda dolorida tras un día entero persiguiendo a un niño pequeño—. Eso significa que no podemos estar en la misma casa.

—¡Podrías dormir fuera!

Me reí, sacando las llaves de mi bolso.

—Bueno, no creo que me gustara, especialmente en días lluviosos como hoy. ¿Y un pez en su lugar?

Jack saltó en el último escalón.

—¡Un tiburón!

—Eso podría ser demasiado para nuestro pequeño piso. ¿Quizás un pez de colores? Podríamos llamarle... ¿Capitán Burbujas?

Se rio.

—¡Capitán Burbujas!

Abrí la puerta de nuestro apartamento. Mi mirada se detuvo en la montaña de ropa sucia, en el niño de tres años que exigía hasta la última gota de mi atención y en las facturas sobre el mostrador. Imposibles de pagar incluso con dos trabajos. De alguna manera, Elise se las había arreglado. Yo no podía, y eso me hacía sentir todo tipo de cosas negativas.

Impotencia. Pánico. Condenación.

Piensa en tu lugar feliz.

Evoqué imágenes en mi cabeza: luciérnagas serpenteando en la noche como pequeñas linternas, el reconfortante aroma a leña mezclado con un toque de melaza, las cuerdas de la guitarra presionando contra mi mano. Mi hermana, con su largo pelo castaño ondulado bailando con la brisa, sentada en una mesa de picnic con

una falda con volantes. Las dos riéndonos tan fuerte que las lágrimas corrían por nuestras caras. El nudo en mi garganta se hinchó y se negó a bajar.

Aparté esos pensamientos y ayudé a Jack a quitarse la chaqueta. Luego le conduje hacia su habitación. Después de cambiarse, jugó con sus trenes. Construyó un elaborado camino junto al sofá, haciendo zoom con los coches sobre las vías. Rápidamente preparé la cena.

El montón de facturas me atormentaba. El trabajo de camarera apenas cubría el alquiler, y las propinas eran impredecibles. Cantar en el bar local tampoco ayudaba mucho. ¿Cómo diablos se lo permitía Elise? Ella aseguraba que ganaba lo suficiente, pero ¿cómo? El alquiler eran dos mil quinientos dólares al mes. El cuidado infantil era igual de caro.

Tras la muerte de mi hermana, me mudé a su apartamento, decidida a hacerlo funcionar. Odiaba la idea de arrancar a Jack del único hogar que había conocido. Ya había pasado por bastante este año. El casero me permitió quedarme con el resto del contrato de mi hermana, pero aumentaría el alquiler cuando expirara. Necesitaba buscar un lugar más barato.

Después de una cena sencilla y la insistencia de Jack en dos cuentos para dormir, finalmente tuve un momento para mí. Me senté con una taza de té, contemplando la ciudad empapada por la lluvia. No recordaba cuándo había estado relajada por última vez. El único punto brillante de mi semana fue el almuerzo en un restaurante. Un cupón de descuento del cincuenta por ciento me había atraído allí. Había disfrutado de diez minutos de paz antes de que Jack tuviera una rabieta. Y entonces *él* apareció.

Hombros anchos. Pelo oscuro despeinado. Una boca demasiado suave para los ángulos afilados que formaban su rostro. *Kill*. Un nombre demasiado brutal para un hombre atractivo, pero encajaba con su reputación. El padre del bebé de Elise era peligroso. Ella lo había dejado claro en la carta que dejó atrás. Una sola frase destacaba: *Mantente alejada de él, por el bien de Jack y el tuyo*.

Nunca esperé encontrármelo *así*. Casi me da un infarto. Cuando sonrió, me costó todo mi esfuerzo no retroceder. Tuve que recordarme que debía respirar y no dejar que se notara el miedo. No tenía ni idea sobre Jack, y yo pretendía mantenerlo en la ignorancia.

Estaba bien. Probablemente Achille no sospechaba nada. Dios, espero que no, pero cuando nuestras miradas se cruzaron parecía... ¿intrigado? ¿Suspicaz? La forma en que miraba a Jack no era simple curiosidad; era una mirada cargada de preguntas no expresadas.

Yo también sentía curiosidad por él. ¿Por qué Elise no le había contado sobre el embarazo? ¿Por qué le dejó hace cuatro años? ¿Tuvieron una relación o fue solo sexo? ¿La asustó? Todo lo que tenía para explicar su papel en la vida de ella eran algunas frases en su carta.

Saqué su tarjeta de visita de mi bolso. Mi corazón latía como si él estuviera flotando sobre mi hombro. Luego la rompí en pedazos y la tiré a la basura.

Un suave golpe sonó en la puerta.

Me levanté y me dirigí hacia la entrada. Miré por la mirilla antes de quitar el cerrojo. Becky, una mujer de unos treinta años que cuidaba a Jack por mí, entró.

Se limpió las botas en el felpudo.

—¿Ya está dormido?

—Sí —dije, mientras ella se quitaba los zapatos—. Siéntete libre de ver la tele o lo que quieras. Hay un pastel de moras en la encimera para ti.

Sus ojos brillaron mientras me abrazaba.

—No tienes que hacer eso. Sabes que me encanta cuidarle.

—No puedo dejar que te vayas con las manos vacías.

—No te preocupes por eso.

Me soltó y se dirigió al sofá, hundiéndose en los cojines.

Cogí mi bolso y las llaves, abriendo la puerta.

—Gracias por hacer esto. Eres increíble. ¡Volveré en un par de horas!

Me había encontrado con Becky en el mercado de agricultores. Había sido mi salvación desde que murió mi hermana. No podía permitirme pagarle, pero siempre le daba algo. Dos veces por semana, cuidaba a mi sobrino para darme un respiro. Utilizaba ese tiempo para investigar el asesinato de mi hermana.

Cuando la puerta se cerró tras de mí, respiré hondo. El encuentro con Achille me había perturbado, no solo porque había conocido a su hijo sin saberlo, sino por la sospecha que me carcomía la mente.

¿Por qué Elise había sido tan tajante en mantenerlos separados? ¿Tenía Achille alguna relación con su muerte?

Necesitaba averiguarlo.

TRES

VIOLET

¿Me está siguiendo alguien?

Se me erizó el vello de la nuca mientras permanecía bajo un letrero de neón parpadeante: *Afterlife*. Busqué alguna figura sombría merodeando cerca de la farola y miré por encima de mi hombro: *nada*. Desde la muerte de mi hermana, caminar a cualquier parte me resultaba peligroso. Constantemente sentía ojos observándome.

Respirando hondo, me enfrenté al club. El letrero proyectaba un resplandor inquietante sobre el pavimento húmedo. Un lejano retumbar de graves se filtraba a través de las paredes. El portero apenas inspeccionó mi DNI antes de conducirme a la guarida del león. Empujé las pesadas puertas y entré en el bar. Una ola de música electrónica golpeó mis oídos. Fruncí el ceño a la chica que actuaba en el escenario tocando un solo con su teclado. No podía imaginar un lugar menos apropiado para música folk.

Me acerqué al camarero, un hombre de unos treinta y tantos con la cabeza rapada, tatuajes en los brazos y una camiseta negra.

—¿Qué te pongo? —preguntó.

—Un gin-tonic.

Preparó la bebida y deslizó el cóctel sobre un posavasos.

—¿Quieres dejar la cuenta abierta?

Le pasé mi tarjeta de crédito.

—Ciérrala.

Mientras bebía, el sabor ácido de la ginebra calmó mis nervios. Observé a la joven multitud, las luces palpitantes, intentando imaginar a mi hermana mezclándose con esta gente.

—Apuesto a que ves todo tipo de artistas en ese escenario.

El camarero limpió la barra.

—Tenemos variedad. Mantiene las cosas interesantes.

Asentí, jugueteando con el borde de mi vaso.

—Mi hermana tocaba música de los Apalaches, country y bluegrass. Era su sueño actuar en todo tipo de lugares. Solía decir que los diferentes públicos hacían que cada actuación fuera especial.

—El country no es muy popular en esta ciudad.

Me lo imaginaba. Cuando mi hermana anunció que se mudaba a Boston para comenzar su carrera, la llamé loca. La escena musical de Boston no era nada como Nashville. Mamá y yo le dijimos que nunca funcionaría, pero nadie podía convencer a Elise de nada una vez que había decidido algo.

Busqué una foto en mi teléfono.

—¿La has visto alguna vez?

Miró la pantalla.

—Sí, varias veces.

—¿Entonces no sabes que está muerta?

Sus ojos se desviaron hacia la puerta y volvieron a mí.

—Estás de broma.

Mis labios se tensaron.

—Me temo que no.

—Mi más sentido pésame.

—Gracias —dije, mirándole fijamente—. Le dispararon en el paseo marítimo de South Boston. Sin detenciones, por si puedes creerlo.

Chasqueó la lengua.

—Las ruedas de la justicia se mueven despacio.

—Demasiado despacio. Por eso estoy aquí. ¿Recuerdas con quién solía juntarse? ¿Quizás un fan o algún novio?

Se enderezó, arrojando el trapo al fregadero.

—Ni idea.

—Mira, estoy intentando averiguar por qué alguien mató a mi hermana. Necesito tu ayuda. Por favor.

Se inclinó, bajando la voz.

—Ten cuidado preguntando por ella. Había gente peligrosa interesada en ella. De la clase con la que no quieres problemas.

Mi estómago se agitó. Esto era más de lo que había conseguido de cualquier otra persona.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento mucho. No puedo hablar de ello.

—Pero no me has dicho nada.

Me hizo un gesto de despedida.

—Me gustaría ayudar, pero no puedo.

—Esto ocurrió en tu barrio. ¿Es que no te *importa*?

—Claro que sí, pero ese no es el punto.

Pasé a una foto de Elise y Jack, metiendo mi teléfono bajo su cara.

—Su niño de tres años ya no tiene madre.

Hizo una mueca.

—¿Tenía un hijo?

—Se llama Jack. Perdió a su madre hace seis meses, y yo soy todo lo que tiene. No puedo dejar esto así. ¿Entiendes eso?

Palideció.

—Sí, pero...

—¿No se merece mi hermana justicia?

Negó con la cabeza, gimiendo.

—Ah, joder. *Está bien*, te diré lo que sé, pero esto no ha salido de mí.

—No diré ni una palabra.

Suspiró, con los ojos moviéndose nerviosamente.

—Se la veía con un par de tipos aquí, pero había uno... italiano, creo. Alto, moreno... Pero, oye, no le des demasiadas vueltas.

—¿Cuándo fue esto?

Entrecerró los ojos.

—Hace tiempo. ¿Tres, cuatro años?

—¿Cómo se llama?

Se estremeció y se mordió el labio.

Me incliné hacia delante.

—¿Es Achille Costa?

El camarero se quedó inmóvil.

—Te matarán si sigues haciendo preguntas sobre ellos.

Otra persona más había confirmado la relación de Achille con Elise. Habían sido pareja. Luego mi hermana se quedó embarazada, desapareció de su vida, y entonces... ¿qué?

—¿Cuándo la viste por última vez? —pregunté.

Agarró un trapo y comenzó a limpiar una mancha inexistente en la barra.

—Lo siento, no lo recuerdo.

Cogí una servilleta y saqué un bolígrafo de mi bolso, garabateando mi información de contacto. Se la deslicé.

—Gracias. Si recuerdas algo...

—Te lo haré saber —dijo, pero claramente quería que me marchara.

Me bajé del taburete y salí del bar. El aire frío me golpeó, y me ajusté la chaqueta. Todo dentro de mí gritaba que abandonara esto, pero no podía parar, no cuando las respuestas brillaban a través de la oscuridad.

Me hice añicos en un millón de pedazos el día que la policía me llamó para identificar el cuerpo de mi hermana. De pie en la morgue, le susurré promesas. *Cuidaré de tu niño. Te haré sentir orgullosa*. Brotaban de mis labios hasta que la rabia cortó mi dolor. *Lo atraparé, Elise. Lo cazaré y acabaré con él*.

Desde que murió, había reconstruido la rutina de mi hermana, pero sus últimos días seguían siendo un misterio. Años atrás, había estado involucrada con un hombre peligroso. Eso no me sorprendía. Elise siempre tuvo debilidad por los chicos malos. Hombres con oscuros secretos que merodeaban en rincones sombríos. Sus canciones estaban llenas de desamor.

Achille Costa ciertamente encajaba en esa descripción. Aunque se había comportado como un perfecto caballero, hubo un toque de arrogancia en nuestra interacción. Su sonrisa. Esa mirada de dormitorio que penetraba en mi alma. O tal vez su general vibra de mujeriego. Demasiado seguro de sí mismo, socarrón y guapo.

Mi teléfono vibró. Lo saqué.

BECKY

¿Todo bien?

Sí. Voy de camino a casa.

Mientras caminaba por la calle, el frío me atravesaba la columna vertebral como cuchillos de hielo. Me detuve, mirando hacia atrás hacia el bar. Los destellos de neón del letrero luminoso se desvanecían en la oscuridad. No podía deshacerme de la sensación de estar siendo observada. Algo siniestro acechaba en esta parte de la ciudad, y yo me estaba acercando. No descansaría hasta descubrir la verdad.

CUATRO

ACHILLE

Estaba sentado en una silla de madera en el despacho de mi hermano, sin camisa, mientras su *comare* se arrodillaba a mi lado. No me caía muy bien, y el sentimiento era mutuo. Guapa como una pintura, pero con una sonrisa tan rara como un policía honesto en esta ciudad.

La puerta se abrió.

Santino entró tranquilamente, con las mangas remangadas hasta los codos. Su mirada entrecerrada cayó sobre Delilah a mis pies, y luego sobre mí. —¿Qué coño está pasando?

—Tío, relájate. Me está curando.

Santino soltó una blasfemia. —¿Qué ha ocurrido?

Ah, el amor fraternal. Nunca dejaba de calentar mi negro corazón.

—Solo un rasguño, no te preocupes —me moví, y una sacudida desgarró mi cuerpo—. El dolor es un poco... intenso.

—¿Por qué no has ido al médico?

—Podría haberlo hecho. Pero entonces me perdería la oportunidad de ligar con tu chica —le guiñé un ojo a Delilah, y ella puso los ojos en blanco. La broma pasó por encima de la cabeza de mi hermano.

Su mirada se afiló. —Deja en paz a Delilah.

Santino siempre jugaba la carta del hermano mayor, intentando mantenerme a raya.

La miré. —He sido todo un caballero, ¿verdad, cariño?

La sonrisa de Delilah se suavizó mientras se ponía un par de guantes de látex. —Has estado bien. Solo quédate quieto.

Presionó mi abdomen cerca de la pulcra fila de cuatro pequeñas heridas punzantes. El dolor era como un clavo oxidado atravesando mi carne.

Joder.

Apreté los puños.

Ella se apartó, frunciendo el ceño. —¿Qué te causó esta herida?

Me preparé. —Un tenedor.

Santino soltó una carcajada. —¿Qué hiciste, insultar su comida?

Me estiré, intentando aliviar la tensión. —Intenté algo fuera de mi repertorio. Las cosas se descontrolaron.

—¿Qué pasó?

—Todo se torció en cuanto le rodeé el cuello con las manos. Era fuerte para ser tan delgado. Me llevó un tiempo tumbarlo. Agarró un tenedor y me apuñaló.

Ella limpió la piel inflamada, y siseé. *Eso escuece*.

Santino negó con la cabeza. —Matar... ¿por qué?

Me encogí de hombros. —A veces, improviso. Ya sabes, como el jazz.

—Estás loco.

—Estoy harto de estos trabajos. Dame un reto, como un ex-Navy Seal.

Se burló. —Sí, claro, porque es justo lo que necesitamos. Un héroe de guerra muerto.

—Solo dame objetivos más difíciles.

Mi hermano me hizo un gesto despectivo. —Ni siquiera puedes manejar a un drogadicto con un tenedor.

—Está muerto, ¿no?

—No puedo encontrar gente impresionante para que la mates porque estás aburrido.

Delilah tosió. —Necesitas antibióticos.

Hice una mueca. —¿En serio? ¿No puedes ponerme alguna crema?

Su sonrisa vaciló. —No. Está infectado. Esperaste demasiado.

Odio las pastillas. —¿Y si lo dejo estar?

—Quizás tu cuerpo lo combata, o podrías despertar en un hospital y perder más de lo que esperabas —dijo, agarrando un frasco de líquido transparente.

—Dame las pastillas.

Ella negó con la cabeza. —Necesitas ir a urgencias.

Golpeé el reposabrazos. —¿Y qué se supone que debo decirle al médico? ¿Que tropecé y caí sobre los cubiertos? ¿Crees que se lo tragarán?

—Invéntate algo —siseó—. No hay nada más que pueda hacer.

Gemí. Era infantil, pero no soportaba ir al médico. La gente enferma, la tos, la espera. Lo *odiaba*. Desde que era pequeño. Gruñí cuando ella aplicó el antiséptico.

Santino cruzó los brazos, fulminándome con la mirada. —Esto es lo que pasa cuando intentas ser creativo.

—Ya lo sé, ¿vale?

—No me hables en ese tono —levantó un dedo y lo agitó frente a mi cara—. Si lo *supieras*, no habrías fastidiado esto.

—No he estropeado nada.

—Alguien podría haber oído la pelea y llamado a la policía. Tienes suerte de que no lo hicieran. Esto fue chapucero.

—Estoy aburrido —gruñí, haciendo que la chica se echara hacia atrás sobresaltada—. Soy un profesional, no un matón a sueldo. Si me mandas un objetivo más que sea un drogadicto, te juro por Dios que te mato a ti también.

—Ah, ¿así que ahora estás por encima del trabajo sucio?

—Sí, lo estoy.

Levantó las manos. —Vuestra generación es tan entitled.

—Somos de la misma generación, imbécil. Eres dos años mayor.

Puso los ojos en blanco. —Sí, bueno, a veces parece que soy diez años mayor.

—Sacar la basura está por debajo de mí. Quiero ascender en mi carrera.

Santino dejó escapar un bufido de exasperación. —Estamos en una guerra de territorio. Es responsabilidad de todos hasta que se asiente el polvo.

—Sí, sí. Siempre hay algo.

¿Estaré haciendo esto para siempre, verdad?

Mi estómago se hundió. ¿Creía que yo *amaba* mi trabajo? La violencia era tan fácil como respirar, pero eso no significaba que disfrutara de su sabor en mi boca. No había orgullo en ello. Todos pensaban que porque no me estremecía, debía encantarme el trabajo. Pero ¿qué tenía que ver el amor con esto? Era una necesidad. Desmembrar un cadáver no era una forma agradable de pasar la noche. El hedor se me quedaba pegado después de varias duchas.

Me había acostumbrado. Todos los que se apuntaban conocían los riesgos, así que no me importaba mucho. Pero hoy en día era como un carnicero, eliminando a los débiles del resto del rebaño. No era una buena sensación.

Santino caminaba por la habitación. —*Porca puttana*.

—Deja de ser tan dramático.

—Me estás provocando una puta úlcera. Pensé que te estaba ayudando con los objetivos fáciles.

—¿Parezco alguien que necesita ayuda?

Delilah alisó un vendaje sobre mi piel, con expresión pétrea.

Santino me agarró del hombro y me sacudió bruscamente. —¿Te estás volviendo loco?

—Claro que no.

Parecía no estar convencido.

—Quizás necesitas una distracción.

—¿Como qué?

—Joder, no sé. Búscate una novia. Pon tu energía en una mujer, no en tu trabajo.

Miré fijamente a su *comare*, quien se quitaba los guantes. —¿Tienes alguna amiga interesada en un tipo que mata gente para ganarse la vida?

Ella apretó los labios hasta formar una fina línea.

Miré a mi hermano. —¿Decías?

El labio de Santino se curvó. —Has rechazado todas las propuestas que te ha dado mamá. Sophia. Maria. Esa chica guapísima, Francesca.

—¿Para qué me casaría?

Me dio una palmada en el brazo. —Tienes veinticuatro años. ¿No quieres tener hijos?

Me reí.

¿Yo, padre? Está loco.

No hay espacio para niños en mi vida. Cada noche, cazaba en las sombras de Boston. Con los años, me había labrado una buena reputación. Cuando Alessio estaba al mando, descuarticé a miembros prominentes de bandas moteras y exhibí sus cabezas. Vinn Costa, mi primo y actual jefe, tenía una filosofía brutal similar. Santino era un prestamista y tenía negocios secundarios de apuestas, Romeo tenía bienes inmobiliarios, y ¿yo? Mi nombre era Kill y cortaba gargantas. Era un cliché andante.

Cuando mis hermanos entraban en una habitación, la gente sonreía. Cuando lo hacía yo, huían como cucarachas. No podía culparlos. Era la última persona que todos querían ver. Y mi estilo de vida no combinaba bien con las vallas blancas. Los hombres que desaparecían en medio de la noche hacían pésimos maridos y peores padres.

—¿Por qué no te estableces con una buena chica? —dijo, señalando hacia la puerta—. Sal a algunas citas.

—Suenas como mamá.

—He terminado —masculló Delilah.

Me bajé la camisa. —Gracias.

Ella asintió. Con los puños apretados a los costados, se colocó detrás de Santino, utilizándolo como escudo. Podría haber puesto los

ojos en blanco. Las reacciones de la gente hacia mí eran tan cansinas.

Santino miró a su asistente. —Cariño, déjanos solos.

Ella asintió y se giró para marcharse. Él la observó como un león cazando a una gacela coja. En cuanto se cerró la puerta, su atención se centró en mí.

Frunció el ceño. —Tengo un trabajo para ti.

—Más vale que no sea aburrido.

Se aclaró la garganta. —Es diferente.

Arqueé una ceja.

Dudó, deslizando el dedo por su móvil. —No es un golpe. Es una... conversación. Quiero que conozcas a esta chica, Violet Harper.

El nombre impactó en mi cerebro como un rayo. Entonces me mostró una foto de una mujer de unos veinte años con una camiseta corta. Era *ella*. Los mismos ojos marrones suaves miraban a la cámara. Unas botas vaqueras asomaban por debajo de una larga falda rosa. Estaba sentada en los escalones de entrada de una casa destartalada. Piel aceitunada y suave. Pelo rubio ondulado. Un rostro de duendecillo. Irradiaba tanta alegría que la sentí salir de la pantalla.

—Estuvo en Afterlife el martes, haciendo preguntas sobre ti. Pensé que deberías saberlo.

La estudié, con mi interés en aumento. Afterlife era un club propiedad de la Familia. Una zona neutral donde se mezclaban asociados, mercenarios y empresarios para hacer contactos. Violet no encajaba con el perfil típico de una mujer enredada en los bajos fondos de Boston. En el restaurante, parecía una madre soltera abrumada. ¿Ahora era un trabajo? ¿Quién *era* ella?

—Está relacionada con alguien de tu pasado. ¿Recuerdas a Elise? Morena, solía frecuentar Afterlife —No esperó mi asentimiento—. La mataron hace seis meses. Un disparo en la cabeza. Violet es su hermana.

Elise. El nombre parpadeó como una llama distante. —Así que la asesinaron, y su hermana tiene curiosidad sobre mí.

—Está tanteando el terreno.

—Pero yo no tuve nada que ver con su muerte.

—Bueno, quizás deberías decírselo. —Pasó a una imagen menos pulida de Violet en un parque infantil. Otra más la mostraba tocando una guitarra en un escenario—. Toca en este bar todos los jueves en la noche de micrófono abierto.

Me mordí el labio. Esto me estaba retorciendo las entrañas. Violet y ese niño no pertenecían a mi vida. Pero en las noches desde el golpe fallido, sus visiones me perseguían. Mamá no me dejaba olvidar, saturando mi teléfono de mensajes. *¿La encontraste? ¡Necesitas hacerte una prueba de paternidad! Achille, ¿cuándo vas a admitir que ese bebé es tu hijo?*

Se habían tallado un espacio en mi mente que no podía llenar con negación. Necesitaba alejarlos de mí, pero tenía que verla otra vez. Aunque solo fuera para averiguar por qué su hijo se parecía a mí.

—De acuerdo. Me ocuparé.

Las palabras se sintieron como cadenas, pesadas y frías. Di una palmada en la espalda de mi hermano y me dirigí hacia la puerta.

—¿Y Kill? —me llamó, sonriendo—. Cuidado con los cuchillos de la mesa. No quisiera que tuvieras una repetición del último trabajo.

La advertencia apenas la registré. Ya estaba mentalmente en un callejón sombrío con Violet, temiendo las respuestas que encontraría.

CINCO

ACHILLE

Me arrastré hasta urgencias, inventando una historia sobre un tenedor. El doctor ni pestañeó. Supongo que no era la primera vez que escuchaba historias falsas. Me imaginé cómo debía ser eso. Tipos entrando en su consulta, agarrándose el costado, afirmando haberse caído sobre algo porque admitir que su mujer les había clavado un cuchillo de mantequilla en el vientre resultaba demasiado humillante.

No me avergonzaba de mi secreto, pero tampoco era una conversación para la cena. Cuando solía salir con alguien, mentía descaradamente sobre mi trabajo.

Rellené la receta en la farmacia y me tragué las malditas pastillas. Luego me dirigí al único local de música country en Boston, un restaurante llamado Boots & Bourbon. A solo unas manzanas de mi casa. A las ocho, tiré de las puertas de salón para abrirlas. Entré, deslizando mis zapatos sobre un suelo cubierto de paja.

El bar estaba repleto de largas mesas de madera desgastadas cubiertas con manteles de cuadros rojos y blancos. El aroma a whisky y comida frita emanaba de la cocina, y todos vestían vaqueros. Botas de cowboy por doquier. *Yee-haw*.

Pedí una cerveza y me senté cerca del escenario. En la pista de baile, la gente zapateaba mientras la banda tocaba violín, banjo y bajo. Sin canto, solo una frenética melodía que electrificaba el

ambiente. Sentado a la mesa, me sentía como un extraño en tierra extraña.

La canción terminó con un tibio aplauso. La chica del violín se acercó al micrófono. —Gracias a todos por esa cálida acogida. A continuación, tenemos algo especial para vosotros. ¡Un ruiseñor directamente del corazón del sur, Violet Harper!

La multitud silbó. Violet apareció vistiendo una falda rosa esponjosa y una camiseta negra corta, la misma de la foto. Su trenza apartaba el pelo de su bonito rostro. Una franja de magenta brillante llenaba sus labios. Sus ojos recorrieron al público mientras cogía la guitarra acústica. Rasgueó una melodía sencilla, y la sala enmudeció. Incluso yo contuve la respiración.

Maldita sea, sabía cantar. Me encontré inclinándome hacia delante, atrapado en la red de su dulce voz.

¿A quién lloraba? ¿Algún amor perdido o un fantasma de su pasado? Saboreé cada nota como si fuera miel.

La nota final tembló en sus labios, y los aplausos llenaron la sala. Los ensordecedores vítores me sobresaltaron. Dejé de mover nerviosamente la rodilla. Ella sonrió, agradeciendo al público en un murmullo apagado. Luego se lanzó a otra canción.

¿Esta era mi acosadora?

Cuando terminó su actuación, los hombres se reunieron a su alrededor, arrojando dinero en su estuche de guitarra abierto. Violet les sonreía radiante. Su sonrisa nunca flaqueó, incluso cuando rechazó una bebida de un entusiasta admirador. Todos recibieron un sincero agradecimiento.

La multitud se fue dispersando, y la banda recogió sus cosas, su trabajo terminado, como el mío estaba a punto de estarlo. Terminé mi cerveza y dejé el vaso.

Me puse de pie. Mis zapatos resonaron contra el suelo de madera.

Violet, sola al borde del escenario, guardaba su guitarra. Las sombras bailaban sobre su rostro. Era vibrante, *llena de vida*, y

aparentemente, me estaba acosando. Y casualmente tenía un hijo con un inquietante parecido a mí.

En el restaurante, había sido tan dulce como un melocotón de Georgia. Casi me había engañado. La corriente de picardía bajo el azúcar me intrigaba. Violet no temía enfrentarse cara a cara con asesinos. Había actuado. Fingido no conocerme... *¿por qué?*

Acorté la distancia. Hice que mis ojos fueran tan fríos como el cañón de un arma. Meter el miedo de Dios en la gente era mi pan de cada día. Pero esta noche, no se sentía como un trabajo. Se sentía personal.

SEIS

VIOLET

La gente hacía cola para echar dinero en mi estuche. Sentada en el escenario, sonreía y agradecía a todos, pero no sentía ninguna alegría. Antes solía absorber los aplausos como si fueran rayos de sol, pero ahora todo resonaba con un eco vacío en mi pecho.

Acaricié la madera barnizada de Lucille, la Gibson de mi hermana. Elise creaba música tan hermosa con esta guitarra. Cantar sin ella me dolía, como respirar con algo afilado clavándose en mis costillas. La música era tan parte de nuestras vidas como el suelo que pisábamos. En casa, Elise y yo armonizábamos bajo el cielo abierto. Éramos imprescindibles en todos los festivales. Grabábamos en el estudio. Yo creaba las melodías; ella escribía las letras.

Con la mandíbula dolorida de tanto sonreír, guardé a Lucille en el estuche como si fuera su hijo. Entonces los pelos de mi nuca se erizaron.

Un paso pesado raspó el suelo detrás de mí.

Me di la vuelta.

Achille estaba de pie frente a una mesa, con la cabeza ladeada. Llevaba una chaqueta de cuero con costillas y una camisa negra sobre unos vaqueros, su pelo peinado en una onda rebelde. Me tensé cuando metió la mano en el bolsillo trasero, pero solo sacó su cartera. Cogió un billete nuevo y lo lanzó al estuche.

No lo miré. Mi corazón era una herida gigante. Demasiado dolorida. Si tan solo ella nunca hubiera conocido a este hombre. Si

tan solo hubiera visto el peligro y hubiera huido. Forcé a mi cuerpo a permanecer quieto y le sostuve la mirada.

¿Cómo me había encontrado? *¿Por qué está aquí?*

—Menuda canción —murmuró.

—¿Qué haces aquí?

—Tú y tu chico dejasteis bastante impresión el otro día —dijo, con expresión impasible—. Pensé en comprobar si eras buena.

Sonreí.

—Supongo que lo has descubierto.

—Tienes una voz increíble.

Mi sonrisa se ensanchó, pero quería vomitar.

—Es muy amable por tu parte, pero esa canción es un trabajo en progreso.

—A mí me suena completa.

—Mi música nunca termina. Siempre está evolucionando —toqueteé el cierre del estuche, mordiéndome el labio—. Yo... pensaba llamarte. Para agradecerte que pagaras mi comida.

—¿Por qué no lo hiciste?

Porque podrías haber asesinado a mi hermana.

El calor me hizo cosquillas bajo la piel.

—Bueno, no tengo espacio en mi vida para citas. Tengo responsabilidades diferentes a las tuyas. Solo soy una chica normal intentando llegar a fin de mes, ¿sabes?

—Todo el mundo merece un descanso.

Me colgué la correa al hombro.

—¿Tú crees? Porque últimamente, mis descansos consisten en clasificar la colada y jugar con trenes.

—Vamos —ronroneó, acercándose más—. Déjame invitarte a una copa.

—Agradezco que hayas venido a escuchar, pero mi vida es demasiado complicada ahora mismo.

—Sin expectativas. Estarás en casa en una hora.

Era Satanás con sombrero dominguero. Nunca había visto a un humano más hermoso. Por mucho que no confiara en él, tenía un

rostro que hacía difícil decir *no*. Un disfraz efectivo para un depredador, y sin embargo, mi necio corazón dio un vuelco. La idea de sentarme frente a él me formó un nudo en la garganta. No podía compartir historias y reírme con un hombre que podría haber matado a Elise.

Razón de más para aceptar. Bailaría con el mismísimo diablo si eso significaba encontrar la verdad.

Me ofreció su mano.

Sonreí y la tomé. Callos ásperos rasparon mi palma antes de que él agarrara mi mano con firmeza, levantándome. Hormigueos recorrieron mi piel mientras me acompañaba hacia la salida.

Señor, ayúdame.

—¿Tienes algún sitio en mente?

Asintió, abriéndome la puerta.

Salimos y caminé a su lado. Me llevó a un bar a pocas manzanas. Sunset Tavern estaba tenuemente iluminado. Luces ámbar proyectaban un cálido resplandor sobre sus clientes. El suave murmullo de conversaciones se mezclaba con notas de blues de una máquina de discos.

Él navegó entre la multitud con facilidad. La gente parecía darle espacio, sus ojos parpadeando con aprensión mientras me conducía a un reservado apartado. Entré, deslizando el estuche de la guitarra al suelo. Esperaba que tomara asiento frente a mí, pero se dejó caer a mi lado, atrapándome contra su calor corporal.

De cerca, podía estudiarlo con seguridad. Apenas era mayor que yo. Engañosamente suave. Demasiado joven y guapo para estar haciendo todas las cosas que decían que hacía, y sin embargo, un cansancio antiguo se asentaba en su mirada.

—Así que, ¿vienes aquí a menudo? —pregunté.

—Es un sitio habitual para mí y algunos asociados.

Esa palabra concordaba con la tensión tácita que asfixiaba el ambiente. Observé las posturas cautelosas a nuestro alrededor, como si Achille fuera un animal salvaje que pudiera atacar en cualquier momento. Hablar con él era como caminar por la cuerda

floja sobre un abismo. Cada instinto gritaba que corriera, pero la desesperada necesidad de respuestas anclaba mis pies.

Me volví hacia él.

—Este sitio tiene cierto ambiente.

—Las conversaciones más honestas se dan en los lugares más deshonestos.

—¿Es por eso que estoy aquí?

Un mechón indómito de pelo oscuro le cayó sobre la mejilla. Se lo apartó, pero volvió a caer.

Este hombre me agitaba de todas las formas incorrectas. Empezando por el calor que descendía demasiado bajo en mi vientre hasta mi corazón palpitante.

Una camarera se acercó con dos vasos de agua.

—Hola, Kill. ¿Lo de siempre?

Él asintió, y luego sus ojos me examinaron.

Tragué saliva.

—Gin tonic, por favor.

La camarera desapareció, arrojándonos a un silencio sofocante. Un hombre que respondía a *Kill* no era gentil. Conocía su tipo. Dulce y suave, hasta que te arrancaba la ropa. Atrapada en este reservado, me sentía a su merced. Su mirada audaz parecía evaluarme, como si se preguntara qué parte de mí sabía mejor.

Fingí no darme cuenta.

—Entonces, ¿cómo me encontraste?

—Pregunté por ahí. Fue fácil.

—Vaya. No pensaba que destacara tanto.

—Es el acento —dijo, pasándome un vaso de agua—. No hay mucha gente aquí que hable como tú.

—En mi tierra, vosotros sois los del acento.

Un atisbo de sonrisa iluminó su rostro.

—¿Tu hijo también lo tiene?

—¿Mi sobrino? Sí, más o menos.

Sus fosas nasales se dilataron.

—¿Tu sobrino?

¡Dulce Jesús, Violet! ¿Cómo has podido decir algo tan estúpido? Apreté los puños bajo la mesa.

—S-sí. Es el niño de mi hermana. Ella falleció, y ahora yo me ocupo de él.

—¿La misma hermana de la canción?

Asentí, con la garganta apretándose.

—¿Tienes hermanos?

—Soy el número cuatro de seis hijos.

—Bendita sea tu madre. ¿Cómo fue crecer con tantos niños?

—La casa estaba abarrotada. Dormíamos tres en una cama. Mis hermanas intentaban ayudar a mi madre, pero solo podían hacer hasta cierto punto. Así que todos empezamos a trabajar jóvenes para mantener a la familia. Mi hermano mayor, Rome, nunca terminó la primaria. Mi padre lo sacó de la escuela. Rome todavía se queja de ello.

—Parece una crianza difícil.

Achille se encogió de hombros. —Todos tienen una historia. Algunas son más complicadas que otras.

La camarera dejó nuestras bebidas, y Achille deslizó su tarjeta de crédito en su mano. Yo busqué torpemente en mi bolso para sacar mi cartera, pero él me lanzó una mirada severa, cerrando su gran mano alrededor de mis dedos.

La camarera se marchó rápidamente.

El aire entre nosotros se cargó con una corriente eléctrica, una mezcla de atracción y recelo. Por alguna razón enferma y retorcida, me sentía atraída hacia él.

—Escucha, no sé qué esperas, pero tengo un niño de tres años en casa.

—No quiero nada de ti.

—Mmm. No estoy segura de creerte, con lo de acecharme y la insistencia en pagar todo.

Su atención vagó por mi rostro. —No parece que te moleste.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De si eres un tipo que piensa que comprarle una copa a una chica significa que ella le debe algo.

Su boca se torció en una sonrisa felina, pero desapareció como el humo de una mecha de vela. —No espero lo que no me he ganado.

—¿Y cómo te ganas las cosas?

—Normalmente, asustando a la gente.

Hice una pausa, con mi vaso a medio camino de mis labios. —¿Se supone que eso debe impresionarme?

—No, pero es la verdad.

—Bueno, prefiero la honestidad a las palabras dulces. Pero si tu idea de eso implica asustar a la gente, puede que necesite una copa más grande.

Se rio, un sonido rico que hizo que mi cara se acalorara demasiado. Di un sorbo a mi gin-tonic, el sabor ácido me devolvió a la realidad.

—Entonces —Achille se inclinó, su voz un murmullo bajo que me hizo estremecer—, ¿cuál es tu historia? Además de ser una talentosa cantante y una tía.

Dudé. No podía revelarle nada más. Achille Costa era un enigma, encantador pero inquietante, y no estaba segura de dónde estaban los límites.

Levantó una ceja. —¿Te comió la lengua el gato?

Forcé una risa. —No estoy acostumbrada a que alguien se interese, supongo. No hay mucho que contar sobre mí. Soy una chica de un pueblo pequeño, tratando de abrirme camino en la gran ciudad. ¿Y tú? No puedes dedicarte a asustar a la gente todo el día.

—Es lo que mejor se me da.

Fruncí el ceño. —No pareces muy entusiasmado.

Se encogió de hombros. —Aprendí a abrazar la oscuridad porque era la única forma de sobrevivir.

—¿Exactamente a qué te dedicas?

Hizo una pausa. —Trabajo para los Costa.

Sé todo sobre eso. —No me suena.

—Los Costa son una familia poderosa a la que no conviene ofender. Hacen que las cosas sucedan. Tienen las manos en muchos asuntos. Algunos sabrosos, otros no tanto.

—¿Entonces, son un negocio?

—Tienen intereses en varias empresas. Algunas más legítimas que otras. Como este bar. Mejor tenerlos como amigos que como enemigos.

Mi estómago se anuló. —¿Por qué sacas ese tema?

Me estudió durante un largo momento. —He oído que has estado haciendo todo tipo de preguntas sobre mí.

El bar zumbaba con charlas discretas, el tintineo de los platos creaba una falsa sensación de normalidad. El ruido de fondo pareció desvanecerse mientras levantaba la barbilla.

—No busco problemas.

—A veces te encuentran ellos.

—Bueno, no estoy segura de lo que esperas lograr, pero tengo derecho a preguntar sobre mi hermana.

—Te aconsejaría que pararas.

Sabe algo. —¿Quién la mató?

Se acercó más, y yo me apretujé contra la pared. —No me gusta que menciones mi nombre en relación con su asesinato.

—El tuyo es el único que aparece cuando pregunto por ella.

Su mirada me taladró. —Escucha, Paleta. Obviamente estás muy lejos de tu pueblucho, pero necesitas retroceder.

Mis defensas se elevaron. —Estoy viviendo mi vida. No te he hecho nada.

—Solo ten cuidado. Esta ciudad se traga a los ingenuos.

Mis labios se apretaron en una fina línea cuando él salió del reservado. Agarré la correa de la guitarra, me la puse sobre el hombro y lo seguí. —No me das miedo.

Sonrió con desdén. —No entiendes los problemas en los que estás. El peligro que se llevó a Elise sigue ahí fuera.

—He nadado en aguas más turbulentas y he sobrevivido. Y para que conste, ¡no necesito consejos de un *matón*!

Las conversaciones se redujeron a susurros, los tenedores se detuvieron en el aire, los rostros se tensaron. El aire se sentía cargado de violencia. La gente me miraba fijamente. La camarera se quedó paralizada, su bandeja de vasos vacíos temblando.

Achille dio un paso adelante. La correa de la guitarra se me deslizó y la funda golpeó el suelo. Él deslizó un mechón de pelo por mi ardiente mejilla. Luego bajó por mi mandíbula. Cuando llegó a mi clavícula, me estremecí.

—Sería una pena que el mundo perdiera para siempre tu dulce voz.

Mi respiración se volvió superficial. —¿Eso es una amenaza?

—Solo expongo hechos. Es un mundo peligroso ahí fuera. Considéralo una advertencia amistosa.

—No necesito tus advertencias. He luchado batallas de las que no sabes nada.

Se inclinó, su aliento caliente contra mi oído. —Te sugiero que abandones la ciudad.

Me reí amargamente. —¿Crees que *quiero* vivir aquí? Odio esta horrible ciudad. Todos vosotros sois las peores personas que jamás he conocido.

—No me importa lo que pienses.

Me soltó. Mientras se alejaba, una fría sonrisa destelló en su hermoso rostro.

Las lágrimas escocieron mis ojos, difuminando su fuerte perfil como una pesadilla que se desvanece al amanecer, sin dejar nada más que un frío temor. Me volví hacia el resto del bar, centrándome en un grupo de hombres que sonreían con suficiencia. El portero me agarró del codo, arrastrándome hacia la salida. El burlón acento de Achille resonó tras de mí.

—Ah, y ¿Paleta? No habrá otra advertencia.

SIETE

VIOLET

Por estos lares, la ley era tan útil como ubres en un sapo. Llamé a la policía en cuanto llegué a casa. Al principio, el agente al teléfono fue comprensivo. Mencioné el nombre de Achille y fue como si hubiera empezado a hablar en lenguas. Clic, y se esfumó. Pasé toda la noche dándole vueltas.

A la mañana siguiente, me desperté con un dolor de cabeza palpitante. Después de un desayuno rápido, llevé a Jack al parque, con la esperanza de que el aire fresco me ayudara. El parque infantil bullía con sonidos despreocupados. Las zapatillas de Jack crujían en la grava mientras se deslizaba por el tobogán metálico, riéndose.

—Tía, ¿has visto eso?

Sonreí. —Claro que sí. Eres como una estrella fugaz.

—Mírame ir aún *más rápido*.

Me reí. —De acuerdo, señor Veloz.

Corrió hacia el tobogán, un manojo de energía y risitas. Lo observé con el corazón pesado. Elise debería haber estado aquí, su risa mezclándose con la de él.

Encaramado en lo alto del tobogán, Jack me llamó: —¿Lista?

Le levanté el pulgar. —¡Muéstrame lo que tienes!

Dando gritos de alegría, Jack se deslizó. Aterrizó en el fondo con un ademán triunfante. —¿Has visto? *¿Has visto?*

—Por supuesto. Eres como un rayo. Si compites en una carrera, ganarás el primer puesto.

Los ojos de Jack se agrandaron. —¿De verdad? ¿Como un piloto de carreras?

—Exactamente. Tendrías el coche más reluciente de la pista.

Jack corrió por todo el parque. —Y sería rojo y haría brum brum súper rápido —. Se precipitó hacia el tobogán—. Mira, tía. Sin manos.

Fingí sorpresa. —Esa es una acrobacia muy valiente, jovencito.

Mientras él arrasaba por el parque infantil, dirigí mi atención al cuaderno y al bolígrafo que tenía en las manos. El frío me mordía a través de los guantes de lana mientras garabateaba letras de canciones, tratando de apartar mi mente de lo sucedido ayer.

Me froté el cuello. No había dejado de arder desde que él me había tocado. Su sonrisa pícara cruzó por mi cabeza. Arrogante imbécil. La forma en que *Paleta* salía de su lengua me decía su opinión sobre personas como yo. Me hacía hervir la sangre.

Mamá me lo advirtió. Cuando me mudé a Boston, dijo que me juzgarían por mi acento, y era cierto. La gente suponía que no tenía educación porque hablaba de manera diferente. Bueno, estaba bien. Achille podía pensar lo que quisiera. Esperaba que bajara la guardia. Haría que la venganza fuera mucho más dulce cuando se diera cuenta de que me había subestimado. Había tocado una fibra sensible al preguntar por él en el pueblo. Tendría que ser más cuidadosa, pero no iba a permitir que me impidiera investigar la muerte de Elise.

Mi teléfono vibró.

Lo cogí. —¿Diga?

—Hola, Paleta.

El ronroneo sensual de Achille me provocó un sobresalto en la columna.

Mi estómago dio volteretas. —¿Cómo has conseguido este número?

—Tengo mis métodos. Me alegra que te lo estés tomando con calma después de nuestra conversación.

Me tensé. —¿De qué estás hablando?

—Te estoy observando —murmuró, dejándome atónita—. Pensaba que ya habrías salido corriendo.

Busqué por el parque, pero no pude encontrar a nadie cerca. —No. Estoy escribiendo una canción sobre ti.

—¿En serio? Eso es halagador.

Me sonrojé ante la caricia erótica en sus palabras. —Espera a oír la letra.

—Tienes más valentía que sensatez, Paleta.

Resoplé. —Eso ya lo veremos.

—¿Qué vas a hacer, llamar a la policía otra vez?

—Si me obligas, lo haré.

Hizo un sonido divertido. —No pensé que tendrías el valor de admitirlo. No todos los días alguien me planta cara.

Mi corazón se saltó un latido. —No estás acostumbrado a tratar con personas que no te temen.

—Es cierto. Conocen mi trabajo. No me dan el beneficio de la duda, pero tú eres diferente. Asumes riesgos.

—¿De qué estás hablando?

—Tomaste mi mano. Me seguiste a un lugar del que podrías no haber salido nunca. ¿Lo sabías?

Debería haber colgado, pero su voz me mantenía enganchada. Era alarmante y extrañamente atrayente. El calor subió por mi cuello.

Lo sacudí. Necesitaba terminar esta conversación y poner distancia entre nosotros. Este no era solo un hombre con conexiones con la muerte de mi hermana; era un hombre que, contra toda lógica, alcanzaba una parte de mí que había cerrado.

Apreté más el teléfono. —Puedo cuidar de mí misma.

—Ya no.

—¿Dónde estás? —Giré, mirando fijamente al aparcamiento, pero todo lo que vi fueron reflejos del cielo en los parabrisas—. ¿Y por qué me estás siguiendo?

—Tantas preguntas.

Apreté los dientes. —¿Qué quieres?

—Todavía estoy averiguándolo.

—Sí, bueno, hazlo en otro sitio.

Exhaló, un sonido cansado. —Ojalá pudiera, pero no he podido dormir desde que apareciste con un niño de tres años que se parece mucho a mí.

Su confesión me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Ansiaba creerle, ver un destello de algo bueno en él. Un pensamiento alarmante.

—¿Es mío? —preguntó.

Mi garganta se tensó. *¿Qué debería hacer? ¿Negarlo?*

Suspiró. —Crees que la maté, ¿verdad?

—Lo único que sé es que eres peligroso.

—Sí, pero no para vosotros dos.

Me reí amargamente. —No es lo que diste a entender en nuestra charla de anoche.

—He tenido un cambio de corazón.

Su voz, suave como la miel, hizo tambalear mi determinación. ¿Podría el hombre responsable de tanto miedo ser también la pieza que faltaba en la vida de Jack?

Me burlé. —Un matón con conciencia. No me lo trago.

—¿El niño es mío?

—No tienes derecho a preguntar por él —siseé, mirando fijamente hacia los árboles distantes donde probablemente se escondía—. No formas parte de su vida.

—Nunca supe que existía.

La frialdad que emanaba de sus palabras me desestabilizó. —Bueno, si estás buscando una disculpa, puedes buscarla en otro sitio.

—¿Es mi hijo?

—No tienes que preocuparte por nosotros. Nos las hemos arreglado perfectamente sin ti.

—He investigado tu situación, Paleta. Vives con lo justo, apenas sobreviviendo, con cupones de alimentos...

—Estoy haciendo lo mejor que puedo con lo que tengo. Lo estoy criando *yo sola*. No duermo. Apenas como. Cada céntimo que gano va para el alquiler y la guardería. No me queda nada para mí. No me digas que no estoy haciendo lo suficiente.

Un crujido estático siguió mientras el otro lado quedaba en silencio.

—No puedo dejar esto así —dijo suavemente—. No puedo permitir que una extraña críe a mi hijo.

—No tienes derecho...

—Tengo *todo* el derecho. Si existe la mínima posibilidad de que sea mío, ¿no crees que debería saberlo? ¿Y qué hay de la verdad? ¿No se la merece?

—La verdad es un lujo que no podemos permitirnos.

—*¿Soy el padre?*

Inhalé, el aire frío apuñalándome. —Tengo que irme.

—Ni se te ocurra colgarme.

—Mantente alejado de nosotros. Es lo mejor que puedes hacer por él.

Colgué. La risa de Jack fue un bálsamo temporal, pero mientras jugaba, mi mente no podía escapar de las sombras. Esa llamada telefónica había destrozado nuestro momento de paz. Puse una cara valiente para mi sobrino, pero estaba conmocionada.

Llamé a Jack. —¡Es hora de irnos!

Jack protestó mientras lo arrastraba fuera de los columpios. Mientras marchábamos por el aparcamiento, vislumbré a un hombre en un coche, con el brazo apoyado sobre el volante.

Achille.

Levantó la cabeza, su mirada penetrante.

Arranqué el trozo de papel de cuaderno con la letra, lo doblé y lo coloqué bajo el limpiaparabrisas. Luego tiré de la mano de Jack y nos fuimos. El parque estaba a solo unas manzanas de nuestro apartamento, pero me puso la piel de gallina. Probablemente ya sabía dónde vivíamos. Opté en cambio por el centro comercial cercano.

Sostuve a Jack un poco más fuerte. Cada latido de mi corazón juraba mantenerlo a salvo, incluso si eso significaba enfrentarme a un mundo que apenas comprendía. Miré por encima de mi hombro.

La silueta en el coche se movió, y la puerta se abrió. Él se quedó de pie junto al coche, mirándonos. Sentí su mirada. Era como si me hubiera agarrado la garganta otra vez.

Me estremecí.

Jack me apretó los dedos. —¿Quién es ese, tía?

Aparté mis ojos de los de Achille, esos espejos color whisky que reflejaban un futuro para el que no estaba preparada.

OCHO

ACHILLE

Cogí el trozo de papel bajo el limpiaparabrisas. Lo desdoblé, contemplando cuatro pulcras líneas de tinta azul.

En el laberinto urbano, donde la luz crea sombra,
conocí a un hombre con el alma que corta.
Pensó que su mirada me haría temblar,
pero ladra más de lo que puede morder, la verdad.

Mis labios se curvaron.

Di la vuelta a la página, pero estaba en blanco. La volví del derecho, apretando mi pulgar contra la tinta. Su rabia parecía pulsar a través de la letra. Durante una hora, la había observado a ella y al niño. Ella había pasado ese tiempo obsesionada conmigo. Me reí. La imaginé en su apartamento, con su delgado brazo deslizándose sobre un cuaderno. Escribiendo letras llenas de odio sobre mí. Tachando palabras. Reemplazándolas. No me disgustaba esa imagen, para nada.

Hay algo especial en ti, Paleta.

La hermana de Elise tenía fuego, sin duda. No era como la mayoría de la gente en Boston, que se rendía en cuanto me presentaba. Tenía una forma de darle la vuelta a las cosas conmigo. Disfrutaba de nuestro tira y afloja. Y su voz... joder. Podría ponerme duro solo leyendo una receta.

Sonriendo, guardé la nota en mi cartera. Ser el objeto de la rabia apasionada de alguien me excitaba, especialmente cuando quedaba plasmada en una canción. Ella era diferente. Su espíritu me intrigaba.

Me metí en el coche y arranqué el motor. La seguí hasta un centro comercial por la carretera, observándola desaparecer en una pastelería. Me entusiasmaba la idea de desentrañar un misterio que cantaba en bares cutres y no se estremecía al verme.

Pensé en llamarla. Solo para oír su voz. En vez de eso, le envié un mensaje a un mercenario que a veces me ayudaba con trabajos.

Tengo un trabajo para ti. El pago será premium.
Necesito que entres en una casa y me robes algo.

V

¿Dónde?

Después de reenviar la información en un mensaje, recliné mi asiento. Luego esperé. Necesitaba un plan para garantizar la seguridad de mi hijo. Pero antes de proceder, necesitaba pruebas de que era mío. Había comprado un kit de prueba de paternidad, pero Violet no quería saber nada de mí después de lo de ayer.

Tenía que verlo.

Ese niño estaba completamente solo. Sin padre. Su madre, muerta a tiros. El niño al que había observado toda la tarde... había tenido un comienzo en la vida más duro que el mío. Y si no podía asustar a su tía para que se lo llevara lejos, entonces tenía que cuidar de él. Era mitad mío, *supuestamente*.

¿Podría ser cierto?

La constante presencia de este niño en mis pensamientos me inquietaba. No podía quedarme sentado, así que salí y jugué con el móvil. Mi mirada se desviaba hacia Violet escondida en la pastelería. Estaba de pie fuera, con la espalda apoyada en mi Challenger, cuando V me envió un mensaje.

V

Dentro. Buscando ahora.

Ya sabes qué hacer.

Unos minutos después, me envió fotos. El certificado de nacimiento de Jack, en blanco excepto por el nombre de ella, y una carta manuscrita.

Mi querida hermana:

Si estás leyendo esto, ya no estoy. Me rompe el alma no poder estar aquí para nuestro pequeño Jack, pero sé que lo querrás como si fuera tuyo. Siempre has sido la de gran corazón y brazos fuertes en los que apoyarse.

Hay algo que necesito contarte.

La identidad del padre de Jack. Su nombre es Achille Costa. Ahora, escucha bien, Violet. Es muy importante que os mantengáis alejados de él, por el bien de Jack y el tuyo. Los problemas siguen a un hombre como él, y no quiero que nada de eso os toque.

Siento haber guardado este secreto y dejarte con una carga tan pesada. Pero algunas historias son demasiado enredadas y oscuras para sacarlas a la

luz. Confía en mí. Mi mayor deseo es que Jack tenga una vida llena de amor y lejos del daño que podría venir de su mundo.

Vas a ser lo mejor que le ha pasado a Jack. Mi amor por vosotros es tan amplio como el cielo y tan profundo como el océano.

Por favor, hónrame cuidando de él.

Con todo mi amor,

Elise

El aire abandonó mis pulmones.

Una vida llena de amor... ¿eso era lo que ella pensaba que yo no podía dar? Releí la frase, con la conmoción rebotando dentro de mí como una bola de pinball. *Una vida llena de amor y lejos del daño*. ¿De *mí*? Mi familia la habría protegido. Joder, la ironía de que Elise advirtiera a Violet contra el único hombre que podría haberla salvado.

Ella era quien hablaba. Tampoco había sido un modelo a seguir. Si la estúpida hubiera sido honesta, aún estaría viva. Pero como todos los demás, me había visto como una amenaza, no como un padre. Dolía.

Imágenes de Elise con este niño se grabaron a fuego en mi cerebro. Me había robado una parte de mí. Escondió a mi hijo, y mi chico estaba creciendo sin mí. Elise y yo nunca fuimos un cuento de hadas, pero nuestra historia no debía atormentarme así. ¿Cuál era el plan para cuando él creciera y empezara a hacer preguntas? ¿Me llamaría un padre irresponsable que nunca se había implicado?

¿*Quería* yo implicarme?

El teléfono vibró.

V

¿Es suficiente con esto?

Sí. Sal de ahí.

Le transferí el dinero. Luego recorrí el aparcamiento de un lado a otro, tirándome del cuello. Mi piel ardía como si tuviera un sarpullido. ¿Cómo coño podía ser padre? Necesitaba más pruebas que mi nombre en una carta. La prueba de paternidad —un hisopo en la mejilla— me daría respuestas.

Me recompuse y conduje hasta su edificio, aparcando en el estacionamiento. Finalmente, ella regresó a casa. Esperé diez minutos después de que hubiera entrado. Luego salí de mi coche y subí las escaleras hasta su apartamento. Me quedé ante su puerta, con la mano suspendida en el aire. Años viviendo al límite no me habían preparado para esto. Me había enfrentado a la muerte sin pestañear. Ahora me echaba atrás ante una puerta por un *niño*. Cada instinto me gritaba que retrocediera y pensara, pero la atracción era más fuerte que cualquiera que hubiera sentido jamás.

Levanté el puño y llamé.

NUEVE

VIOLET

Está aquí.

La imponente figura de Achille ensombrecía el pasillo.

Me mordí el labio. Fingir que no estábamos en casa era inútil. Simplemente volvería mañana. Descorrí el cerrojo pero dejé puesta la cadena. Luego tiré de la puerta, revelando una franja de su chaqueta de cuero. Mi atención vagó por su ancho pecho y su mandíbula suave, chocando con su ardiente mirada.

—¿Qué?

—Vine a darte las gracias por esa pequeña serenata —ronroneó, apoyándose en la puerta—. Nunca una chica había hecho eso por mí.

—No te halagues. Raramente encuentro una musa en un ejemplo andante de lo que no se debe hacer. Considérate una inspiración desafortunada.

Achille se movió, colocándose frente al hueco. —¿Qué sigue? ¿"Ojos tormentosos como el mar, contacto ardiente como el fuego del infierno"?

Alcé una ceja. —"Deja destrucción por donde pasa".

—¿Es eso lo que piensas de mí? ¿Un hombre que destruye cosas?

—¿No lo eres?

Se inclinó hacia delante, siendo la cadena lo único que nos separaba. —Si tengo que destruir algo para tomar lo que es mío, lo haré.

Tragué saliva con dificultad.

Cada palabra de Achille era como una cerilla encendida en yesca seca, las llamas lamiendo cada vez más cerca de una explosión. Había dejado claro que su participación en la vida de Jack no era negociable, pero eso no podía suceder. Iba en contra de los últimos deseos de mi hermana y mi confianza en él era tan fina como el hielo en un deshielo primaveral.

—Continuemos esta conversación dentro —dijo.

—¿Por qué querría yo eso?

—Porque soy su padre, y quieres tenerme de tu lado.

Un nudo se apretó en mi estómago. —Demuéstralo.

Levantó un pequeño tubo de plástico. —Lo haré.

—¿Qué es eso?

—Es solo una muestra de la mejilla, paleta.

—No te vas a acercar a él con eso.

Sonrió con desdén. —Puedo conseguir una orden judicial hasta dormido.

—¿Por qué te importa siquiera? —siseé, mis dedos clavados en el pomo de la puerta—. Alguien como tú... en tu línea de trabajo. ¿Qué quieres con un niño?

—Eso es asunto mío.

—No puedes irrumpir en nuestras vidas y exigir una parte de él.

—No estoy pidiendo. Te estoy diciendo cómo va a ser. —Su bajo rumor de rabia controlada hizo que mi pulso se disparara.

Mis fosas nasales se dilataron. —Llamaré a la policía.

—Tengo policías en mi bolsillo más grueso que mi cartera.

—Entonces solicitaré una orden de alejamiento.

—No puedes mantenerme alejado de mi hijo —gruñó.

—No, pero puedo ponértelo muy difícil.

Su mirada me atravesó. —Leí la carta de Elise donde me nombra como el padre.

—¿Cómo?

—Un amigo mío entró en tu casa y la encontró.

Un calor blanco ardiente me subió por el brazo. Cerré la puerta de golpe, pero el marco chocó contra su bota. Achille tiró de ella, la cadena tensándose bajo su fuerza.

—Arrancaré esta puerta.

El frío agarre alrededor de mi corazón se apretó más. —No lo harás.

—Tu hermana me ocultó a mi hijo. Tengo todo el derecho de derribar esta puta puerta y llevármelo. Pero en vez de eso, te estoy pidiendo que me dejes entrar.

—La respuesta es no.

Un músculo palpitó en su mandíbula. —Estás haciendo esto más difícil de lo necesario. Abre. La. Puerta.

—¿Cómo sé que no me harás daño?

—No estoy aquí para eso —gruñó—. Solo quiero recoger una muestra para la prueba de paternidad.

¿Qué se supone que debo hacer?

La última petición de mi hermana me había suplicado que cuidara de Jack. Parte de eso implicaba mantenerlo alejado del hombre que amenazaba con entrar a la fuerza, pero ¿cómo podía hacer eso? Él era el padre de Jack. Elise lo había nombrado en su carta. En el mejor de los casos, volvería con una orden judicial y nos obligarían a compartir la custodia al 50/50. En el peor de los casos, se tomaría mi negativa a cooperar como algo personal y me haría daño.

—De acuerdo —susurré, desmoronándome por dentro—. Te permitiré entrar con una condición. Harás la prueba y luego te irás. Hasta que tengas los resultados, te mantendrás alejado de nosotros.

Él asintió. —Bien.

—No me hagas arrepentirme de esto.

—No lo haré.

Suspirando, cerré la puerta para quitar la cadena. Luego la abrí de nuevo, apartándome. Mi corazón latía con fuerza mientras él entraba. La figura imponente de Achille parecía absorber la luz. La humedad salpicaba su cabello desordenado. Se lo echó hacia atrás dejándolo en un desaliñado montón.

Sentí el peso de su mirada color bourbon. Tan intensa y seria. Sus ojos ocultaban historias que no podía adivinar. Pisó la alfombra, siguiéndome hasta la sala de estar.

Era pequeña, llena de muebles de segunda mano. Los coloridos dibujos de Jack empapelaban las paredes. Las zancadas decididas de Achille le llevaron hasta donde Jack jugaba con sus trenes Brio.

Achille se quedó inmóvil, mirándolo.

—Jack, cariño —lo llamé, señalando a Achille—. Este es Achille. Es mi... amigo.

Jack levantó la mirada hacia él.

Achille le hizo un pequeño saludo con la mano. —Hola, peque.

Di un codazo a Jack. —Saluda.

La mirada de Jack se dirigió a sus juguetes. —Hola.

—¿Le estoy asustando? —preguntó Achille.

—No. —Me arrodillé junto a Jack mientras Achille permanecía de pie sobre nosotros, como un centinela inmóvil—. Es tímido.

Ninguno parecía saber qué hacer con el otro. La atención de Jack volvió a sus trenes. La postura de Achille se suavizó mientras lo veía jugar. Me entregó el tubo, y yo froté el interior de la mejilla de Jack. Metí el bastoncillo en el tubo y lo sellé.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Sí. —Lo cogió de mi mano y se lo guardó en el bolsillo.

Esperaba que se dirigiera hacia la puerta, pero deambuló por el apartamento. Frunció el ceño ante la cesta de juguetes de Jack. Apretó los puños y se dirigió a la cocina.

Lo seguí, erizada. —Esa es la dirección opuesta a la salida.

Abrió la nevera. La luz del interior bañó su rostro ceñudo mientras examinaba el escaso contenido. Cerró la puerta, con expresión cada vez más dura. Una foto enorme de mi hermana sonreía desde la nevera.

—¿Está comiendo lo suficiente?

—Por supuesto que sí —respondí bruscamente—. Aún no he ido a hacer la compra. ¿Qué estás haciendo?

Hojeó las facturas sobre la mesa. —Algunas están vencidas. ¿Estáis gestionándolo bien?

—Estamos *bien*.

Su profundo ceño fruncido sugería que no lo estábamos, según sus estándares. Cada mirada suya parecía una crítica, un comentario tácito sobre cómo estaba criando a Jack. Me hervía la sangre. Quería decirle que el amor no se medía por las cosas. Pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. A decir verdad, necesitábamos ayuda o tendría que buscar otro hogar pronto.

Achille sacó un fajo de billetes de su cartera. Me quedé boquiabierta al ver los crujientes billetes de cien dólares. Los dejó caer sobre el montón de facturas.

Mi corazón dio un vuelco. —¿Qué estás haciendo?

—Donando a la causa benéfica.

Mis mejillas se sonrojaron. —Eres un ser humano tan grosero y odioso.

—Sí, sí. Solo coge mi dinero y compra algo de comida. Cómprale Pop-Tarts. A los niños les encantan.

Le miré con furia. —¿Cuál es el truco?

—Ninguno —ronroneó—. Estoy de humor generoso.

—No sabía que la mafia tenía una rama filantrópica.

Sonrió con suficiencia. —Estamos llenos de sorpresas. Pero no te preocupes, esta *rama* solo se ocupa de asegurarse de que a mi hijo no le falte nada, incluido un padre.

Me erizé. —Elise no te quería en la vida de Jack.

—Y mira cómo le funcionó —respondió con un encogimiento de hombros, su tono despreocupado abriéndome el pecho como un cuchillo—. Elise tomó su decisión. Yo también estoy tomando la mía. La seguridad y el bienestar de Jack son mis prioridades.

—Lanzar dinero no arreglará todo.

—¿Acaso tu orgullo mantendrá la nevera llena? —se burló—. Sobrevivir no es vivir. Ese chico merece más.

—¿Y crees que puedes aparecer y hacerte el héroe?

Sus labios se crisparon en una media sonrisa. —Yo no juego. Hago lo que hay que hacer.

—Lárgate de mi casa.

—Con gusto —arrastró las palabras.

Se dirigió hacia la puerta. Hizo una pausa cuando pasó junto a Jack, pero continuó hacia el vestíbulo.

Me miró a los ojos y me guiñó. —Volveré pronto. Tengo ganas de escuchar el resto de esa canción.

—*Vete*.

Achille salió y se deslizó en la noche.

Cerré la puerta, apoyando mi espalda contra ella mientras intentaba calmar mi respiración. ¿Qué pasaría cuando llegaran los resultados? Me froté la frente, temiendo ya su regreso. La prueba de paternidad pendía sobre mi cuello como una guillotina.

DIEZ

ACHILLE

Había llegado el momento.

La respuesta a la pregunta del millón que me acosaba desde que puse los ojos en ese niño. Había llevado el tubo de plástico a un laboratorio. Luego soborné al técnico, que realizó la prueba allí mismo. Me entregó un sobre cerrado. Lo llevé directamente a casa de mi hermana, donde había convocado una reunión familiar de emergencia con mis hermanos. Sus rostros se difuminaban a mi alrededor, con la anticipación flotando densamente.

—¿Vas a abrirlo o qué? —espetó Santino.

Me encogí de hombros.

La sonrisa de Romeo brilló mientras se servía más vino. Estaba tranquilo, a diferencia de nuestro otro hermano. Santino no había tocado su copa. Se sentaba al borde de su asiento, con la atención clavada en la carta.

—Me he cruzado toda la ciudad en hora punta para esto. Ábrelo, por el amor de Dios.

Se lo lancé. —Ya sé lo que dice.

Era la última pieza de un rompecabezas que no quería completar. Frunciendo el ceño, Santino rasgó el sobre. Sacó la carta y la desdobló. Su mirada implacable escaneó el texto.

—¿Qué dice? —intervino Elena, mi hermana menor—. ¿Es papá?

Santino frunció el ceño.

Romeo lo miró por encima del hombro. —Es, de hecho, papá.

Elena y Julia soltaron gritos de emoción. Romeo levantó su copa, brindando al aire, mientras Santino sostenía la página frente a su nariz. —Bueno, este es el último clavo en tu ataúd —dijo.

Se lo arranqué de las manos.

PROBABILIDAD DE PARENTESCO: 99,99%.

Tengo un hijo.

Fue como una bala rebotando en mi cráneo. Una parte de mí que recordaba noches frías y estómagos vacíos retrocedió, pero otra sintió una feroz necesidad de reclamarlo.

Alguien me puso una copa en la mano. Mis dedos se cerraron alrededor del tallo mientras llevaba la bebida a mis labios. Me bebí el vino de un trago. El calor se extendió por mi pecho.

Elena me sacudió el brazo. —¡No puedo esperar para conocerlo, Killie!

La miré. —¿Cómo ha pasado esto?

Romeo sonrió con picardía. —Solo una suposición, pero creo que se te olvidó ponerte protección.

Eso no sonaba nada como yo. ¿Por qué correría ese riesgo? El condón debió romperse.

Mis hermanos chocaron sus copas y bebieron. Julia sonreía de oreja a oreja, su larga coleta balanceándose mientras bajaba por la mesa con una botella, rellenando la copa de Santino y la mía. —¿Tienes una foto de tu bebé?

Saqué una que había robado de las redes sociales. —Tiene tres años. Se llama Jack.

—Dios mío. Se parece muchísimo a ti.

Mis hermanos se pasaron el teléfono. Mientras las chicas arrullaban sobre Jack, Sabrina se mantuvo al margen, su silencio cargado de envidia no expresada. —Debe ser agradable descubrir que eres padre sin las molestias del embarazo. —Santino sonreía como un idiota y dijo que no podía esperar para conocerlo. Romeo me dio una palmada en la espalda y me felicitó. ¿Por *qué*? ¿Cuál era mi gran logro? Dejar embarazada a una mujer que no había confiado

en mí con mi hijo. Esperaban que sintiera algo, pero el niño era un extraño con mis ojos.

La paternidad era un arma cargada. En mi línea de trabajo, era una debilidad. No sabía qué me asustaba más: cuidar de este niño o que lo utilizaran en mi contra.

—*Jack*. Ya lo adoro —dijo Julia emocionada, metiéndose una aceituna en la boca—. Recuerdo a Killie cuando era pequeñito.

Eres padre.

Me palpitaba la cabeza.

Ese niño me pertenecía. Con Elise muerta, era cien por cien mío. Si cerraba los ojos, podía *oler* la pobreza en el apartamento de Violet, ese hedor a col hervida impregnando cada superficie. ¿Cuántas noches había pasado con el estómago lleno de agua de col y salchichas hervidas y nada más? Cuando empecé a trabajar para la Familia, juré que nunca más tocaría una hoja de esa porquería, y no lo había hecho. Violet representaba todo lo que había dejado atrás.

Elena envió la foto al chat grupal y comentó: *Angelito precioso*.

—¿Cuándo vamos a conocerlo? —preguntó.

Santino cortó la charla. —Necesitas solicitar la custodia completa. Contactaré con algunos abogados.

—Eh —dijo Romeo, fulminando a Santino con la mirada—. Tenemos que mantener la cabeza fría respecto a la chica. Forma parte del mundo de Jack. Tenemos que conocerla y entender toda la situación.

—No le debe nada a esa mujer —replicó Santino.

Julia le dio un manotazo en el brazo. —¿Qué te pasa? Ella ha cuidado de su bebé sola. Eso no es fácil.

Romeo asintió. —Por el bien del niño, Kill tiene que actuar con inteligencia.

—Poniéndole inmediatamente abogados y demandándola... —Santino se interrumpió cuando los demás protestaron—. Su hijo está siendo criado por una extraña.

Elena frunció el ceño. —Es su tía.

Santino golpeó su teléfono sobre la mesa. —No es italiana. No conoce nuestras costumbres.

—¿Así que Kill consigue la custodia total y la saca de su vida? —gruñó Julia—. Eso es cruel.

Santino agarró su copa de vino. —Eso es la vida.

Julia resopló. —Ese niño acaba de perder a su madre. ¿Ahora también pierde a su tía? Eso lo traumatizará.

Santino hizo un ademán. —Solo tiene tres años. Lo superará.

Romeo se rio. —Es lo suficientemente mayor para recordar la muerte de su madre. Culpará a Kill por arrebatarle al único padre que le queda.

—De acuerdo —corearon Elena y Julia.

Sabrina puso mala cara. —¿Por qué no hiciste una prueba de paternidad antes?

—Ya os lo he dicho —murmuré, frotándome el cráneo—. No tenía ni idea de que estaba embarazada.

—¿Cómo es posible que no lo supieras?

La amargura me subió por la garganta. —Me dejó de hablar hace años. No le di seguimiento.

Romeo frunció el ceño. —¿Elise te ocultó su embarazo?

Sabrina fulminó con la mirada. —Zorra.

Sí. El calor me subió a las mejillas. Luego me vino la imagen de Elise tirada en la calle, y mi corazón se aceleró. Alguien había matado a la madre de mi hijo. Tenía que ocuparme de eso.

El brazo de Romeo barrió la mesa. —Olvídate de ellas. ¿Qué quieres *tú*?

Me pasé una mano por el pelo. —Es mucho para asimilar.

—Por supuesto que lo es —susurró Julia—. Tienes un bebé. Es decir, es irreal.

Santino dio unos golpecitos en la mesa. —Tenemos que establecer tu paternidad. Hay dos formas. Una, firmas un documento reconociendo que eres el padre. La segunda es mediante un proceso judicial.

Mi mente estaba entumecida. —Creo que estoy con Rome. Involucrar a los abogados complicará las cosas.

Santino me fulminó con la mirada. —Tienes que hacerlo si quieres formar parte de su vida. Ella no va a querer saber nada de un Costa.

—Tonterías. Solo necesita endulzar el trato —Romeo se inclinó hacia delante con una media sonrisa—. ¿Has considerado casarte con ella?

La pregunta cayó como una piedra en un estanque, las ondas sorprendiendo a todos. Julia resopló el vino y se dobló, tosiendo. Santino le acarició la espalda y miró fijamente a Romeo.

—¿Casarse con ella? —preguntó.

—Eso es una locura —dijeron Julia y Elena al unísono.

Romeo se encogió de hombros, sirviendo más vino. —Me parece la solución perfecta. Asegura el futuro del niño y te da autoridad completa sobre él.

Julia se limpió la camisa. —No sé.

Romeo dejó la botella. —Casarse con ella le da a Jack el hogar estable que necesita. Y nunca tendrás que preocuparte por la crianza compartida o de que otro tipo entre en escena.

Santino frunció el ceño.

Joder. No había pensado en ese ángulo. ¿Y si Violet encontraba a alguien que no tuviera problema con salir con una madre soltera? La idea de que metiera a un niño pequeño me revolvía el estómago, pero que un extraño criara a *mi hijo* me ponía furioso. No. Nunca permitiría que eso sucediera.

Solté un suspiro brusco. Violet era una complicación que normalmente no dudaría en eliminar, pero... no podía. Convertir esta situación en una desagradable batalla por la custodia haría daño a Jack, y ya había pasado por bastante. El matrimonio los mantenía a ambos bajo mi control.

Miré a Romeo. —Lo haré.

Romeo hizo girar su copa. —Bien. Entonces, está decidido.

—Estáis locos los dos —dijo Santino, negando con la cabeza—. Cuando mamá se entere...

—Lo superará.

Julia me miró. —¿Pero no quieres casarte por amor?

Elena frunció el ceño. —Esto es una idea muy mala.

—Secundo eso —asintió Santino.

Sabrina levantó una mano. —Yo tercero.

Me levanté, la silla raspando ruidosamente contra el suelo. —Necesito irme. Gracias por venir.

Mis hermanas permanecieron sentadas, mirándome con el ceño fruncido, pero mis hermanos se levantaron y se pusieron sus abrigos. Sabían cuando había tomado una decisión. Julia recogió mi copa mientras me ponía el abrigo.

—Intenta ser comprensivo con ella, Killie. Sé que estás molesto, pero piensa en lo que ha pasado. Perdió a su hermana, heredó a un niño y le dijeron que se mantuviera alejada de ti. Debió estar aterrorizada.

Sabrina, la menos sensible del grupo, resopló. —Él no conoce a esta chica. Podría arrancarle los ojos mientras duerme.

Me subí la cremallera de la chaqueta. —No me da esa sensación, pero cerraré mi puerta con llave.

Sabrina me agarró del hombro. —Bueno, estoy contigo si decides ir a la guerra. Te quiero.

Me besó en la mejilla y salió.

Elena fue la siguiente. Me rodeó con sus brazos, atrayéndome hacia un fuerte abrazo. Se apartó, con los ojos brillantes. —Estoy orgullosa de ti por hacer lo correcto. Solo imagina por lo que ha pasado ese pobre ángel.

Asentí, pero no sentí nada.

—Serás un gran padre. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Sonreí débilmente. —Gracias.

Se limpió la cara y corrió a la cocina. Santino se acercó a mí, sonriendo.

—Te quejabas de tu trabajo aburrido. Ahora tienes uno nuevo. *Papá*. —Se rio—. No parezcas tan aterrorizado. Todo irá bien. ¿Qué tan difícil puede ser?

Considerando que nuestra madre tuvo una crisis mental cuando éramos pequeños, bastante difícil. Pero nunca hablábamos de esa época oscura en la historia de nuestra familia.

Sonreí y asentí como un maniquí.

—Me voy —dijo, estrechándome la mano—. Pase lo que pase, te apoyo. Yo me ocuparé de mamá.

Romeo me dio un puñetazo juguetón en el brazo. —Pido ser el padrino.

—Escucha, necesito un favor. Acompáñame a ver al niño. Necesito que lo distraigas mientras hablo con Violet.

—Por supuesto, hermanito. Será un placer.

Me despedí del resto con abrazos. Luego me metí los resultados de la prueba en el bolsillo y me fui. Me estrellé contra la puerta que daba al exterior. Se abrió hacia fuera y el aire frío me mordió las mejillas.

Romeo y yo nos metimos en el Dodge. En cuanto me puse detrás del volante, arranqué el coche. Los neumáticos chirriaron mientras daba marcha atrás.

—Kill, necesitas mantener la cabeza fría.

Puse primera. —Mi hijo vive en la pobreza mientras yo tengo una fortuna. Necesito sacarlo de allí.

—Estoy contigo, hermano —me tranquilizó Romeo mientras se abrochaba el cinturón—. Lo que necesites. Pero no podemos irrumpir en su casa y llevarnos al niño.

Giré a la derecha. —Sí, lo sé.

—¿Alguna idea de dónde está? —preguntó.

—Acaba de llegar al centro comercial. Tengo a alguien siguiéndola.

—Perfecto. —Tocó la pantalla de su teléfono—. Vamos a parar primero en una joyería. Necesitas un anillo de compromiso.

Dulce Jesús.

Este matrimonio no era por amor, pero no dejaría que nadie pensara que se trataba de un gesto a medias. Se trataba de hacer

una declaración, de hacer saber a todos que ella y Jack estaban bajo mi protección.

Fuimos a un joyero de alta gama en Newbury Street conocido por sus piezas únicas. Intenté imaginar qué le quedaría bien en la mano. El joyero sacó una selección de anillos. Todos brillaban intensamente, pero uno destacó: una gran piedra sólida en una banda detallada pero no ostentosa. Después de comprar el anillo, llegamos al centro comercial. Mi mente daba vueltas con imágenes de Jack, su cara inocente como una máscara que ocultaba el daño que había sufrido. Perder a una madre a esa edad... ¿qué le hacía eso a un niño? Estaba sufriendo. Me necesitaba.

Aparqué en un sitio del aparcamiento del centro comercial y apagué el coche. Me quedé sentado, agarrando el volante. Miré el edificio. Dentro estaba mi hijo, viviendo una vida que yo nunca hubiera querido para él.

Romeo me dio un codazo. —Vamos.

Asentí, desabrochándome el cinturón de seguridad.

ONCE

VIOLET

—¡Jack, no corras!

Chilló como un banshee mientras se liberaba de mi agarre, corriendo por el amplio pasillo. Riendo, chocó contra las rodillas de un hombre. Jack rebotó y cayó sentado. Agarré a mi errante sobrino y lo puse de pie.

—*Ay* —se quejó.

—¡Eso es lo que pasa cuando no escuchas! —Me volví hacia el hombre con quien había chocado, haciendo una mueca—. Lo siento muchísimo.

Negando con la cabeza, el hombre siguió su camino.

Solté un gran suspiro. —Jack, tienes que escucharme, o nos vamos a casa. No estoy bromeando.

Jack señaló hacia un escaparate. —¡Pero hay trenes!

—Vinimos a mirar, no a comprar —le recordé suavemente, esperando evitar una rabieta total.

Nos acercamos al escaparate, y el rostro de Jack se iluminó.

—¡Ese! —Señaló un tren rojo brillante, y se me cayó el alma a los pies.

—Cariño, hablamos de esto. No podemos comprar un juguete nuevo.

Empujó su labio inferior en un puchero terco, sus ojos marrones oscuros grandes y anegados en lágrimas. —*Pero lo quiero*.

Solté un suspiro tenso. —Peque, no podemos comprarlo hoy, pero en otra ocasión, ¿vale?

La crisis de Jack se intensificó. Lo cogí en brazos y lo abracé mientras sollozaba en mi hombro. Su pequeño cuerpo temblaba con cada llanto. —Está bien, pequeño. Aquí está la tía.

Lloró con más fuerza.

Un profundo dolor me arañaba por dentro. No era solo por un juguete. Quería darle el mundo pero *siempre* tenía que decir que no. Elise hacía que pareciera tan fácil.

Decidí distraerlo con el área de juegos en el centro del centro comercial. Lo dejé en el suelo, orientándolo hacia el parque infantil. Su llanto se detuvo. Subió las escaleras corriendo y bajó por el tobogán a toda velocidad.

Me desplomé en el banco, invadida por una ola de agotamiento. La carga de serlo todo para Jack pesaba sobre mis hombros.

Mientras Jack jugaba, mi atención se desvió hacia dos hombres. Estaban sentados en un banco, con abrigos demasiado pesados para el calor del centro comercial. Lanzaban miradas furtivas a mi sobrino, con las cabezas inclinadas juntas. Mis muslos se tensaron. Entonces una mujer pasó con su carrito, bloqueando mi vista de ellos. Cuando se apartó, habían desaparecido. La inquietud me erizó la piel de los brazos.

¿Adónde habían ido?

Quizás me los había imaginado. Me froté los ojos cansados. Cuando los abrí, Jack también había desaparecido.

Me levanté, frunciendo el ceño. —¿Jack?

Mi corazón latía fuerte mientras recorría la zona con la mirada, esperando que Jack apareciera de su escondite.

—Disculpe —le pregunté a una mujer sentada con su familia—. ¿Ha visto a un niño pequeño?

Negó con la cabeza.

Maldita sea. Me sumergí en la multitud, apartando a la gente mientras gritaba el nombre de Jack, mi voz perdida en la cacofonía del centro comercial. Las luces brillantes parecían más tenues, cada

rostro que pasaba una amenaza potencial. Con los nervios destrozados, avancé. ¿Y si alguien se lo había llevado? Me agarré a la barandilla del segundo piso, luchando contra las ganas de vomitar. Entonces una voz se elevó detrás de mí como un fantasma.

—Menudo corredor tienes ahí.

Me di la vuelta, con la garganta oprimida.

Achille Costa estaba frente a mí, con una media sonrisa tirando de sus labios. —Está con Romeo, mi hermano.

Señaló con la cabeza la tienda de juguetes. Fuera del escaparate, Jack sostenía la mano de un hombre extraño, charlando animadamente. Me lancé en esa dirección, pero Achille me bloqueó.

—Tenemos mucho de qué hablar.

—¿Por qué tenemos que hablar mientras mantienes a Jack lejos de mí?

Su silencio me estrujó el aire de los pulmones.

—Porque se me han acabado las formas de asustarte.

Una punzada golpeó mi pecho mientras Jack acompañaba a Romeo dentro de la tienda, fuera de la vista. *Te he fallado, Elise*. Las lágrimas me escocieron los ojos, convirtiendo todo en una mancha borrosa.

—Por favor, no le hagas daño...

Achille me agarró la muñeca, el contacto abrasando mi piel. El contacto me transportó al momento desesperado después de que la policía me dijera que Elise había muerto. Algunos reaccionan al miedo luchando o huyendo, pero yo no era una de esas personas afortunadas. ¿Mi respuesta? Quedarme paralizada y obedecer. No pude reunir ni una gota de resistencia mientras me conducía de vuelta al banco.

Me hizo sentarme, y mi cuerpo obedeció. Se sentó a mi lado, nuestros muslos se tocaban. Una conciencia de él nubló mi cabeza. Olía bien. Se mezclaba con la adrenalina. Su mano cálida todavía sostenía la mía, acelerando mi pulso. Sonrió como si estuviéramos en una cita, y la simple belleza de ello reorganizó mis entrañas.

—Relájate —dijo, acariciando mi palma—. No le haré daño a Jack. Es de mi sangre. Tú, sin embargo, estás en una posición diferente. Solo estás aquí por mi misericordia.

—Qué dulce. Debería convertirlo en una canción.

—Por favor, hazlo. Se la cantaré a Jack.

Imbécil sarcástico y engreído.

El calor inundó mis mejillas. —No sabía que tenías corazón.

—Solo para mi hijo.

Las palabras me golpearon en el estómago: *mi hijo*. La realidad de la reclamación de Achille sobre Jack cayó sobre mí. Me fulminó con la mirada mientras su agarre se deslizaba hacia mi muñeca.

—La prueba dice que es mío. Quiero la custodia completa.

Mi estómago se retorció. —Eso nunca ocurrirá.

—Soy su padre.

—Yo también tengo derechos.

Me soltó, inclinándose más cerca. —Los derechos de un padre están por encima de los de una tía. Te voy a demandar por la custodia completa, y voy a ganar.

Tal vez lo haría. ¿Y si el juez ignoraba la carta de mi hermana y le concedía la custodia completa? Quizás tenía los medios para sobornar a un juez. ¿Eso era algo común aquí? En mi tierra, tales tratos astutos eran tan raros como los dientes de una gallina, pero aquí... La corrupción corría tan profunda como las enredaderas de kudzu en pleno verano.

Me forcé a sonreír. —Me encantaría ver a un juez dar la custodia completa a un hombre con tus antecedentes.

No se inmutó. —Aunque tuvieras el dinero para una defensa increíble, no hay un solo abogado en esta ciudad que te representaría.

—Estás fanfarroneando.

Ladeó la cabeza. —¿Estás segura de eso?

No. Estaba fuera de mi elemento. Me invadió un impulso salvaje de arrojarme a sus pies y suplicar, pero no haría otra cosa que burlarse del espectáculo.

Se estiró, extendiendo una pierna. —¿Sabes? Simpatizo contigo, Paleta. Nada de esto es culpa tuya. Tu hermana te dejó un gran lío que resolver. No puedo imaginar cómo debe ser eso. Lo difícil que ha sido para ti. Lidiar con su asesinato... criar a un niño pequeño tú sola, sin ayuda.

—Deja de hacerme la pelota.

—Una batalla por la custodia podría volverse fea, pero no tiene por qué serlo. Has cuidado bien de mi hijo. Cumpliste con tu parte, pero ahora él pertenece a su padre.

Temblé. —No.

Se encogió de hombros. —El tribunal me otorgará la custodia total. Por una vez, la ley está de mi lado. Podríamos firmar los papeles hoy mismo.

—Preferiría morir.

—Hay otra opción —dijo arrastrando las palabras, moviendo la muñeca para mirar su reloj—. Vivir juntos, bajo mi techo.

—¿Mudarme contigo?

—Créeme, no es mi opción preferida. No eres más que un inconveniente para mí. Podría deshacerme de ti, pero ¿qué tipo de daño le causaría eso a mi hijo?

—Eres despreciable.

—No tanto como podría ser —dijo guiñando un ojo—. Supongo que la paternidad ya me está cambiando.

Negué con la cabeza. —¿Qué te hace pensar que estás capacitado para criar a un niño?

—No se trata de eso.

Solté una risa áspera. —Eso demuestra lo distorsionadas que están tus prioridades.

—Mi prioridad es reclamar a mi hijo. Criarlo en un entorno que yo apruebe.

—¿Aquel en el que le *disparan*?

—El que lo mantiene seguro. No puedo protegerlo si pasa la mitad de su tiempo en tu apartamento sin ninguna seguridad.

Tenía razón.

Me humedecí los labios resecos. —¿Cuánto tiempo viviríamos juntos?

—Hasta que me supliques el divorcio.

Parpadeé. Había oído mal. El divorcio implicaba que nos casaríamos, y no podía referirse a eso.

—No voy a casarme contigo.

—Bueno, no te traeré a vivir conmigo a menos que aceptes casarte conmigo.

—Pero... ¿por qué?

—No quiero pasar semanas en los tribunales, Paleta. Solo Dios sabe en qué estado está Jack después de que asesinaran a su madre. Y cuando yo gane, estará en una casa nueva con desconocidos. Lo destrozará. Lo sé. Pero si estamos comprometidos, evitamos todo ese dolor.

Sonaba menos como un sicario y más como un padre preocupado por su hijo. Me desestabilizó, me hizo reconsiderar al hombre sentado a mi lado.

—¿No te importa casarte con una desconocida?

Se encogió de hombros. —El matrimonio me da todo lo que quiero ahora mismo.

Respiré hondo. —Así que esto es... ¿una conveniencia para ti?

—Es la mejor solución para todos los implicados. Tú mantienes a Jack en tu vida, y yo me aseguro de que esté seguro y cuidado.

—¿Pero qué hay de mí? ¿En qué me convierto en todo esto? ¿Solo una esposa de mentira?

Se reclinó, con una expresión indescifrable. —Tendrás seguridad financiera, un techo sobre tu cabeza, y no perderás a Jack. ¿No es eso lo que quieres?

Me humedecí los labios, cayendo en la cuenta de la realidad de la situación. Esto no era un cuento de hadas. Era un acuerdo por el bien de un niño. Mi sobrino. El hijo de mi hermana.

—¿Qué pasa si digo que no?

—Haré que mi abogado redacte una demanda, y cuando obtenga la custodia completa, me aseguraré de que nunca vuelvas a verlo.

Tragué una gran bocanada de aire. ¿Tenía alguna esperanza de ganar una batalla judicial? Tal vez, pero su abogado podría alargar el proceso todo lo que quisiera. Sus recursos superaban con creces a los míos. La idea de perder a Jack, el último pedazo de Elise, me desgarraba el pecho.

—¿Por qué *querrías* casarte conmigo?

Sus fríos ojos taladraron agujeros en mi pecho. —No se trata de eso. Estoy asegurando el futuro de Jack.

La respuesta mordaz que había preparado se desvaneció. —Elise me dijo que me mantuviera alejada de ti. Te llamó peligroso.

—Podría haberle salvado la vida.

—Por lo que sé, tú eres la razón por la que está muerta.

Me ofreció una pequeña sonrisa. —Si lo fuera, no estaríamos manteniendo esta conversación.

Mis mejillas se sonrojaron. —Mira, estoy dispuesta a negociar la custodia compartida.

—Pero yo no.

—Por favor, sé *razonable*.

Me miró de reojo. —Ni siquiera es tuyo.

Mi estómago se desplomó. —Es como si lo fuera. ¿Quién más tiene él? ¿*Tú*? Eres un monstruo.

—Me ocultaste a mi hijo. Algunos dirían que *tú* eres el monstruo.

Crucé los brazos. —Si acepto esto, ¿cómo puedo confiar en que cumplirás tu parte del trato?

—Nos reuniremos con nuestros abogados para el acuerdo prenupcial.

—Si digo que sí, ¿qué gano yo?

—Recuperar tu vida. No tendrás que preocuparte por poner comida en la mesa nunca más.

—¿Cómo sé que estás diciendo la verdad?

Sacó una cajita de terciopelo del bolsillo interior y me la lanzó. —No esperes que me arrodille.

La atrapé. Luego abrí la caja, y mi piel hormigueó. Unida a una sencilla banda dorada estaba la roca más grande que jamás había

visto. No pude evitarlo. Me la deslicé en el dedo. Entró como la seda. El diamante brillaba. Pequeños fragmentos de arcoíris centelleaban con la luz.

Precioso.

De niña, había soñado con este momento. Aparte del anillo, todo estaba mal, desde el escenario del centro comercial hasta el hombre ceñudo a mi lado. Intenté imaginar a Achille convirtiéndose en mi marido, pero mi imaginación se congeló en el beso ante el altar.

Lo miré. —Necesito más tiempo para decidir.

Asintió. —Te daré diez minutos.

DOCE

ACHILLE

Los ojos de Violet relampaguearon. —No puedes poner un cronómetro a una decisión como esta. Las cosas no funcionan así.

—Parece que estás más acostumbrada a la vida rural donde las decisiones son tan largas como un día de verano —dije con sorna, disfrutando de verla alterada—. Diez minutos, Paleta. El tiempo corre.

—Estás loco —murmuró.

Miré mi reloj. —Mi oferta caduca en nueve minutos y treinta y dos segundos. Después de eso, procederé con la batalla por la custodia.

Se erizó. —Esto es coacción.

—Es una solución sensata para una situación complicada.

—Estás tratando el matrimonio como si fuera un acuerdo comercial —siseó—. ¿Qué hay del *amor*? ¿De la confianza?

Esas palabras eran como moneda extranjera en mi línea de trabajo. —Lo que te ofrezco es protección, mi apellido y un futuro.

—Te estás burlando del matrimonio. Y de mí.

Alcé una ceja. —Estoy siendo práctico. Jack necesita estabilidad y tú necesitas apoyo. Podemos proporcionarnos eso mutuamente.

Sus manos se cerraron en puños. —No puedes comprar y vender las vidas de las personas como si fueran ganado.

—Ocho minutos, Paleta.

—Eres increíble.

Su mirada se desvió hacia Romeo y Jack. Alejar a Jack de ella era una jugada sucia, una táctica de intimidación garantizada para golpearla en lo sentimental. Podía ver el pánico apoderándose de ella. Jack no estaba en peligro. Simplemente no quería que considerara mi propuesta con la cabeza despejada. Si se sentía presionada, sería más probable que dijera que sí.

Y necesitaba que cediera.

No podía eliminarla de la vida de mi hijo sin convertirme en un cabrón malvado, pero confiar en una desconocida tampoco era una opción. El matrimonio era el compromiso. Si no aceptaba casarse conmigo, la destruiría. Le pondría una orden de alejamiento, la ahogaría en demandas civiles y la arruinaría.

—No puedes coaccionarme para que me case contigo.

Me encogí de hombros. —No consigo lo que quiero siendo amable.

Respiró hondo. —¿Qué ocurre cuando este matrimonio se convierta en otra cosa que tienes que controlar? ¿Qué pasará entonces? ¿También vas a cronometrar mi libertad?

—Serás más libre conmigo que huyendo.

—No tendré que hacer eso si me dejas marchar.

—Cuatro minutos, Paleta.

Metió el anillo en la caja y me la ofreció. —La respuesta es no.

—No lo dices en serio.

—Sí. Coge tu anillo y atragántate con él.

Apreté los dientes. —Esto no se trata solo de ti. Piensa en Jack.

Me miró con furia. —Si fuera mayor, me llamaría estúpida si no viera a través de una jugada tan desesperada.

Arqueé una ceja. —¿Yo estoy desesperado?

—Sí —escupió—. Tienes mucho que perder. Quizás ni siquiera tengas un caso. ¿Por qué compraste ese anillo?

—Necesitabas una prueba de que iba en serio. Un anillo parecía un gesto lo suficientemente grande. Si dices que no, lo empeñaré y contactaré con mi abogado.

Resopló. —Probablemente cuesta quince mil o más.

—Multiplica eso por diez y estarás más cerca del precio.

Sus ojos azules no me soltaban. —Achille, ¿por qué quieres esto?

—Si me llamas A-*chi*-le en el altar, que Dios me ayude.

—Deja de eludir mis preguntas.

La miré fijamente, ignorando el impulso de agarrar su mano y forzar el anillo de vuelta en su dedo. Algo se retorció dentro de mí. La mujer que poseía el corazón de mi hijo tenía que estar a *mi* lado. Si perdía la batalla por la custodia, la crianza compartida le daría mucho tiempo libre. Tiempo para muchas cosas, como salir con otros. Mi hijo estaría expuesto a cualquier chusma que ella llevara a casa. Pensar en ello me cabreaba. Ver cómo prosperaba sin mí sería intolerable.

¿Por qué no debería tenerla?

Su luminosidad contrastaba bien con mi oscuridad. Se vería bonita en mi brazo, como una baratija brillante con sus coloridos atuendos. Me gustaba la idea de su voz ronca cantando mi nombre, susurrándolo en sueños después de que la hubiera follado hasta dejarla sin sentido.

Esto se trataba de control. Violet con otra persona era una amenaza para la estabilidad de mi hijo, no celos. Yo estaba por encima de eso. Este compromiso era parte del plan. Un acuerdo necesario. ¿La forma en que mi sangre se aceleraba cuando me desafiaba? Pura adrenalina. ¿La satisfacción de imaginarla durmiendo en mi casa? Solo el placer de ganar.

—¿Quieres saber por qué? —Incliné la cabeza para rozar mis labios contra su oreja—. Porque posees un pedazo de mi alma. Exijo la tuya a cambio.

Sus mejillas se sonrojaron. —No quiero poseer tu alma.

—Entonces renuncia a él y sal de mi puta vida.

—*Nunca*.

—No pararé hasta tener la custodia completa.

Levantó la barbilla. —Adelante. Si tuvieras jueces en el bolsillo, no te molestarías con todo este teatro.

—Paleta, no necesito jueces corruptos, solo un abogado despiadado que hará lo que sea necesario para destruirte.

—¿Entonces por qué no lo haces?

Yo era quien se estaba encadenando a una bola de hierro para proteger lo que era mío. ¿Qué estaba renunciando ella? Su desafío avivaba el fuego que crecía en mi vientre. No entendía el peligro que provocaba. Necesitaba domar a esta chica lo antes posible. Me imaginé su mirada desafiante quebrándose mientras la hacía correrse.

—Os quiero a los dos. Es así de simple.

—No me estás diciendo por qué...

—Haz lo inteligente. Ponte mi anillo. Di que sí.

Violet inspiró profundamente, bajando la mirada hacia la caja. —¿Y qué hay de nosotros? ¿Habrá expectativas?

Ignoré el calor que palpitaba en mi polla. —No te halagues. Esto no es una historia de amor.

—¿Y si estoy de acuerdo con todo esto, abandonarás la batalla por la custodia?

—Sí. Haré que mis abogados redacten el acuerdo prenupcial. Incluiremos lo que hemos discutido. Será legalmente vinculante.

—Entonces acepto.

La irritación calentó mi piel como una erupción. El hecho de que hubiera aceptado justo después de que le dijera que no tendríamos que follar me molestaba. Todo lo que hacía me irritaba.

—Organizaré una reunión.

—¿Cuándo?

—Te lo haré saber. Por ahora, espero que lleves mi anillo.

Su mirada herida chocó con la mía. —Quiero a Jack.

Me dirigí hacia la juguetería, con Violet pisándome los talones. Romeo estaba fuera con Jack, una bolsa amarilla agarrada en su mano. Evalué a Jack con una mirada: ropa limpia, mejillas sonrosadas, los cordones de sus zapatos arrastrando por el suelo.

El hombro de Violet chocó con el mío mientras arrastraba a Jack lejos de Romeo. —Casi me da un infarto. ¡No puedo mantenerte a

salvo si no te quedas cerca!

—Me ha comprado un tren —exclamó Jack entusiasmado.

Violet le lanzó una mirada asesina a Romeo y agarró a Jack por los hombros. —No debes hablar con desconocidos.

Romeo chasqueó la lengua. —Creo que podemos ajustar esa actitud cuando se trata de familia.

Violet se erizó. —Vuelve a llevártelo sin mi permiso y te desollaré más rápido que a un conejo en una plancha caliente. Familia o no, no te llevas a mi niño.

Romeo levantó las manos, con una sonrisa burlona. —Entendido, señora. Sin malas intenciones. Os daré espacio.

Romeo me entregó la bolsa de plástico. Violet lo fulminó con la mirada. Él sonrió y se alejó con paso despreocupado, dejándome con Violet y Jack.

Me arrodillé a la altura de Jack, sacando el juguete de la caja de la bolsa. —Vaya. ¿Es tuyo?

Jack asintió.

—Qué guay. ¿Puedo jugar con él más tarde?

Jack me miró con recelo. —Quizás.

Tragué saliva. —Oye, pues, em... soy tu papá.

Su ceño se frunció más. —¿Mi papá? ¿Como... como en los cuentos?

Violet alisó los rizos de Jack. Su suave caricia en su cabeza era todo lo que yo no era: reconfortante, familiar, segura. —Sí, cariño. Él es parte de tu familia.

Me miró de frente, frunciendo el ceño. —¿Por qué no estuviste antes?

Su inocente pregunta sonó como una acusación.

Se me hizo un nudo en la garganta. —No sabía que estabas aquí, pequeño. Pero ahora estoy aquí.

Violet puso una mano en la espalda de Jack, y él se volvió hacia ella. —Jack, a veces las mamás tienen bebés y los papás vienen después. Tu papá está aquí para estar con nosotros.

Un rubor subió por mi cuello mientras me encontraba con su amplia mirada. —Así es. Voy a cuidar de ti. Siento no haber estado ahí. Te lo compensaré, te lo prometo.

Jack agarró el tren que aún tenía yo en la mano y tiró. —Suéltalo. Es mío.

Violet gruñó. —Jack, eso no es muy amable.

Escondí una sonrisa mientras él lo abrazaba contra su cuerpo. Sus ojos, idénticos a los míos, nadaban en dudas. Mirarlo dolía. Un dolor creció en mi corazón. Le aparté un mechón de pelo de la frente y se estremeció.

Retrocedió y miró a Violet. —¿Podemos irnos a casa?

Violet me dirigió una sonrisa triste. —Sí, podemos.

Al ponerme de pie, un peso enorme se instaló sobre mí. Siempre había sido inquebrantable. Pero cuando mi hijo me miró como si no fuera nadie, me sentí cualquier cosa menos fuerte.

—Es un Costa sin duda —se rio mi hermano, dándome una palmada brusca cuando lo alcancé—. El niño sabe sacar provecho. Le dije que podía elegir lo que quisiera y fue a por un objeto de alto valor.

Los observé moverse por el centro comercial, con el estómago hecho un nudo. No pude hablar. El dolor era demasiado intenso.

Romeo se volvió hacia mí, frunciendo el ceño. —¿Qué?

—Mi hijo me teme.

—No será así por mucho tiempo.

Asentí, y las cuerdas invisibles alrededor de mi pecho se aflojaron. —Sí. Tienes razón.

—Oye, no puedes martirizarte por esto. Es culpa de ella, no tuya.

Que te jodan, Elise.

Una nueva oleada de odio me recorrió. La distancia entre mi hijo y yo era obra de Elise. Me lo había ocultado. Luego había predispuesto a Violet en mi contra. Si no fuera por pura y simple suerte, nunca habría sabido que mi hijo existía. Ver a Violet con Jack me hizo darme cuenta de cuánto la necesitaba.

Ganarme a Jack era una cosa, pero Violet era otra historia. Las mujeres no se enamoraban de mí. Solo adoraban mi lado oscuro. Sin importar qué, nunca cumpliría las expectativas de Violet. Y aunque lo hiciera, ella nunca me perdonaría por lo que le pasó a su hermana.

TRECE

VIOLET

Sal de aquí. Ahora.

La advertencia de mi hermana resonaba en mi cabeza, pero la mirada de Achille clavó mis talones al suelo. Estábamos en una oficina del centro, en un edificio propiedad de su familia. La gran mesa de caoba era como un campo de batalla, repleta de documentos legales. Los abogados, meros espectadores en nuestra guerra, garabateaban notas. Mi futuro marido estaba sentado frente a mí, un enigma envuelto en una chaqueta de cuero.

Marido.

Todavía no me había hecho a la idea. La dulce voz de mi hermana me reprendía. *Te dije que mantuvieras a mi hijo alejado de él, ¿y ahora vas a casarte con él? ¡Has perdido la cabeza!*

Casarme con Achille me hacía sentir tan desesperada como un cauce seco esperando la lluvia. Estaba lejos de ser el hombre ideal, pero no buscaba un príncipe de cuento de hadas. Necesitaba una tormenta, y el hombre del que otros susurraban en voz baja era una tempestad en forma humana.

Se recostaba en su silla con una elegancia que me recordaba a una pantera que vi una vez en el Zoo de Knoxville, todo poder contenido y confianza perezosa. Una camiseta blanca se ceñía a su amplio pecho. Su pelo, una maraña despeinada de rizos, le caía sobre los ojos. Parecía hermoso y aburrido.

La abogada de Achille, Michelle, una rubia estatuaria con un elegante traje de Chanel, se posaba junto a él como un halcón al lado de su amo. Me dedicó una tímida sonrisa. —¿Le gustaría tomar algo? ¿Café? ¿Té?

La despedí con un gesto. —Estoy bien, gracias.

Michelle lanzó a Achille una mirada cautelosa, recibiendo un brusco asentimiento como respuesta.

Se volvió hacia mí. —Señorita Harper, mi cliente y yo le enviamos un acuerdo prenupcial para que lo examinara. ¿Tiene alguna duda o pregunta?

A mi lado, mi abogada, Kim, abrió su bloc de notas. —Primero, queremos abordar la exigencia del señor Costa de figurar en el certificado de nacimiento de Jack.

Achille me miró de reojo. —Eso no es negociable.

—No es solo una formalidad —continuó Kim—. Implica la paternidad legal, con todos los derechos y responsabilidades que conlleva.

—Los cuales estoy dispuesto a asumir —masculló.

Kim me miró, y yo asentí. —De acuerdo. Entonces pasemos a los acuerdos financieros. —Kim pasó a otra página mientras Michelle tomaba notas—. La señorita Harper requiere que se establezca un fondo fiduciario para Jack, independiente del acuerdo matrimonial.

Achille asintió. —De acuerdo.

Kim consultó sus notas. —La señorita Harper insiste en una cláusula con términos específicos.

Achille arqueó una ceja. —Elabore.

—Si cualquiera de las partes es hallada culpable de infidelidad, esto causará una penalización sustancial. Cincuenta mil dólares, por incidente. Será independiente de cualquier otra disposición del acuerdo.

Su atención se deslizó hacia mí. No dijo nada, pero sentí el ardor de su mirada mientras recorría mi cara, garganta y cuerpo. Como si ya hubiera memorizado mis curvas.

Mis mejillas se sonrojaron. —Nada de aventuras.

Me estudió durante un largo momento, con una mirada tan intensa que me removí en mi silla. —Me parece justo. Pero recuerda, esta calle va en ambos sentidos.

—Por supuesto.

Su abogada se inclinó hacia delante. —Señor Costa, le aconsejo que no lo haga. Es inusual y podría ser...

Achille la silenció con un gesto de la mano. —Si eso es lo que ella quiere, me parece bien.

Me mordí el labio, con los nervios destrozados. Debería haber presentado más batalla. ¿Por qué no? La expresión de Achille seguía sin cambiar de fría indiferencia, pero no dejaba de mirarme fijamente.

Kim pasó una página en su bloc. —Hablemos de la educación y el futuro de Jack. Dadas las circunstancias especiales, necesitamos establecer un plan claro. Violet cree que para la seguridad de Jack, un entorno de educación privada sería lo mejor.

Michelle miró a Achille antes de responder. —El señor Costa ya ha considerado esto. Insiste en que Jack debería recibir educación en casa, dados los riesgos que implica asistir a una escuela pública o incluso privada.

Me enderecé. —No. La educación en casa podría aislar a Jack. Tiene que tener alguna apariencia de infancia normal. Eso significa interacciones con otros niños.

Achille se inclinó hacia delante. —Su seguridad no es negociable. Los riesgos en un entorno escolar tradicional son demasiado altos. La educación en casa puede complementarse con actividades sociales.

El calor ardió en mi pecho. —¿Pero qué hay de su desarrollo? ¿De su capacidad para hacer amigos, para experimentar un mundo fuera de todo esto?

Kim intervino. —Aunque apreciamos las preocupaciones del señor Costa, el bienestar emocional de Jack es igual de importante. Una escuela privada con estrictas medidas de seguridad podría ser un compromiso.

Achille se apartó un mechón rebelde de la cabeza. —Cuanta menos gente sepa de él y sus rutinas, más seguro estará. Es definitivo.

Kim asintió. —Entonces no tenemos más preocupaciones.

Las uñas rosas de su abogada brillaron mientras apilaba sus notas. —Perfecto. Marcaré esos cambios y enviaré el documento esta tarde. ¿Suena bien?

Levanté una mano. —Um, tengo algo que quiero añadir.

Apreté la mandíbula mientras su sonrisa petulante destellaba al otro lado de la mesa. Obviamente pensaba que me tenía totalmente calada. No me importaba. Podía pensar lo que quisiera de mí. Si iba a convertirme en una Costa, disfrutaría de las ventajas. De todas ellas.

Titubeé con mis palabras. —¿Podríais hacerme un favor y dejarnos la sala? Me gustaría hablar con mi prometido en privado.

—Por supuesto.

Su abogada cruzó la habitación y abrió la puerta. Kim la siguió, dejándonos solos. Caímos en un pesado silencio. Lo que necesitaba preguntar me pesaba en el corazón.

Achille jugueteaba con un bolígrafo que su abogada había dejado, sus ojos oscuros devorándome. —La cláusula de no engaño, ¿eh?

—No estoy dispuesta a atarme a un hombre que no puede serme leal.

Se puso de pie, sus dedos recorriendo la mesa mientras se acercaba a mí. —¿Qué más quieres de mí?

—Algo que no podía mencionar delante de los abogados.

Se apoyó en mi silla, un depredador acechando. —Di lo que tengas que decir.

—Ayúdame a encontrar al asesino de mi hermana. Quiero que el bastardo que la mató desaparezca, y no voy a quedarme solo mirando. Yo daré el golpe final. —Me levanté mientras el asombro recorría su rostro—. Ya sé, parece una locura.

Frunció el ceño. —Sedienta de sangre, más bien.

—¿Me ayudarás o no?

Sus fosas nasales se dilataron. —Dime por qué tienes que hacer esto.

Sostuve su abrasadora mirada. —Quien hizo esto anda por ahí, libre. Estoy enfadada. Quiero justicia.

—¿Por qué?

—¿Hablas en serio? *Mató a mi hermana*. *La madre de Jack*. Ni siquiera fue una pelea justa. Le disparó en la nuca como un cobarde. La dejó pudriéndose en la calle.

—No te estoy preguntando por qué merece morir. ¿Por qué tienes que matarlo tú?

La pregunta me azotó las mejillas con calor. —L-le hice una promesa cuando vi su cuerpo. Que buscaría al hombre responsable y acabaría con él.

—Eso es una gran carga.

—Sí, lo es. Pero se lo debo. —Respiré profundamente mientras las lágrimas brotaban de mis ojos—. Es mi mejor amiga. Mi compañera de música. Necesito hacer esto, y no puedo hacerlo sin ti.

Su atención se clavó en mí mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla. Su mirada suave recorrió mi rostro antes de asentir. —Lo haré.

—¿Qué tengo que hacer a cambio?

—Nada —murmuró, levantando una mano para acariciar mi mejilla—. Estamos en la misma página, Paleta.

Una lluvia de chispas siguió a los nudillos que rozaban mi piel. Me había tocado antes, pero nunca así. Mis labios entumecidos lograron formar palabras.

—Deja de llamarme "Paleta".

Su mirada se deslizó hacia mi boca. —Lo haré cuando dejes de destrozar mi nombre.

—No es intencionado. Es que resulta extraño para mi lengua.

—Puedo mostrarte algunas otras cosas extrañas para tu lengua.

Puse los ojos en blanco, pero mi corazón dio un vuelco. —Nada que no haya visto ya o escuchado.

—Tengo algunos trucos bajo la manga.

—¿Hacer desaparecer a las mujeres cuando has terminado con ellas?

Todavía sujetaba mi barbilla. Estaba lo suficientemente cerca como para que su aliento abanicara mis mejillas. Casi parecía que me estaba respirando. —No eres una mujer cualquiera. Eres mi prometida.

Esa palabra palpitó en mi pecho. —Dijiste que no querías nada de mí.

—He cambiado de opinión —ronroneó—. Después de todo, incluiste esa cláusula de infidelidad.

—Te haré cumplir tus votos.

—¿Vas a ofrecerte a mí?

Me reí. —Por supuesto que no.

—Entonces me estás preparando para el fracaso.

Apreté los dientes. —Quizás, por una vez, podrías intentar ser fiel a una mujer.

—¿Crees que un trozo de papel me convertirá en el marido perfecto?

—No se trata de *cambiarte*. Se trata de respetar el compromiso que estás a punto de asumir.

Soltó mi barbilla, y su intensidad se desvaneció. —¿Y qué hay de ti? ¿Puedes soportar estar casada conmigo?

La presión aumentó detrás de mis ojos mientras imaginaba nuestra vida juntos. ¿Cómo sería eso? ¿Dormiríamos en camas separadas? Más lágrimas resbalaron por mis mejillas. Siempre había querido enamorarme profundamente de alguien. Mi corazón lamentaba el futuro que estaba eligiendo: un matrimonio sin amor.

Lentamente, su mirada se deslizó hacia abajo. Su boca flotaba peligrosamente cerca. Su aliento calentaba mi piel, despertando algo profundo dentro de mí. Quería no sentir nada, pero un dolor pulsaba entre mis piernas. ¿Me besaría? Mi pulso se aceleró. Esperé a que se

acercara más y sellara mi destino con él. Inclinó la cabeza. Casi podía saborearlo.

Pero no me besó. Sus labios tocaron mi cara, justo donde temblaba una lágrima. Un calor húmedo acarició el punto. Una sensación desorientadora amenazaba con arrastrarme. Me *lamió*. Me quedé paralizada mientras trazaba un camino ardiente hacia arriba.

Demasiado.

Me aparté bruscamente. —¿Qué demonios estás haciendo?

Se echó hacia atrás, sonriendo con suficiencia. —Distrayéndote.

Le fulminé con la mirada. —Esto no es un juego.

—¿No lo es? Me necesitas para la venganza de tu hermana, yo te necesito para mi hijo. Nos estamos usando mutuamente. No pretendamos que es algo más.

Sus palabras me dolieron.

—Me da igual. Si te pasas de la raya, te costará caro.

—Bueno, no tendré que hacerlo si mis necesidades son atendidas.

Tragué saliva. —Puede que estés acostumbrado a que las mujeres caigan rendidas a tus pies, pero yo no soy una de ellas.

—Bien. Me gustan los desafíos.

—N-no me importa si te gusto.

Se giró para irse, con una sonrisa astuta en los labios. —Nos vemos en casa, Paleta.

La puerta se cerró de golpe.

Me quedé allí, temblando. Me *lamió la cara*. Me limpié la mejilla y luego mi falda, furiosa. No podía dejar que me afectara.

La justicia para Elise era lo único que importaba. Achille era un medio para un fin, nada más. Pero no podía quitarme la sensación de que ya estaba parada bajo la lluvia, esperando el trueno.

CATORCE

VIOLET

Algún día, todo esto habrá valido la pena.

Eso me dije a mí misma cuando tres hombres de Achille llegaron a la mañana siguiente. Pisotearon como una manada de ganado en la feria del condado, empaquetando nuestras vidas mientras Jack y yo nos escondíamos en la habitación de mi hermana. Toqué algunos acordes en Lucille, pero no pude perderme en la música. La roca en mi dedo no dejaba de recordarme el pacto que había hecho con el diablo.

Era tan *extraño*.

Un minuto, yo no significaba nada para él, al siguiente se deshacía en atenciones para acomodarme. Antes de que llegaran los de la mudanza, un lujoso desayuno de mi prometido apareció en mi puerta. Tortitas, huevos, salchichas, café, de todo. Jack estaba eufórico. Yo también, porque no tuve que cocinar. ¿Era esto él siendo amable, o sentando las bases para reclamar su posesión?

Un golpe me devolvió a la realidad.

La puerta crujió, revelando a uno de los hombres. —Señorita, necesitamos empaquetar también esta habitación.

—De acuerdo. Dame un momento, por favor.

Asintió y desapareció. Cerré la puerta, apoyándome contra ella. Miré la ropa de mi hermana colgada en el armario, sus frascos de perfume en el tocador. Borrar los últimos rastros físicos de mi hermana me destrozaría.

Abrí mi teléfono, haciendo clic en el álbum titulado *Elise*. Su rostro me sonreía desde cientos de fotos. Después de su muerte, revisé mi carrete, mensajes y correos electrónicos de años atrás. Cada imagen, por borrosa que fuera, llenaba este álbum. Además de su hijo, era todo lo que me quedaba de ella. Deslicé el dedo, deteniéndome en una imagen donde sonreía ampliamente, con los ojos brillando de picardía. Mi dedo se quedó en la pantalla, trazando sus rasgos como si pudiera atravesar el tiempo y sentir su calidez nuevamente.

Mi teléfono vibró. El nombre de Achille apareció en la pantalla. Me sentí acorralada. El anillo en mi dedo era una cadena que había elegido, no solo por el bien de Jack, sino porque en algún lugar bajo mi miedo hacia Achille Costa, parpadeaba una llama de esperanza. Tal vez esto *sí* le daría a Jack una vida mejor que la que yo había planeado para él.

Contesté. —Hola.

—¿Dónde estás? —gruñó Achille.

Chasqueé la lengua. —¿Ya me echas de menos?

—Solo me aseguro de que no huyas con mi hijo.

Resoplé. —Es tentador, pero sigo aquí. Rodeada de tus matones.

—Bien. Recuerda, te estás mudando a mi casa, no saliendo de ella.

—Vaya, gracias. Casi lo olvido con todas estas cajas y tú saturando mi teléfono.

—Sigue con ese descaro, y veremos cuánto tardas en suplicar por una vida tranquila.

—Yo no suplico, especialmente a hombres como tú.

—Oh cariño, no tienes ni idea de lo que hombres como yo pueden hacer. —Su sensual ronroneo azotó calor en mi boca—. Quizás te lo demuestre.

Resoplé. —Si implica lamerme la cara, paso.

Hizo un sonido pensativo. —Habría jurado que lo disfrutaste.

Apreté el teléfono con más fuerza. Mi pulso latía a través de mi mano, haciéndola temblar. Él era el último hombre por el que

debería estar alterándome. Casarme con él era un sacrificio por Jack.

—¿Nada que decir a eso, eh?

—Deja de coquetear conmigo.

Su oscura risa envió un escalofrío por mi vientre. —Eres mi prometida. Haré contigo lo que quiera.

No voy a debatir esto por teléfono.

Tomé una respiración entrecortada, con la cabeza palpitando. —Estaré allí pronto. Me está costando empacar la habitación de mi hermana.

—Déjalo. Yo me encargaré.

—Sin ánimo de ofender, pero prefiero hacerlo yo misma.

—Te daré una hora. *Una. Hora*. Si no estás en el coche para entonces, iré allí y te arrastraré a casa yo mismo.

Colgó.

Qué imbécil. Guardé mi teléfono. Luego empaqué, distraída por mis pensamientos frenéticos y el calor que se aferraba a mi cuello. Metí en cajas las cosas de Elise. La habitación se fue vaciando lentamente, y el espacio a nuestro alrededor se hizo hueco. Cuando sellé la última caja, una punzada oprimió mi pecho.

—¿Es hora de irnos? —el susurro de Jack rompió el silencio.

Asentí, cogiendo su mano.

Salimos de la habitación, dejando la puerta entreabierta.

—¿Adónde vamos? —la pregunta de Jack me devolvió al presente.

—A casa de tu papá. Tú, yo y tu papá vamos a vivir juntos. ¿No es bonito?

Jack frunció el ceño.

Los de la mudanza transportaron las últimas cajas al camión. Los observé mientras subíamos a un coche conducido por un asociado de Achille. Cuando salió del aparcamiento, se convirtió en un edificio más en el retrovisor.

No tienes ni idea de lo que hombres como yo pueden hacer.

La voz ronca de Achille resonaba en mi cabeza, llenando mi estómago de fuego. Si tuviera que lidiar con él el resto de mi vida,

perdería la cabeza. ¿Realmente me estaba mudando con ese hombre? Necesitaba una copa. No podía quitarme los nervios. Me sentía como la damisela de un cuento de hadas y este era el prólogo, en el que es transportada a su castillo por su príncipe malvado.

Y cae bajo su oscuro hechizo.

Para siempre.

El castillo de Achille era un triplex de ladrillo en Belltown.

Contemplé la hermosa hilera de casas de ladrillo rojo, las verjas de hierro forjado, el parque justo al otro lado de la calle. La calle arbolada gritaba seguridad. Discreción. Me imaginé escribiendo la descripción para un anuncio inmobiliario-*el hogar perfecto para un sicario*.

Me desabroché el cinturón de seguridad.

—¡Vaya, qué casa tan grande! —rugió Jack.

La puerta se abrió, y Achille salió vistiendo vaqueros, una sudadera y una gorra de los Red Sox. Aparte de su rostro precioso, parecía un tipo normal. Tremendamente atractivo, pero accesible. Probablemente era parte de su actuación. Sus vecinos nunca adivinarían que el aficionado al béisbol de al lado codeaba con una familia criminal.

Una sonrisa ensanchó su hermoso rostro mientras caminaba hacia nosotros. Sonrió radiante a Jack, que no podía salir lo bastante rápido de su asiento para niños. Lo desabroché y saltó. Vaciló sobre sus pies, y Achille lo estabilizó.

—Hola, chaval. ¿Qué tal va todo?

Jack se aferró a mi brazo, mirándolo fijamente.

Achille le tocó la espalda. —¿Estás listo para ver tu nueva habitación?

—Em. Sí.

—Ven. Te llevaré —Achille le ofreció la palma de su mano, pero Jack se alejó de él.

Le di un empujoncito. —Está bien, cariño. Es tu papá.

Jack dudó y tomó la mano de Achille. Se volvió, frunciendo el ceño.

Sonreí. —Vamos. Estoy justo detrás de ti.

Achille tiró de él. Cometió el error de ayudar a Jack a subir los escalones, quien se erizó. —¡No necesito ayuda!

—Jack, sé amable con tu papá.

Jack voló dentro de la casa, y Achille corrió tras él.

Suspiré, me colgué una guitarra al hombro y los seguí. El interior era una mezcla de elegancia e intimidación. Madera oscura, líneas elegantes y acentos metálicos. Gritaba Achille Costa por todas partes. Tendríamos que hacer algunas reformas.

Jack saltaba, señalando el suelo de ajedrez blanco y negro. —¡Buaaaa! ¡El negro es mi color favorito!

—Eh, el mío también —la palma de Achille descansó sobre los hombros de Jack, guiándolo hacia el pasillo—. ¿Cuál es tu segundo color favorito?

—¡Gris!

Achille se rio, mirándome. —¿Te gusta lo que ves?

—Está bien —refunfuñé antes de forzar una sonrisa—. ¿No es genial, Jack?

—Tan bonita. ¡Esta es la mejorcísima casa!

Achille condujo a Jack a una habitación infantil. A mi hermana le habría encantado. Una estantería recorría una pared, ya repleta de libros. Un arte adorable salpicaba de color las paredes. Los juguetes estaban organizados en cajas ordenadas en el armario. Sábanas con temática de trenes. ¿Dónde diablos había encontrado eso?

Jadeé, arrodillándome junto a Jack. —¡Dios mío. Mira todos estos juguetes! Me pregunto quién vive aquí. Achille, ¿a qué niño especial pertenece todo esto?

Jack miró a Achille. —¿A quién?

Achille sonrió. —A ti.

Jack me miró boquiabierto. —¿A mí?

—Sí, a ti. Esta es tu habitación.

La expresión de Jack se iluminó. —¿Todo... mío?

—Todo tuyo, colega —dijo Achille, con voz más suave de lo que jamás le había oído—. No estaba seguro de qué te gustaba, así que cogí un poco de todo.

Saqué una caja repleta hasta arriba de vías de tren. Jack gritó. Su alegría rebotó en las paredes mientras rebuscaba en ella, parloteando a toda velocidad.

Le sujeté el brazo con suavidad. —¿Qué se dice por todos los juguetes que te ha comprado tu papá?

Jack se lanzó a los brazos de Achille. —¡Gracias!

Achille le devolvió el abrazo. La expresión en su rostro, alegría mezclada con tristeza, me golpeó en el estómago.

Me senté en una silla frente a la ventana mientras jugaban, queriendo darle a Achille un momento con su hijo. La culpa me palpitaba en la garganta mientras veía a los transportistas meter las cajas. No les llevó mucho tiempo. Todo lo de nuestro antiguo apartamento cabía en su sala familiar. Las cajas etiquetadas con el nombre de mi hermana fueron al almacén.

—*Chaca chaca chu chu* —cantaba Jack, estrellando un tren Brio contra un transeúnte de madera—. Tía Violet, ven a jugar.

—Juega con tu papá.

Jack le quitó una vía a Achille. —No. Eso va *ahí*. *No*. Allí.

Tumbado en el suelo, Achille puso el bloque de la fábrica con una columna de humo junto al edificio de apartamentos. —Aunque, si somos precisos, esto debería estar al lado de las viviendas sociales.

Jack frunció el ceño. —¿Viendas socales?

—*Viviendas sociales*. Es donde vive la gente pobre. ¿Ves todo el humo que sale? —Señaló hacia la fábrica—. Eso es malo. Nadie con dinero quiere estar cerca de eso.

—Oh. ¿Por qué?

—Porque la mayoría de la gente piensa que las fábricas son feas y hacen que el aire sea malo. No es justo, pero así son las cosas a

veces —Achille se animó, cogiendo otro bloque—. Muy bien. ¿Qué más? El parque. Árboles —los colocó junto a la estación de tren—. Esto irá junto a los rascacielos elegantes. Gente como tú y yo viviríamos aquí.

—¿Tú y yo?

Sonrió. —Sí.

Resoplé y negué con la cabeza.

Cuando los transportistas terminaron, cenamos lasaña recalentada. Nuestra primera comida como familia transcurrió en silencio. Pasé la mayor parte mirando a Achille. Comía tranquilo y rápido, pareciendo desubicado. Esto sería un gran cambio para él. Mucho más que para mí.

Achille y yo nos turnamos para persuadir a Jack de que terminara su cena. Cuando lo hizo, apenas podía mantener los ojos abiertos, así que comencé su rutina para dormir media hora antes. Pasamos por el baño, el cepillado de dientes y el cambio de pijama sin rabietas. Cuando acompañamos a Jack a su habitación, hice un gesto a Achille.

—Bueno, normalmente tengo un tablero donde evaluamos cómo le ha ido el día. Pero como hoy ha sido tan loco, no me molestaré —me senté, y Achille se hundió en la cama junto a Jack—. Vamos a hacer un abrazo familiar. Hacemos esto todas las noches, ¿verdad, Jack?

Asintió. —Sip.

Rodeé a Jack con un brazo, y Achille hizo lo mismo. Luego deslicé mi otro brazo por la espalda de Achille. Él hizo lo mismo, con su mano anclada en mi cintura. Sus dedos parecían quemar a través de mi camisa mientras nos apretábamos, con nuestras cabezas juntas.

—Antes de decir buenas noches, nos damos un abrazo y un beso —mis labios rozaron la cabeza de Jack y Achille hizo lo mismo. Jack besó mi mejilla y luego la de su padre.

Me aparté. —Buenas noches, Jack.

Jack se aferró a mí. —¡No, no, no. Es el turno de papá!

Por el amor de Dios.

Me enfrenté a un sonriente Achille, con las mejillas ardiendo en la oscuridad. Me acerqué, reuniendo el valor. *Hazlo ya*. Acorté la distancia, presionando mis labios en su mejilla. Solo un beso rápido. Apenas un beso. Pero el contacto envió un escalofrío por mi columna, una oleada de algo prohibido y estimulante.

—No —estalló Jack—. Bésale *en los labios*.

Achille se rio, y yo negué con la cabeza. —Eso es demasiado mandón para mí, señorito.

Lo arropé, subiendo las mantas hasta su barbilla. —Buenas noches.

—Buenas noches, tía... papá —murmuró Jack.

—Buenas noches, peque.

Los ojos de Jack temblaron, y nos separamos. La mano de Achille se demoró en mi cintura un momento demasiado largo, enviando una cascada de mariposas por mi estómago. Di un paso atrás, necesitando poner un kilómetro entre nosotros.

Achille me siguió fuera. —¿Y ahora qué?

—Hemos terminado hasta mañana. A menos que tenga una pesadilla y grite.

—¿Con qué frecuencia ocurre eso?

—Varias veces a la semana, desde que la perdimos. —Bostecé y me cubrí la boca—. Gracias por lo de hoy. Le has hecho muy feliz. Lo de las sábanas fue un bonito detalle.

Me miró hasta que sentí un hormigueo de calor bajo la piel. Me di la vuelta, incapaz de soportar su intensidad. La habitación parecía más pequeña. Necesitaba respirar.

—Em, debería irme. Quiero decir, voy a dormir.

Asintió. —Elige una habitación.

—¿Y tú?

—Tengo un trabajo.

¿Un encargo? —Bueno, ten cuidado ahí fuera. Jack te necesita más de lo que crees.

Achille dio un paso adelante, alzándose sobre mí. Una mano se cerró sobre mi muñeca y la otra tomó mi hombro. Mi espalda se

aplastó contra la pared. Su cuerpo me acorraló. Luego sus manos, ardientes y salvajes, acunaron mi cabeza.

—*Tú* me necesitas —susurró, con los ojos ardiendo—. Estás jodida sin mí.

—No sé de qué estás hablando.

—Deja de fingir que todo esto es por él.

—Vale —mascullé, desconcertada—. Me has ayudado.

—No. Me necesitas. *Dilo*.

Lo miré fijamente, con el corazón acelerado. —No necesito a nadie.

—Y una mierda. Te he salvado. Jugando a las casitas en un apartamento destartalado, apenas sobreviviendo con propinas y un sueldo de camarera. ¿Cómo pensabas que iba a durar?

Mis mejillas ardieron. —Estaba a punto de mudarme.

Se burló. —Seamos realistas, Pueblerina. Te estabas ahogando. Te lancé un salvavidas.

Aparté sus manos de mi cuello. —No eres mi salvador. Eres un hombre cegado por su ego.

—No, soy el padre de Jack. Asúmelo.

—¡Estoy intentándolo, pero no lo pones fácil!

—¿Qué parte de esto es fácil para mí? —me gruñó en la cara—. ¿La parte en que descubrí que tenía un hijo viviendo en la pobreza? ¿O que a su madre se la llevaron y no pude protegerla?

—¿Por qué te enfadas conmigo? ¡Yo no te mantuve alejado de él!

—*Los dos* lo hicisteis.

—Ella no me contó nada sobre ti, solo que me mantuviera alejada. Confío en mi hermana, así que eso hice. Los vecinos que querían hablar me dieron la misma *advertencia*. ¿Cómo iba a saber que se equivocaban?

Recorrió el pasillo furioso. —Si estuviera viva, la estrangularía por ser tan estúpida.

—No era estúpida. Estaba *asustada* de ti. —Di un paso atrás, con el corazón latiéndome con fuerza.

Se rio con amargura. —No voy por ahí aterrorizando a mujeres y niños.

—¿Entonces por qué Elise te dejó?

Achille golpeó el marco de la puerta con el puño, haciéndome saltar. —Porque no lo entendía. Todo lo que hago es por mi familia.

—No podemos cambiar el pasado —suspiré, sintiendo que el cansancio me invadía—. Solo podemos hacer lo mejor para Jack ahora.

Él inhaló profundamente, destensando la mandíbula.

—Achille, lo dije en serio. Te necesita.

—Yo también le necesito —murmuró.

Un hormigueo recorrió mi estómago. Me sonrojé y bajé la mirada. Una parte de mí no podía evitar sentirse atraída por este hombre complicado. Era una contradicción. Un sicario gentil. Su suavidad cuando interactuaba con su hijo chocaba con su despiadada reputación.

—D-debería descansar.

Asintió, mirándome con el ceño fruncido. Pasé junto a él, con la piel ardiendo como si hubiera entrado en una sauna. Pude respirar una vez que me encerré en mi habitación.

Me tumbé en la cama, intentando sacarlo de mis pensamientos. El calor de sus dedos aún ardía en mi cintura. Una llama parpadeó entre mis piernas mientras imaginaba que abría la puerta. Me di la vuelta y enterré la cara en la almohada.

Pedirle que fuera fiel era un arma de doble filo. Él tenía necesidades, y yo también. Yo necesitaba un marido cuyos brazos fueran mi refugio. Que solo me tocara a mí. Que me *amara*. Había renunciado a todo eso en cuanto me puse su anillo.

Achille Costa no era un hombre del que enamorarse.

No podía permitirme olvidar eso.

QUINCE

ACHILLE

Mientras conducía al trabajo, escuchaba *Dadsplain: Un podcast sobre la paternidad*. Me puse los auriculares al aparcar a varias manzanas de mi objetivo. Después me coloqué una gorra de béisbol negra. El presentador seguía hablando en mi oído mientras salía del coche.

Si quieres que tu hijo crea en algo divertido, miéntele. Papá Noel, el Ratoncito Pérez, el Conejo de Pascua. Recuerda, las mentiras son más para estimular su imaginación. No para engañarlos.

Caminé las pocas manzanas hasta mi objetivo. Bajándome la gorra para cubrir mi rostro, entré en el edificio. Un rápido pase de tarjeta me llevó hasta la planta quince. Me puse los guantes antes de que se abrieran las puertas.

Pero hay una línea muy fina. La honestidad es la base de la confianza, especialmente con tus hijos. Necesitan saber que pueden contar contigo.

Confianza. Un concepto tan ajeno para mí como un trabajo normal de nueve a cinco. Sin embargo, era lo que Jack merecía. Ese pensamiento me pesaba mientras forzaba la entrada al apartamento 1516. Una vez dentro, cerré la puerta. El presentador seguía hablando. Registré cada habitación.

Ser padre significa estar presente física y emocionalmente. Se trata de escuchar y comprender sus miedos, sus sueños, y ser su mayor animador.

Escuchar. Comprender. Estar presente. El podcast trazaba un plan para la paternidad que chocaba con mi realidad. Me detuve en el salón, con mi objetivo a la vista. Saqué mi garrote. Estaba sentado en el sofá, cabeceando. Otro drogadicto que había faltado a demasiados pagos. Apenas forcejeó cuando le deslicé el alambre alrededor del cuello.

Cada mentira que contamos lleva un peso. Es el momento en que descubren la verdad lo que pone a prueba la confianza que has construido. Cómo manejes esa revelación dice todo sobre la fortaleza de tu relación con tu hijo.

Unos minutos después, estaba muerto. Lo enrollé en la alfombra. Me ocupé del cuerpo mientras terminaba el resto del podcast. Cuando llegué a mi coche, había completado dos episodios. Me dirigí a casa y cambié a *Padres Primerizos*. Bostecé. Eran casi las tres. Entré en el camino de entrada pero me contuve de abrir la puerta del garaje. Despertaría al niño.

Entré en casa. Después de ducharme y poner mi ropa en el cesto de la colada, fui a ver a Violet. Abrí la puerta de su habitación. Un rayo de luz acariciaba sus preciosas curvas. Roncaba suavemente.

Me dirigí a la habitación de mi hijo. Una luz nocturna proyectaba un suave resplandor sobre el pequeño cuerpo acurrucado en la cama. Dormía de lado, como yo. Me senté en el suelo, apoyando la cabeza contra la pared. Cerré los ojos, el sonido de su respiración silenciando todos mis pensamientos.

Una luz brillante pinchó mi visión.

Me desperté sobresaltado en la habitación de mi hijo. La luz del día se filtraba a través de las cortinas, bañando la cama perfectamente hecha. Estaba vacía. El edredón con estampado de trenes se había deslizado de mis hombros. Mi espalda protestó cuando me levanté, dolorida tras una noche durmiendo en la alfombra.

¿Se lo habrá llevado?

Salí de la habitación de mi hijo y crucé el pasillo. Entonces abrí de golpe su puerta. Mi mirada se posó en una maleta con su contenido desempaquetado, una cama sin hacer, y una mujer semidesnuda poniéndose unas bragas blancas. Se me secó la boca al ver el encaje deslizándose por unas piernas atléticas hasta su trasero respingón. Me deleité con su vientre liso y suave, sus grandes pechos en forma de lágrima con areolas rosadas.

—¿Qué demonios? —chilló.

Intentó cubrirse pero no tuvo mucho éxito. Se le desbordaba por entre los dedos. El calor se agolpó en mi entrepierna.

—¿Qué estás haciendo aquí? *¿Hola?*

Arrastré la mirada hasta su cara. Un hambre voraz pulsaba dentro de mí. Si no se ponía una camiseta, desayunaría con su sexo.

El rugido de un niño resonó, seguido de pies galopantes. Eché un vistazo al pasillo justo cuando Jack se estrelló contra la puerta. Lo atrapé por la cintura.

—Despacio, pequeño. Tu tía está ocupada.

Jack frunció el ceño. —Quiero desayunar.

—Te prepararé comida. Ven.

Le cogí de la mano y tiré. A regañadientes, me siguió. Lo llevé a la cocina, donde Violet había dejado preparadas algunas cosas. Huevos y bacon. Café recién hecho. La culpa me removió el estómago. Agarré el paquete de bacon y lo corté por la mitad, echando ocho lonchas en una sartén.

Jack se sentó en un elevador, observándome.

—¿Te gusta el zumo de naranja? —le pregunté.

—Sip.

—¿Y las tostadas?

Asintió.

Metí dos rebanadas en la tostadora. —¿Mantequilla salada o sin sal?

—¡Las dos!

Me reí, cogiéndolas de la despensa. —¿Has dormido bien?

—¡Sí! Me gusta mi habitación. Mucho.

—Me alegra oír eso, campeón. —Le di un plato con comida. Untó una cantidad generosa de ambas mantequillas encima de la tostada, con una concentración tan intensa que no pude evitar sonreír.

—¿Qué te gustaría hacer hoy?

—¿Ir al parque?

—Podemos hacer eso. Después del desayuno, nos preparamos y salimos.

Mientras servía el bacon y los huevos, Violet entró arrastrando los pies en la cocina, ya vestida, con el pelo recogido en un moño despeinado. La tensión de antes persistía, pero la presencia de Jack era el amortiguador que necesitábamos.

—Buenos días —gruñó.

—Planeamos ir al parque después de comer. ¿Quieres venir?

—Claro —murmuró—. Suena bien.

—Papá, ¿por qué duermes en el suelo? —preguntó Jack.

Violet se sentó junto a Jack, frotándole la espalda. —Porque estaba cansado, cariño. Estuvo toda la noche trabajando.

—¿Dónde?

Violet me miró. —Tu papá ayuda a su familia con las tareas.

—¿Como limpiar?

Se mordió el labio. —A veces. Él... limpia casas.

Mis labios se curvaron mientras le servía el desayuno. Después de terminar de comer, nos dirigimos al parque. La aprensión marcaba el rostro de Violet mientras salíamos. Probablemente seguía enfadada. Pero cuando alguien pasó junto a nosotros en la acera, se tensó. Miró por encima del hombro.

—¿Quién es ese tío? —siseó.

Miré detrás de mí. —Ni idea. ¿Por qué?

—Me resultaba familiar. Pensé... no importa.

Alcé una ceja. —¿Estás bien?

Suspiró. —Caminar por la ciudad ya no se siente igual. Es como si las sombras acecharan por todas partes.

—Eso es normal. Será más fácil con el tiempo.

—Antes era tan abierta, ¿sabes? Mamá siempre decía: "Violet, el mundo está lleno de historias esperando a ser escuchadas". Ahora, no puedo evitar ver peligro en cada rostro desconocido.

—No dejaré que te pase nada.

Me lanzó una mirada fulminante de reojo. —¿Ah, sí? ¿Por eso irrumpiste en mi habitación?

Sonreí, sin decir nada.

—Lo viste todo —susurró como si fuera el escándalo del siglo—. Y luego te quedaste ahí parado.

Hice un gesto con la mano. —Me sorprendí. Encontrarte desnuda no estaba en mi agenda matutina.

—No dejabas de mirarme.

Me encogí de hombros. —¿Qué quieres? ¿Una disculpa por mirar lo que es mío?

—Mi cuerpo no te pertenece.

Permíteme discrepar. —El anillo en tu dedo dice lo contrario.

Sus fosas nasales se dilataron. —Eso no me convierte en tu posesión. No vivimos en la Edad de Piedra.

—Y sin embargo, te molestaría si no te mirara.

Se sonrojó aún más intensamente, y mi sonrisa se ensanchó.

—Si te hace sentir mejor, he visto vistas más reveladoras desde azoteas donde *limpio*.

Sus ojos se abrieron de par en par, y luego resopló.

Jack tiró de su mano, arrastrándola hacia delante. Caminé detrás de ellos, mientras el recuerdo del cuerpo dorado y perfecto de Violet me atormentaba. Un instinto primitivo de posesión se agitó dentro de mí. Este juego de posesión se sentía más peligroso que la guerra territorial que atenazaba Boston.

DIECISÉIS

ACHILLE

Llegó el viernes, y mamá irrumpió en casa como si fuera la dueña del lugar. Le había pedido que cuidara de Jack durante el fin de semana. Pensé que era mejor invitarla antes de que derribara mi puerta. Santino prácticamente tuvo que atar a mamá a una silla para mantenerla alejada de su nieto. Lo malcriaría sin remedio, pero el pobre niño lo necesitaba.

Jack jugaba en el jardín con mamá, sumergiendo un aro de plástico en un plato con jabón.

—¿Tiene alguna alergia? —preguntó ella.

Negué con la cabeza.

Frunció el ceño. —¿No deberíamos preguntarle a ella?

—Ya lo hice. No tiene ninguna.

Lanzó una mirada sombría hacia la casa. —¿Esa chica va a dormir toda la mañana?

Miré en esa dirección, encogiéndome de hombros. —Está recuperando el sueño atrasado.

Mamá chasqueó la lengua. —En mis tiempos, nos levantábamos con el sol. Sin excusas.

—Está agotada —la dedicación incansable de Violet hacia Jack no me pasaba desapercibida—. Necesita el descanso más de lo que crees.

La maldita subestimación del año. Cada noche, Violet cerraba los ojos solo después de asegurarse de que el mundo de Jack fuera

perfecto. Criar a un niño pequeño era un trabajo constante. Yo me quedaba dormido en cuanto mi cabeza tocaba la almohada. Después del tercer día viendo a Violet agotarse cuidando de mi hijo, puse el pie en el suelo. Le dije que durmiera hasta tarde. Mi madre cuidaría de él. Ella aceptó por puro agotamiento.

Mamá apretó los labios. —Ahora que tiene familia política, no tiene ninguna razón para ser madre.

—Nunca abandonaría a Jack. Es como un hijo para ella.

Mamá soltó una mueca de desdén. —Puede que diga eso, pero no es lo mismo que tu propia sangre.

Mi boca se tensó. —Ha pasado un infierno por Jack, trabajando hasta el agotamiento. Eso es más de lo que harían la mayoría, y para mí eso cuenta.

—No confío en esa chica, Achille. Es una extraña.

—Ya basta, mamá.

Ella insistió, siseando. —¿Cómo puedes estar tan ciego? Te delatará a la primera oportunidad.

Me reí, pensando en nuestro acuerdo. —Hemos llegado a un entendimiento. Está bajo mi protección.

—Confías demasiado, *mio figlio*. Apenas la conoces.

—Créeme. No es tan inocente como parece.

La exigencia de Violet de formar parte de la venganza de su hermana me sorprendió. Podría destrozarla, o peor aún, convertirla en alguien como yo. Pero ella quería esto. Lo anhelaba, incluso. Eso me daban ganas de arrancarle la ropa y devorarle el coño. Podría desbaratar todo, pero admiraba su disposición a ensuciarse las manos. Demonios, no éramos tan diferentes después de todo.

Encendió una luz dentro de mí. Estudié la situación desde otro ángulo. Quizás no era malo para el niño... tal vez cortar gargantas como trabajo diario *me había* preparado para la paternidad. Violet parecía pensar que era una ventaja. Tenía sentido. Un hombre normal no podría protegerla. No podría matar por ella. Solo yo podía darle lo que necesitaba, y eso se sentía bien.

—Es genial para Jack —sonreí mientras él pasaba corriendo, persiguiendo una burbuja gigante de jabón—. Lo mantiene con los pies en la tierra. Feliz.

Los ojos de mamá escudriñaron los míos, llenos de esa preocupación del viejo mundo. —¿Eres feliz?

—No se trata de mí.

Violet y yo nunca nos enamoraríamos, y eso estaba bien. Teníamos algo mejor: destrucción mutua asegurada. Con tanto en juego, ninguno de los dos traicionaría al otro.

Acaricié la cabeza de Jack. —Me voy a trabajar.

Él me miró. —¿A limpiar?

Asentí, sonriendo. —Exacto. La abuela te cuidará. Puede que no esté en casa cuando te vayas a dormir, pero te prepararé el desayuno. ¿Qué te parece?

—¿Puedo tomar helado?

—Más tarde, si eres un buen chico.

Frunció el ceño. —Pero lo quiero ahora.

Le revolví el pelo. —Mala suerte, chaval. Te veo pronto.

Me despedí de él y de mamá con un beso y me dirigí al garaje. Me metí en el coche y salí marcha atrás. La lluvia salpicaba el parabrisas mientras conducía por las calles ásperas de Boston. Ahora que Violet y Jack estaban en mi casa, centré mi atención en el siguiente trabajo. Cazar a quien mató a la madre de mi hijo *y* proporcionarle una muerte lenta y dolorosa.

El detective Walsh estaba sentado en el bar con sus compañeros policías. Cáscaras de cacahuetes cubrían el suelo. Mientras bebía su cerveza barata, lo observaba. Tenía la piel pálida y flácida, y cejas caídas. Una mata de pelo blanco. Ya había vigilado su apartamento. Vivía solo. Sin novia. Recién divorciado. Desafortunadamente, no estaba en nuestra nómina.

Se marchó diez minutos antes del cierre. Metiendo la mano en su chaqueta, agarró sus llaves. Dobló la esquina y se tambaleó hacia un Cadillac. Lo seguí a distancia. Su contoneo borracho lo convertía en un objetivo fácil. Mientras forcejeaba con las llaves, lo agarré. Mi mano tapó su boca mientras lo arrastraba hacia las sombras. Golpeé su cabeza contra la pared de ladrillo del edificio junto a nosotros, agarrándolo por el cuello. Luego lo metí a la fuerza en el maletero de mi coche, cerrándolo de golpe. Sus gritos amortiguados se convirtieron en un gemido silencioso mientras me sentaba al volante.

Conduje hasta un lugar aislado lejos de las miradas indiscretas de la ciudad. La zona estaba desierta, perfecta para lo que tenía en mente. Aparqué y salí del coche, con el corazón acelerado. Me puse un pasamontañas y saqué mi pistola. Luego abrí el maletero.

Walsh se dio la vuelta, parpadeando. —¿Qué está pasando?

—Vamos a hablar sobre Elise Harper. Me vas a contar todo lo que sabes.

—*¿Quién demonios eres?*

—Tu peor pesadilla si no hablas. Nombres, detalles, lo quiero todo.

—¡No tengo ni idea de lo que estás hablando!

—No me pongas a prueba. Me aseguraré de que nunca vuelvas a caminar. El caso se estancó. ¿Por qué?

—¡N-no puedo hablar de una investigación en curso!

—Créeme, detective, lo que te haré será mucho peor.

Se estremeció. —Está bien, está bien. Algún pez gordo quería que quedara enterrado.

—¿Y el asesino?

—Las pruebas eran escasas. Conseguimos algunas imágenes borrosas de la cámara de una tienda. No pudimos identificar a nadie. Insistí para obtener más ayuda, pero me bloquearon. Los que mandan no querían problemas. El alcalde está luchando por mantener su puesto, no necesita que un asesinato le complique las cosas.

—¿Así que te estás quedando de brazos cruzados?

—No tengo nada sólido. Todo son rumores y sombras. Oí que fue un trabajo profesional, pero la pista se enfría cada vez que me acerco. Como si alguien estuviera borrando las huellas.

Le solté, dando un paso atrás. —Si estás mintiendo...

—¡No miento! Lo juro. Tengo una hija. No puedo imaginar lo que esa familia ha pasado. Déjame salir de aquí. No diré ni una palabra.

Su desesperación sonaba demasiado auténtica. Esto no iba a ser una caza sencilla.

Guardé la pistola. Le metí en el maletero y cerré la puerta. Luego me apoyé contra el coche, con la mente acelerada. Necesitaba devolver al policía. Después tendría que contárselo a Violet. Ella esperaba resultados, no más callejones sin salida. ¿Cómo le diría que quizás nunca se encontraría al asesino de su hermana?

Mientras regresaba a la ciudad, el peso de las promesas incumplidas se cernía sobre mí, mezclándose con la niebla matutina en las calles vacías. Una cosa estaba muy clara: detrás de la muerte de Elise había un asesinato por encargo. Pero ¿quién le haría eso a Elise?

Lo encontraría, y cuando lo hiciera, el cabrón desearía no haberse metido nunca con un Costa.

DIECISIETE

ACHILLE

Llegué tarde a casa.

La culpa me atormentó durante todo el camino por perderme la hora de dormir de Jack, pero se lo compensaría. Paré en la tienda para comprar zumo de naranja, suero de leche, harina y bacon. La bolsa de la compra se balanceaba mientras entraba en casa. Mientras guardaba la comida, un leve rasgueo llegó desde otra habitación. Cerré la nevera y seguí la música hasta un despacho que nunca usaba.

Violet estaba sentada en el suelo con un pequeño instrumento con forma de guitarra en su regazo. Una púa amarilla brillaba mientras punteaba las cuerdas, con un sonido más agudo y dulce de lo que esperaba. Al entrar, la escuché cantar en voz baja, con una melodía cautivadora.

Frunció el ceño y rasgueó un acorde diferente.

Me senté a su lado, admirando cómo el vestido de estampado floral se le subía por los muslos. —¿No puedes cantar algo más alegre?

Sus fríos ojos azules recorrieron mi rostro. —¿Tanto te molesta mi forma de cantar?

—No es eso. Escucharte es como caminar descalzo por tu alma. Es algo personal.

Ella apartó la mirada. —Mi música está hecha para ser cruda. La comodidad no es el objetivo aquí.

—Pero te deja vulnerable.

Su boca se curvó. —¿Crees que la vulnerabilidad es una debilidad?

—Puede serlo.

También atraía a hombres como yo. Estaba acostumbrado a guardar las apariencias, a tomar represalias por las ofensas y a hacerme el duro. La reputación era la armadura de un hombre. ¿Muestras un atisbo de debilidad? Estás muerto.

La música de Violet atravesaba toda esa mierda. Me recordaba que había un hombre debajo del músculo. De alguna manera, me atraía con lo mismo que yo enterraba cada día. Necesitaba más. Me incliné más cerca, deseando cerrar la distancia entre nosotros.

Ella punteó las cuerdas. —La vulnerabilidad nos hace humanos. Es la forma más pura de verdad. Sin ella, ¿qué somos? Solo cáscaras vagando por la vida, sin vivir realmente.

—Estás cantando con el corazón en la mano en una habitación vacía.

—Ya no lo está, ¿verdad? —Su mirada encontró la mía, firme e imperturbable—. Además, mira quién habla. Te llamas Achilles.

El cambio me pilló desprevenido. —¿Qué tiene eso que ver?

—Aquiles era fuerte, casi invencible, pero tenía un defecto.

—Cierto. Su talón.

Se rio. —Hay más en él que eso. Algunos dicen que fue su orgullo, o quizás el amor, lo que causó su caída. El caso es que de la debilidad no se puede huir.

Eso tocó una fibra más profunda que su música. Ya no era intocable. Todo lo que tenían que hacer era secuestrarla a ella o a mi hijo. Sería un desastre. Incendiaría el mundo para vengar hasta un simple golpe en el dedo. Una sensación inquietante me sacudió el pecho. Su seguridad era mi debilidad. Eso pesaba mucho sobre mí.

—¿Qué es esa cosa? —pregunté, señalando el instrumento.

La música se detuvo y ella levantó la mirada. —Una mandolina.

—¿Tocas eso y la guitarra?

Asintió. —¿Cuánto tiempo llevabas escuchándome?

—Solo un minuto o dos.

—¿Eres fan de mi música?

Es tu voz, Paleta. —Me gusta observarte. Tus canciones son ventanas a tu alma, ¿verdad?

—Son mi forma de hablar cuando las palabras no son suficientes.

Recorrí su brazo con un dedo. —Eres muy honesta. Eso es lo que me gusta de ti. La gente quiere venganza todo el tiempo, pero rara vez tiene el valor de admitirlo, y menos aún de perseguirla. Tú no. Eres directa, sin tonterías.

Violet se estremeció pero no se apartó. —¿Te gusto porque quiero matar a alguien?

—Sí —murmuré, deslizando mi mano hasta su cuello—. Estoy rodeado de gente que vendería su alma por un euro. Pero ¿tú? Te mueve algo personal. No se trata de dinero o poder. Se trata de justicia. Eso hace que sienta algo por ti.

Sus labios se entreabrieron. —¿No crees que esté rota o trastornada?

—No.

Su sed de venganza no la hacía menos pura. Era como mirarme al espejo y ver mis propios demonios. Ese tipo de pureza me atraía más. Me excitaba.

Una llama parpadeó entre nosotros.

Violet dejó la mandolina a un lado, y el dobladillo de su vestido subió muy lentamente. Le acaricié la espalda y ella se estremeció. Aparté un mechón rubio de su hombro e inhalé su aroma a bayas. Olía tan jodidamente bien. Como un veneno demasiado dulce.

Le di un masaje y ella suspiró. Mi pulgar se hundió en el nudo de tensión. La rigidez se derritió de su cuerpo. Entonces la coloqué en mi regazo. Mi brazo rodeó su cintura, sujetándola con fuerza. Su pequeño trasero respingón cayó sobre mi polla. Se movió inquieta.

—*Kill*.

Mis labios rozaron su cuello y su abdomen se tensó. —Dijiste que no podíamos evitar la debilidad.

Agarró mi muñeca. —No lo decía en ese sentido.

Planté un suave beso debajo de su oreja.

Clavó sus uñas en mi piel. —N-no te deseo.

Sí que lo haces. —Deja de mentir.

Se sonrojó. —No lo hago.

—Necesitas esto tanto como yo.

—N-no necesito nada de ti.

Mentiras.

Una chica como Violet, que desnudaba su corazón en canciones, anhelaba intimidad. Tomé sus mejillas entre mis manos. Ella agarró mis muñecas y respiró con dificultad, follándome con la mirada. Estaba hambrienta, a punto de romperse.

Me miró, temblando. —No podemos.

Le besé la frente. Sus dedos se aferraron a mí. Mientras mis labios descendían por su rostro, ella gimió suavemente.

—Esto... esto es una locura.

—La vida es una locura. A veces, hay que dejarse llevar.

Cubrí su mandíbula de besos y su respiración se entrecortó. Su cuerpo se hundió en el mío. Deslizó los brazos alrededor de mi cuello y tiró de mí. Le agarré el pelo y le giré la cabeza hacia un lado. Entonces aplasté mis labios contra los suyos. Una sensación desorientadora me golpeó. El mundo se inclinó cuando el beso detonó algo dentro de mí. Sus labios respondieron con ternura, azotándome con calor.

Oh no.

Un beso nunca me había hecho esto. Mi pulso acelerado, el mareo, se sentía como debilidad, pero no podía parar. Un calor húmedo invadió mi boca y gemí. *Joder*. La empujé al suelo y me coloqué entre sus muslos. No podía tener suficiente de ella. Nuestras bocas se unieron, y entrelacé mis dedos en su cabello dorado formando una coleta. Luego tiré, exponiendo la suave columna de su garganta. Su piel palpitaba con los latidos de su corazón. Empujé mi lengua en su boca abierta. Ella se inclinó hacia mí, gimiendo. Mi polla se estremeció. Besarnos estaba bien, pero quería sus pechos. Con los dientes, agarré el fino tirante que abrazaba su hombro y lo

arrastré hacia abajo. Su pecho se derramó, como una perfecta lágrima.

Amasé su pecho, disfrutando del peso en mi mano. Succioné su piel cremosa. Debió gustarle porque sus uñas arañaron mi cuero cabelludo. Mi lengua azotó su pezón. Se endureció hasta formar una punta. Violet se arqueó y gimoteó mientras lo lamía, cada vez más rápido. Me acariciaba por todas partes: cabeza, cara, hombros, bíceps, pecho. Estaba tan hambrienta de mi cuerpo como yo del suyo.

Se apartó, jadeando. —Para.

Solté su pezón con un chasquido húmedo y la miré. Estaba medio vestida, con el pelo revuelto y los labios hinchados. Se separó de mí, cubriéndose.

Extendí la mano hacia ella, frunciendo el ceño. —¿Te he hecho daño?

—No... es solo que, no podemos hacer esto.

Me tragué un gemido. —¿Por qué?

Un intenso rubor recorrió desde su cara hasta los pechos que había estado succionando. —No puedo.

Un dolor palpitaba en mi polla. ¿De qué coño hablaba? La miré fijamente, mientras su sabor me torturaba. —¿Así es como va a ser siempre entre nosotros? ¿Culpa y negación?

—No podemos estar juntos.

—Llevas mi anillo.

Me dirigió una mirada herida. —Pero tú le pertenecías a ella.

Sonreí con suficiencia ante su débil excusa. La idea de que yo perteneciera a Elise, una mujer a la que veía para el sexo, era ridícula.

—Eras suyo —murmuró con una voz tan pequeña que me borró la sonrisa de la cara—. Siento que estoy traicionando su memoria.

Fruncí el ceño. —No era así, Bumpkin.

—Estabas *con* ella. Salíais juntos.

Jamás había tenido una cita con Elise Harper. —Lo que tuve con tu hermana fue superficial.

—¿No es eso lo que tenemos nosotros?

—Nos vamos a casar.

Se abrazó a sí misma. —Lo sé, pero no puedo quitarme la sensación de que estoy tomando lo que era suyo.

Me pasé la mano por el pelo. —Piensas demasiado.

—Bueno, no puedo evitarlo. No me has contado nada sobre vuestra relación.

Y no lo haré. —Algunas cosas deben quedar en privado.

La mirada suplicante de Violet me oprimió el corazón. —No necesito detalles. Solo los puntos principales.

Suspirando, me senté erguido. —Nos vimos durante unos meses, y luego terminó.

—¿Qué pasó? ¿Por qué huyó de ti?

—No hubo ninguna *huida*. Dejó de verme, eso es todo.

Violet no dijo nada, con una mirada lejana y triste en sus ojos.

Mis labios ardían, un recordatorio de una línea que no debería haber cruzado. Me levanté, apretando las manos en puños. Este no era yo. Yo no me enredaba en emociones. No por nadie.

Pero maldita sea, ese beso. Fue como tocar un cable con corriente, una sacudida de algo que no tenía cabida en la vida calculada que había construido. Mi cuerpo pedía a gritos más, pero a juzgar por la obstinada posición de su mandíbula, ella no confiaba en mí. Ganarme esa confianza requeriría más que palabras bonitas. No confiaría en mí hasta que encontrara al asesino de su hermana.

Abrí la puerta de la oficina de golpe y me fui.

DIECIOCHO

VIOLET

—¡Me preguntaba si algún día llamarías!

La voz de mamá inundó mi oído mientras sostenía el teléfono. —Hola.

—Hola, mi niña preciosa. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Em, nos mudamos del apartamento de Elise. Así que tendré que enviarte nuestra dirección.

—Oh. ¿Cómo es el nuevo sitio?

—Muy bonito. Me estoy quedando en casa de un hombre —hice una mueca, preparándome para su reacción—. El padre de Jack.

Mamá jadeó. —¿Lo conociste? ¿Cómo?

—Nos encontramos en un restaurante —me mordí el labio—. Se llama Achille Costa. Bueno, es algo especial. No es lo que esperaba. Digamos que no es un tipo cualquiera.

—¿Es un buen hombre?

—Eso espero —miré por la ventana, imaginando a Achille preparándole el desayuno a Jack—. Está muy implicado. Es dulce verlos juntos.

Desde que nos mudamos hace cinco días, la presencia de Achille había sido una constante sorpresa. Se ganaba la vida matando personas, pero con Jack, se transformaba en alguien diferente. Seguía esperando que su máscara de calma se deslizara y revelara al monstruo. Pero cada mañana, se levantaba al amanecer sin un solo gruñido y respondía a las interminables preguntas de Jack. Por la

noche, estaba allí, arropando a Jack, con una ternura en sus ojos que no encajaba con las duras líneas de su rostro.

—No lo entiendo —murmuró mamá—. Si es tan bueno con Jack, ¿por qué lo mantuvo en secreto?

—Porque está en la mafia.

La brusca inhalación de mamá silbó a través del teléfono. —¿Te has enredado con un mafioso?

Hice una mueca. —Es complicado. Y, eh, hay más.

—¿Qué más puede haber?

—Vamos a casarnos.

—Violet Grace Harper, ¿has perdido la cabeza?

Me encogí, imaginándola caminando de un lado a otro en la sala de estar. —Achille y yo tenemos un acuerdo.

—No puedes hablar en serio.

—Es por Jack —murmuré, consciente de lo loca que sonaba—. Achille puede darle cosas que yo no puedo.

—No te casas con un hombre por conveniencia, y menos con un gánster. Te estás metiendo en un mundo de problemas.

—Lo sé, pero es un acuerdo práctico —miré hacia la cocina, observándolo jugar con Jack. La comodidad entre ellos no podía fingirse.

—¿Crees que puedes meterte en esa vida y no quemarte?

—Lo he pensado bien, mamá. Es la mejor opción para Jack.

—Te estás atando a un desconocido.

—Ya no es un desconocido, y es increíble con Jack.

—¿*Increíble*? —gritó mamá—. Es un gánster. Esa gente no te deja marcharte. Si te casas con él, estarás metida para siempre, con todos los peligros que conlleva.

—Confía en mí, he considerado todo. Achille es complicado, pero también es un padre maravilloso, y se ha asegurado de que estemos cómodos aquí.

—Oh, niña, no seas ingenua. Son buenos haciendo que todo parezca perfecto, atrayéndote. Una vez que entras, ya estás dentro.

No hay salida. Piensa en lo que le pasó a Elise. ¿Quieres que Jack crezca cerca de *él*?

—Achille no tuvo nada que ver con su muerte.

—Estos hombres tienen un alcance que no puedes imaginar. No estás a salvo solo porque le sonría a Jack y juegue a las casitas contigo.

Me sonrojé. —No es así. Es sincero conmigo. Ha dejado claro que este matrimonio es para darle a Jack una familia.

—¿Una familia construida sobre *qué*? ¿Dinero? ¿*Miedo*? Violet, escúchate. Esta no eres tú. Te estás vendiendo por una falsa sensación de seguridad.

—El futuro de Jack es más importante. Achille puede darle oportunidades que yo nunca tuve.

—¿Y qué quiere *él* de ti?

Mi boca hormigueó al recordar el beso de anoche. Cómo sus manos habían quemado mi cuerpo. Durante horas, no pude dormir. Estuve tumbada en mi cama, ardiendo.

—Quiere que sea una madre para Jack.

—¿Te lo crees? Oh, estoy preocupada por ti. Estás entrando en la guarida del león pensando que puedes domar a la bestia. Pero las bestias no cambian su naturaleza.

Tragué saliva. —Tengo que tomar decisiones que sean las mejores para Jack, aunque sean difíciles para mí.

—Sé que quieres hacer lo correcto, pero estás renunciando a demasiado. Temo que te des cuenta de que no valía la pena cuando sea demasiado tarde.

—Esto no tiene que ver con el amor.

—¡Violet, no puedes seguir adelante con esta boda!

—No tienes que venir si no quieres.

Mamá hizo una pausa, luego dijo: —Por supuesto que iré. No me lo perdería por nada del mundo.

El silencio se extendió como un largo y sinuoso camino.

Mamá suspiró. —Ten cuidado. No dejes que entre en tu corazón.

Una pequeña sonrisa tiró de mis labios. Achille era muchas cosas, ¿pero un ladrón de corazones? Eso estaba por verse. —Lo tendré, mamá. Te lo prometo.

—Bien.

Nos despedimos.

Colgué el teléfono y me dirigí a la cocina. Todas las ollas y sartenes que había usado estaban en el escurridor. Salí afuera, donde Achille trotaba para seguir el ritmo de Jack en su bicicleta de empuje, con la mano en su espalda. Los observé mientras un coche familiar bajaba por la calle.

Aparcó en la entrada, y mi futura suegra se bajó. Él le había pedido que cuidara a Jack, lo que me daba todo el día para mí. Otra vez. La gratitud se hinchó en mi pecho mientras Achille le mostraba a Jack algo que ella había traído.

—¡Mira, Jack! La Nonna te ha traído tatuajes que brillan en la oscuridad.

Jack señaló un camión de bomberos rojo. —*Ese*.

—Vale, vamos a hacerlo.

—¡Sí, vamos a hacerlo! —repitió Jack.

Sonriendo, desaparecí en el despacho de Achille. No quería interponerme en su vínculo con Jack, pero tener todo este tiempo libre era extrañamente desorientador. Me puse a Lucille sobre las piernas y practiqué hasta que la puerta crujió.

Me di la vuelta.

Achille estaba en la puerta, con las manos en los bolsillos. Intenté concentrarme en Lucille, pero la conciencia de su presencia era como un contacto físico. Su presencia hacía que el aire fuera más denso.

—Eres bueno con Jack —murmuré, esperando acabar con la tensión—. Mejor de lo que me atrevía a esperar.

Su boca se curvó. —Gracias.

Mis mejillas ardieron. —¿Cómo llevas la vida con un niño pequeño?

—Me gusta. Es bastante más ruidosa, pero eso no me molesta.

Dejé la guitarra. —¿En serio? Pensaba que preferirías el silencio.

—El silencio está bien, pero llega a cansar. La vitalidad de la familia es otra cosa.

—Jack se ha encariñado contigo como pez en el agua.

Se animó. —Es un gran chico. Tiene carácter propio, ¿verdad?

—Ese es Jack de pies a cabeza. Mi hermana era igual.

Alzó una ceja. —Iba a decir que eso no lo ha sacado de mí.

—Yo diría que tú eras el que rompía las reglas.

Se encogió de hombros. —Las reglas de la sociedad, seguro, pero nunca desobedecí a mi padre. Y que Dios me ayudara si le contestaba a mi madre.

—Así que eres un niño de mamá con vena rebelde. Vaya cosa más curiosa.

Sus ojos brillaron. —Yo no iría tan lejos.

Sonreí con picardía. —Acabas de decir que nunca te saliste de la línea con ella. Eso en mi libro es devoción.

Se río, un sonido profundo que me revolvió el estómago. —Respeto mis orígenes. Pero no pienses ni por un segundo que eso me hace débil.

—Oh, nadie se atrevería a llamar blando a Achille Costa.

Su mirada se detuvo en mi cara, luego recorrió la longitud de mi cuerpo en un barrido deliberado que dejó un rastro de calor. Parecía que quería besarme otra vez.

Me di la vuelta, sonrojándome.

Su cuerpo chocó con mi espalda mientras deslizaba un brazo a mi alrededor, ignorando mi actitud distante. —La otra noche, te escuché cantándole a Jack.

Sus dedos rozaron mi piel, y jadeé.

Agarré su muñeca, con la intención de apartarla, pero entonces se deslizó bajo la cintura de mis vaqueros. Presionando su boca contra mi oreja, jugó con el borde de mis bragas de algodón. —Pronto te haré cantar para mí.

—En tus sueños.

Sacó un billete de cincuenta y lo metió en mi sujetador. —¿Qué tal ahora?

—Esto no es un espectáculo burlesque. Y gracias por la propina, pero tengo tu tarjeta de crédito.

—Te daría más si lo pidieras con educación.

¿Más qué? La mano en mis pantalones se movió hacia el sur, encendiendo una llama entre mis piernas. Me quedé inmóvil. Sus dedos rozaron demasiado abajo, enviando chispas por todo mi cuerpo. Sus dedos se engancharon bajo mis bragas y las apartaron. Un aliento sorprendido se me escapó.

—¿Qué quieres?

—Que termines esa canción sobre mí —ronroneó.

Lentamente, rotó su dedo sobre mi clítoris. Ya estaba húmeda por su presencia, el recuerdo de nuestro último beso calentando el espacio entre mis muslos. Podía sentir mi excitación. Me acarició perezosamente. No me penetró, solo me provocaba.

—¿Qué has dicho? —dije.

Sonrió. —La canción, Paleta. Quiero que la termines.

—No merece mi tiempo.

—¿Y si atrapara al asesino de tu hermana?

Mi corazón latía como una tormenta sobre un tejado de hojalata. —¿Has encontrado algo?

—Lo he hecho.

Apreté su brazo. —Dímelo.

Sonrió con suficiencia, sacando la mano de mis pantalones. Chupó su dedo brillante. —Hablé con el detective encargado del caso. Tenías razón, te estaba ocultando información.

—Lo sabía. Serpiente traicionera.

—Creen que la muerte de Elise fue un encargo. No fue un robo que salió mal. Alguien contrató a un matón para matarla.

—¿Quién asesinaría a mi hermana?

Se encogió de hombros. —Aún no hay nombres.

Me desplomé. —¿Entonces no puedes encontrarlo?

—El mundo es pequeño. Alguien debe conocerlo. La cuestión será si están dispuestos a hablar.

Agarré su muñeca. —Cuando lo averigües, vienes directamente a mí.

—Por supuesto. ¿Cómo podría olvidar el regalo de boda de mi prometida?

—Eso es todo lo que pido. No diamantes ni vacaciones de lujo. Solo un poco de justicia por mano propia. Debería ser pan comido para un hombre en tu línea de trabajo.

Se soltó de mi agarre. —Será mejor que me vaya. Hay cabezas que romper.

Le seguí como un cachorro mientras llegaba a la puerta y desaparecía tras ella. Bajó los escalones corriendo y se subió a su Dodge Challenger. Sonriendo, salió marcha atrás del camino de entrada. Entonces su coche rugió calle abajo. Una piedra se me atascó en la garganta mientras las luces traseras desaparecían al doblar la esquina.

DIECINUEVE

VIOLET

¿Dónde estaba Achille?

¿Estaría bien? *¿Debería llamarle?* Desplacé la pantalla por mi lista de contactos, dudando al llegar a su nombre.

¿Me echas de menos, Pueblerina?

El ronco susurro de Achille resonó en mi cabeza. Miré la hora. Las diez y media.

Las últimas semanas se habían difuminado en una nueva normalidad. Extrañamente, Achille encajaba en nuestras vidas como si estuviera destinado a estar allí. Durante el día, hacíamos cosas normales como una familia. A veces se iba por la tarde, pero siempre volvía a casa antes de la cena. Había estado fuera todo el día. Caminé nerviosa por el salón.

El chirrido de una cerradura me sacó de mis pensamientos. Me quedé inmóvil, escuchando cómo la puerta principal se abría y cerraba con un suave golpe. Los pasos resonaron por el pasillo, decididos y pesados.

Por fin.

Le seguí. Un rastro de ropa masculina en el suelo me condujo hasta su baño. El agua corriente apenas ocultaba sus movimientos.

Empujé la puerta para abrirla.

Sin camisa, estaba de pie frente al espejo. Su espalda bien formada ondulaba con músculos mientras se lavaba el rostro

magullado. Contuve la respiración cuando se giró. Tenía la mandíbula apretada y la mirada dura.

Corrí a su lado. —¿Qué ha pasado?

Se encogió de hombros, cerrando el grifo. —Solo el trabajo. Forma parte del oficio.

Extendí la mano y le aparté un mechón de pelo de la mejilla. —Eso parece doloroso.

—No está tan mal.

Rebusqué en los cajones, encontrando ibuprofeno y analgésicos caducados.

Él lo rechazó con un gesto. —Odio las pastillas.

—Necesitas tomarlas. Tu mano parece un edredón remendado.

—Estaré bien.

—Pero Jack, Dios le bendiga, ¿qué va a pensar cuando vea a su papá todo magullado?

Él suspiró.

Me temblaban las manos mientras abría el bote y echaba dos ibuprofenos en la encimera. —Mamá siempre decía que un poco de sabiduría montañesa y un toque tierno pueden curar casi todo. Supongo que veremos si funciona también con hombres de la Mafia.

Él se rio. —¿Y qué hay de tu sabiduría montañesa?

Una sonrisa tiró de mis labios. —Tiene sus límites, pero hace maravillas para un alma cansada. La primera regla es que no busques problemas en la guarida de un oso. Pero aquí estoy, haciendo justo eso.

Se acercó más, y mi corazón dio un pequeño brinco. —¿Y la segunda?

—A veces encuentras las bayas más dulces en los arbustos más espinosos.

Sonrió, enredando un dedo en mi pelo.

Le apreté el brazo. —Tómate las pastillas. No quieres asustar a Jack, ¿verdad?

Negó con la cabeza. —¿Qué le diremos?

—Le diremos que fue un accidente, así de simple.

—¿Qué pasará cuando sea mayor y vea a través de nuestras mentiras?

—N-no lo sé.

Achille se tragó las pastillas sin agua, su nuez de Adán subiendo y bajando. Le observé, formándose un doloroso nudo en mi pecho.

—Espero que le dieras al hombre que te hizo esto una lección.

Su boca se crispó. —¿Por qué? ¿Tú también quieres matarlo?

—Simplemente no me apetece pasarme los días mirando por encima del hombro.

—No va a ser un problema para nadie.

Es decir, lo había enterrado. Mi estómago dio un vuelco. —¿Quién era?

Hizo un gesto con la mano. —Un perdedor que se acostó con la mujer de un hombre de honor.

—¿Un qué?

—Un hombre de honor —explicó Achille, con un deje de cansancio en la voz— es alguien completamente iniciado en la Mafia. Intocable hasta cierto punto. Cruzarse con un hombre de honor es desear la muerte.

Busqué por su baño, buscando un botiquín. Agarré una bolsa con cremallera llena de vendas mientras él se apoyaba contra la encimera, observándome.

Saqué una gasa con alcohol. —¿Tú eres un hombre de honor?

—No.

—Pero haces cumplir estas reglas.

Asintió.

Estupendo. —Y ahora Jack y yo también formamos parte de esto.

—No os afectará.

Confiaba en la seguridad que prometía. Me había ganado en las últimas semanas. Le veía con Jack. Haría cualquier cosa por su hijo. Así que cuando Achille llegó a casa como si le hubieran dado una paliza, sentí una punzada en el pecho. Quería ayudarle, pero seguía echándome atrás, temerosa de acercarme demasiado.

Abrí el paquete. Me estremecí ante la idea de limpiar sus heridas supurantes y lo dejé a un lado. En su lugar, agarré una toallita y la puse bajo el agua. Mientras trabajaba, sus ojos me recorrían.

Me aclaré la garganta. —La próxima vez, avísame si vas a llegar tarde.

—No finjas que te preocupa mi bienestar, Pueblerina. Los dos sabemos que nuestro matrimonio es por conveniencia. Te necesito para cuidar de mi hijo. Tú me necesitas para ayudarte a matar a alguien.

No es lo único para lo que te necesito.

Mi cara ardía. Tomé su mano. Se sentía caliente y pesada, al igual que su firme contacto visual. Hormigueos recorrieron mi piel. Limpié sus numerosos cortes, intentando no mirarle, no inhalar su aroma, nada que pudiera avivar el fuego dentro de mí.

—Si alguna vez me ocurre algo grave, estarás protegida.

—Claro —me burlé, extendiendo un rollo de vendas—. Seguro que un montón de dinero es lo que tu hijo necesitará cuando esté llorando sobre tu tumba.

—No voy a morir.

Mi corazón estaba siendo arrastrado en diferentes direcciones. —¿Cómo acabaste metido en todo esto?

—¿El trabajo o el estilo de vida?

Envolví la venda alrededor de sus nudillos. —Ambos, supongo.

—Crecí pobre. Principalmente porque mis padres seguían teniendo hijos que no podían permitirse. Mi padre apostaba y bebía lo que ella conseguía ahorrar. Tan pronto como pude mantener un trabajo, estaba trabajando para la familia. Empezó siendo algo pequeño. Robando cosas. Entregando mensajes. Luego ascendí hasta los golpes. Se me daba bien, así que ahí me quedé.

—Pero no es lo que quieres hacer.

—Es un trabajo —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero hay más en mí que aplastar la cara de alguien contra el bordillo. Tuve sueños, una vez. Quería ser ingeniero.

—Todavía podrías serlo. Nunca es tarde para volver a estudiar.

Achille se burló. —No te vas sin más de esta vida. Estás dentro hasta que sales, y la única salida es en una caja.

Terminé de vendarlo, mis dedos demorándose en su piel. —¿Es eso lo que quieres para Jack?

—Quiero algo mejor para él.

Era mucho más que un asesino a sueldo sin escrúpulos. Un hombre atrapado por sus circunstancias, pero soñando con un mundo diferente.

—¿Pero qué hay de ti? ¿No te mereces eso?

Sus ojos se clavaron en los míos. —Tengo casi todo lo que quiero.

Madre mía.

Mi corazón dio un vuelco. Entonces su brazo rodeó mi cintura y me atrajo hacia él. Su mano se deslizó por mis curvas y acarició mi nalga. Aturdida por el calor que inundaba mi pecho, no hice nada para detenerlo.

Tomé una respiración profunda. No podía pensar con su palma apoyada contra mi camisón, la tela una fina barrera que me separaba de su tacto. Me liberé de su agarre y me dirigí hacia la puerta.

Achille me agarró del brazo.

Me detuve, mirando su mano y luego su rostro. Un destello de suavidad brillaba en él, suplicando por algo más que obligación.

Dudé, con el corazón en guerra contra mi mente. Luego avancé y lo abracé. Su cuerpo se tensó, un muro rígido de músculo. Mi cabeza tocó su pecho. Su latido constante resonó a través de mí. Lentamente, sus brazos me rodearon, un abrazo vacilante que se fue haciendo más firme.

Me aferré a él, con la respiración entrecortada. Su calor corporal se filtraba a través de mi ropa, calentándome. Giraba alrededor de mis pezones y descendía hacia mi vientre, donde su muslo presionaba contra mí. Mis dedos se flexionaron en su espalda, explorando los duros planos de músculo, que parecían estar por todas partes. Su respiración entrecortada rozó mi cuello.

El mundo desapareció. Éramos solo dos almas rotas, intentando pegarnos. Yo quería esto, necesitaba esto. Elise querría que encontrara consuelo donde pudiera. Sus manos se movieron a mi cintura, y me mordí el labio para ahogar un gemido.

—Violet.

Dijo mi nombre. Mi verdadero nombre. Nunca había sonado tan hermoso, susurrado como una plegaria.

—Kill.

Lo miré, y fue un error. Un sentimiento tumultuoso amenazaba con barrerme los pies. ¿Por qué cada interacción con él me dejaba mareada y destrozada? Mi mente me gritaba que parara, pero mi cuerpo anhelaba cerrar esa última distancia.

Entonces Achille lo hizo por mí.

Sus labios chocaron contra los míos. Fue pura dominación. Su lengua empujó dentro de mi boca. Su sabor me penetró. Había pasado tanto tiempo desde nuestro último beso que me quedé allí, rígida, dejándole marcar su territorio.

Había sacudido mi corazón de vuelta a la vida. Había estado vacía. Ahuecada por el dolor. Un hambre salvaje arañaba mis entrañas. Cerré los ojos. Agarré su camisa y me clavé en su pecho. Levantándome de puntillas, le devolví el beso. Tropezamos, y él me empujó contra la pared. Sonidos bestiales brotaron de su garganta. Plantó besos por mi mandíbula. Su boca caliente descendió por mi cuello. Me mordió y gruñó. Mis caderas se mecieron, y él respondió con las suyas, restregando su dureza contra mí.

Este es el ex de tu hermana.

Reaccioné y lo aparté de un empujón. Me miré en el espejo. Su saliva brillaba en mi cuello. Incluso había dejado una pequeña marca con sus dientes.

—Me *mordiste*.

Achille se encogió de hombros, alisándose el pelo. —No entres en mi habitación pareciendo un bocado apetitoso.

Huí corriendo, mi mente dando vueltas con pensamientos a medias. Me apresuré a entrar en mi dormitorio y cerré la puerta de

golpe. Me apoyé contra ella, inhalando profundamente.

Mierda.

Lo besé... otra vez. ¿Qué me pasaba? Casi le había dejado arrancarme la ropa. Me toqué la piel irritada, imaginando una marca más profunda. Lo peor de todo no fue el beso, sino que deseaba que me hubiera mordido *más fuerte*.

VEINTE

ACHILLE

La observé dormir de nuevo.

El ritual nocturno se había colado en mi rutina. Comprobar cómo estaba Jack era una cosa. Al fin y al cabo, era de mi sangre, pero con Violet era diferente. Me detuve en la entrada, con el estómago hecho un nudo.

Una forastera nunca estaría a gusto en mi mundo. Incluso su acento no pertenecía a este lugar. Cualquier canción que escribiera sobre mí estaría impregnada de desamor, prueba de lo que no podía hacer: protegerla de mí mismo. Y joder, eso era como una daga fría en mi pecho.

Me di la vuelta y cerré la puerta.

Salí de casa y conduje hasta encontrarme con mi hermano en Afterlife. Tenía que encontrar al cabrón que había asesinado a Elise. Nos acomodamos en un reservado junto al escenario, el mismo en el que estaba sentado cuando Romeo me presentó a una morena guapa con una sonrisa grande y amistosa. Reproduje el momento en que deslizó su mano en la mía, con el estómago revuelto. No sentía angustia por la muerte de Elise, pero deseaba poder resucitarla para hacerle una pregunta: *¿Por qué no me dijiste que tenía un hijo?*

Romeo cogió la botella de tequila de la camarera y nos sirvió unos chupitos. —Tienes un aspecto horrible. ¿Te duele?

Apenas sentía mis heridas, pero mi boca aún palpitaba con su beso. —Estoy bien.

Apuró su chupito. —No te he visto mucho últimamente.

—He estado ocupado.

Sonrió. —¿Ah, sí? ¿Haciendo lazos con tu pequeño?

Mis labios se curvaron. —Jugar con trenes de juguete no es mi rutina habitual de un viernes por la noche, pero lo disfruto.

—¿Cómo es?

—Está obsesionado con cómo funcionan las cosas. El otro día, me hizo explicarle cómo llega el agua al váter. Será ingeniero. Es mandón pero adorable. Tipo A, seguro.

Eso no era yo. Yo seguía las reglas. Ahora bien, Romeo era el alborotador. Parecía estresado. Su rodilla no paraba de moverse y no dejaba de escanear la multitud.

—¿Qué te pasa?

—Problemas con una chica —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Nada que no pueda manejar.

Romeo también era conocido por sus aventuras exageradas. Amaba a las mujeres, especialmente a las locas. Atravesaría un edificio en llamas para salir con una chica que le gustara. Sus relaciones terminaban en un desastre total, pero nunca aprendía, siempre iba a por mercancía dañada.

Me serví otro trago. —No sabía que estabas saliendo con alguien.

Me lanzó una mirada furiosa. —No por mucho tiempo, si sigue con esta mierda. Me cortó todas las corbatas. *Todas*. Solo porque pensó que la había engañado, cosa que no hice. Así que tomé represalias. Entré en su casa y quemé su lencería. Me acaba de enviar esto.

Abrió su teléfono, su pulgar pasando por una serie de mensajes hostiles hasta una foto de la cocina de Romeo, con la puerta corredera de cristal destrozada.

—¿Puedes creer a esta chica? —siseó, desplazándose por más fotos—. Ha destrozado mi puta puerta. ¿Quién me hace eso a mí, precisamente? ¿Cómo lo consiguió siquiera? Es de doble cristal.

—No puedes dejar que te haga eso.

Volvió a meter el teléfono en su bolsillo. —Oh, ya he terminado con esta tía. A este paso, me despertaré con un cuchillo en la garganta.

Agradecí en silencio que Violet no fuera una maníaca homicida.

—Mujeres —suspiró Romeo—. Recuérdame por qué estamos aquí otra vez.

—Para reunirnos con un mercenario.

Hice un gesto a los hombres que custodiaban la puerta. La abrieron. Escoltado por guardias, V entró en la zona VIP. Los graves de los altavoces hacían temblar el suelo. Era alto con un corte de pelo degradado. Pantalones holgados y botas militares. Tenía un aspecto desgastado, como un gato callejero. Cicatrices marcaban su mandíbula y brazos. V arrastró una silla hasta nuestra mesa y se sentó.

—¿De qué va esto?

Me enfrenté a él. —Necesito información sobre un trabajo de sicario.

—No delato a mis clientes.

—Haré que valga la pena.

Cruzó los brazos. —Nada de lo que me des cubrirá el daño a mi reputación.

—¿Qué tal una presentación al jefe?

Se enderezó, un destello hambriento entrando en su mirada. Se moría por conocer a mi primo. No importaba el éxito de un mercenario en el submundo, mejores clientes significaban dinero premium. Solo la conexión sería increíble.

Me incliné. —¿Te gustaría ser el mercenario más rico de Boston?

Su atención se desvió hacia Romeo. —¿Puede concertarme una reunión?

—Sí —dije—. Pero solo si demuestras ser valioso para la Familia.

La mandíbula de Romeo se tensó.

V tamborileó en su rodilla. —Te escucho.

Abrí mi teléfono, mostrándole una foto de Elise. —Elise Harper fue asesinada hace seis meses. Es la madre de mi hijo.

Sus ojos se iluminaron. —Ya veo.

—¿Alguien se te acercó por ella?

—Sí —murmuró—. Pero lo rechacé. No acepto contratos a menos que sea a través de un intermediario.

Mi corazón latía con fuerza. —¿Quién te ofreció el trabajo?

—Fue en la dark web. Anónimo.

—¿Alguna idea de quién lo aceptó?

Se frotó la mandíbula. —Un miembro de los Animals. Xaden. Un tipo grande con un pájaro tatuado en el cuello. Vi su usuario respondiendo al mensaje.

Miré a Romeo. —¿No pelea en el ring de Santino?

Romeo frunció el ceño. —No estoy seguro.

—¿Quién es el líder? —pregunté.

Se encogió de hombros. —Ahora mismo, están intentando cortar un trozo de Boston para ellos mismos.

Las bandas callejeras no dejaban de tocarme los cojones. Los Animals habían aparecido en Boston después de que hiciéramos una jugada por Chelsea. Dirigían sus redes de protección como los clubs de moteros títeres que acabábamos de eliminar. La misma mierda, diferente día. Si no hubieran asesinado a una civil, podrían haberse mantenido bajo el radar un tiempo. Ahora quemaría a toda su banda.

—Si son tan chapuceros, es posible que hayan dejado un rastro. Visitaré a Santino. Veré qué puedo averiguar sobre este Xaden. Luego organizaré una reunión y te enviaré un mensaje.

V se puso de pie. —Avísame si necesitas ayuda. Soy amigo de algunos tipos que han mantenido un perfil bajo desde que los Animals comenzaron a moverse. No están contentos con la nueva competencia.

—Estaremos en contacto —dijo Romeo.

Los guardaespaldas lo escoltaron fuera.

Un músculo se crispó en la mandíbula de Romeo mientras me enfrentaba. —¿Qué ha sido eso? No tienes autoridad para concederle a este chaval una reunión con el jefe.

—Sí la tengo. Hablé con Michael.

—¿El subjefe? Pequeño cabrón —siseó—. No puedes saltarte a Santino de esa manera.

—Estaba dando largas, y necesito saldar cuentas.

—¿Por *quién*? ¿Por Elise? Si esa chica no hubiera muerto, seguirías en la ignorancia sobre tu hijo.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué te importa tanto?

Me bebí la copa de un trago. —¿Qué clase de padre sería si no vengara a mi hijo?

Sus dedos se tensaron alrededor del vaso. —Te entiendo, pero no tenemos los recursos para luchar contra bandas callejeras ahora mismo. No podemos retirarnos de Chelsea.

—Esto se trata de hacer justicia por Jack.

Romeo suspiró. —Tenemos que elegir nuestras batallas. A veces eso significa tomar decisiones difíciles.

La conversación había derivado hacia un territorio incómodo. Los juramentos que hicimos de adolescentes exigían sacrificios demasiado dolorosos.

—Voy a ocuparme de esto con o sin tu permiso. Puedes ayudarme o mantenerte al margen.

Entornó los ojos. —Esto es por Violet, ¿verdad? Ella quiere esto, no tú.

No dije nada, pero Romeo captó la idea. —No es tanto pedir —dije finalmente.

Levantó una ceja. —Tío, quiere que mates a alguien.

—Sus días ya estaban contados.

Frunciendo el ceño, giró su vaso. —Saltarte las reglas por una mujer no es propio de ti.

—No lo hago por ella.

Lo hacía por *Jack*, no por Violet. Ella no tenía problema en pedirme que la ayudara a matar, pero ¿besarme? Demasiado para la princesa. Había huido de mí, y el escozor no había desaparecido. Me

carcomía. No dejaba de revivir el momento en que salió corriendo. Sus ojos abiertos, aterrorizados.

Romeo alzó la vista con una sonrisa pícara. —Te está dando guerra, ¿eh?

Gruñí.

Se rio, rellenando mi vaso. —Necesitas esto más que yo.

Bebí, apenas sintiendo el ardor en mi garganta.

—¿Cómo es ella? ¿Exigente? ¿Otra cara bonita, demasiado creída para darse cuenta de lo que le conviene?

—No voy a quejarme de mi prometida contigo.

—Vamos, puedes contármelo. Solo es un trofeo.

Apreté los puños. —No lo es. Tiene su propia mente, y ha pasado por el infierno y aún así se mantiene en pie. Y se lleva muy bien con Jack.

Levantó las manos. —Vale, *vale*. Es *un ángel*. Aparte de pedirte que mates a alguien, es perfecta. Ignoremos esa enorme señal de alarma.

Le lancé una mirada fulminante. —¿Me estás dando lecciones sobre señales de alarma?

—Eh, ninguna de ellas me pidió que asesinara a nadie.

—Pero lo harías sin pensarlo.

Se recostó, observándome. —Por la mujer adecuada, claro. El amor lleva a los hombres más cuerdos a la locura. Pero tú, tú estás más metido de lo que crees.

—No puedo dejar que se convierta en una de esas esposas de mafioso sin alma. Ya sabes de qué tipo. Insensibles, a la deriva en la vida, atrapadas en una jaula dorada.

Sonrió ampliamente, cabreándome. —¿A ti qué más te da?

Se me contrajo el estómago. No tenía ningún interés en examinar los sentimientos que pudiera tener.

Sonriendo, dio un sorbo a su bebida. —Esta chica te hace sentir muchas cosas, ¿no es así?

—¿Ahora eres mi terapeuta?

Me miró fijamente. —¿Qué quieres de ella?

Me lamí el labio partido. —Su lealtad incuestionable.

—Su lealtad *incuestionable* —repitió, sonriendo con suficiencia—. Suena como si quisieras su confianza. Tal vez incluso su amor.

—Yo no he dicho eso.

No, pero esto no se trataba solo de obediencia. En el fondo, lo sabía. Violet tenía que estar a mi lado porque quería hacerlo, pero admitirlo se sentía como la muerte.

Asintió, aún con esa estúpida sonrisa. —Si lo único que buscas es encadenarla a ti, encontrarás a ese hombre. Mátalo. Involúcrala de alguna manera y consigue pruebas. Entonces tendrás la palanca perfecta en caso de que intente marcharse.

¿Chantaje? Eso es una locura.

Y, sin embargo, un impulso oscuro se deslizó en mi pecho.

No, no podía. Nunca lo haría. Pero joder, me tentaba.

La mirada conocedora de Romeo atravesó el aire brumoso. —Cuidado, hermano. Mujeres como esa se cuelan en tu corazón antes de que te des cuenta.

VEINTIUNO

VIOLET

Dios, necesitaba esto.

Sandy hacía su magia en mi cuero cabelludo, amasando mi cabeza mientras me inclinaba sobre el lavabo. Después de aclararme con tónico, envolvió mi pelo en una toalla negra. Luego me condujo a través del suelo de mármol hasta el sillón de cuero del salón. Me colocó la capa sobre el cuerpo. Sandy no hablaba mucho, pero yo lo prefería así. No estaba de humor para charlar.

¿Era correcto besarle, al *amante* de mi hermana?

¿Casarme con él y robar la vida que *ella* podría haber tenido con este hombre?

Achille ya no era suyo. Era mío de una manera que nunca esperé. Me sentía como si estuviera navegando por un laberinto sin salida clara. Cada giro me llevaba a la misma pregunta: ¿Estaba traicionando a Elise? No podía quitarme de la cabeza la imagen de su rostro, la hermana que perdí dos veces: primero por la ciudad y luego para siempre. La imaginaba a mi lado, con su sonrisa desvaneciéndose.

—¿Quieres que te rellene ese mimosa? —preguntó Sandy.

—No, gracias. —Ya me había bebido el vaso que me había dado, y el cálido hormigueo había derretido parte de la tensión en mi pecho—. Nunca he estado en una peluquería que sirva cócteles.

—Es parte de la experiencia —dijo, peinándome el cabello—. Queremos que nuestras clientas se sientan lo más relajadas posible.

—Es encantador —susurré mientras recortaba mis puntas abiertas—. Casi me hace olvidar la locura de planificar una boda.

—Eso suena emocionante. ¿Grandes planes?

Dudé. —Sí.

Recortó más mechones. —La mía fue una pesadilla de planificar. Ojalá me hubiera fugado.

Sonreí. —Eso no parece una mala idea ahora mismo.

—No suenas muy entusiasmada.

—Es que no es la típica historia de amor. —Suspiré, y ella me miró a los ojos a través del espejo—. Es complicado. Achille no es exactamente el tipo de Príncipe Azul.

Las tijeras se detuvieron a medio corte. —¿Achille Costa?

—Sí.

Su expresión se tensó. —Conozco a su familia. Son... tienen una reputación. Mi prima trabajó en uno de sus clubes, Sanctum. No terminó bien. Ten cuidado.

Jugueteé con el borde de la capa de peluquería. —Lo sé.

—Tienes que cuidar de ti misma —murmuró en voz baja—. Hombres como ese dirigen tu vida si se lo permites. Lo toman todo y no devuelven nada.

Achille me daba mucho. No había dicho que no a una sola exigencia. Parecía intuir lo que necesitaba, incluso cuando yo no lo sabía. Como nuestro beso la otra noche. El recuerdo de su boca sobre la mía me quemaba. Desde que salí corriendo de su dormitorio, abrumada por mis sentimientos, había estado distante.

No me había tocado. Apenas me había dirigido la palabra. De la noche a la mañana, había construido un muro entre nosotros. ¿Era porque no le ofrecí mi cuerpo? ¿Me valoraba menos por ello? ¿Era yo otra obligación ligada a un anillo?

Quizás Sandy tenía razón. Hombres como Achille vivían en un mundo donde los sentimientos eran una debilidad. Sus decisiones trataban sobre control, no sobre construir algo tierno.

Pero cuando cerraba los ojos, sus manos fantasmeaban sobre mi piel. Su beso se presionaba en mi boca, embriagador como el

bourbon mezclado con azúcar moreno. Y no podía dejar de pensar en él. Era estúpido esperar más hasta que me demostrara que sentía lo mismo.

Después de pagarle a la estilista, salí del salón. La luz del sol besó mi rostro, pero no pudo calentar el nudo helado en mi vientre. Me metí en una cafetería escondida en una calle lateral. Una campanilla tintineó cuando entré, con el café recién hecho y los pasteles formando una tentadora neblina. Pedí un capuchino y un cannoli. La cajera me entregó una banderita en un soporte metálico.

La tomé, buscando a Becky.

Me saludó con la mano desde una mesa en la esquina, sonriendo.

Mis tacones repiquetearon mientras me apresuraba hacia ella. —¡Me alegro tanto de verte!

Se levantó y me abrazó. —Yo también, cariño.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras la rodeaba con mis brazos. Nos separamos y me deslicé en el asiento frente a ella.

—¿Cómo has estado? ¿Se está portando bien ese marido tuyo?

Su sonrisa flaqueó. —Oh, se mantiene ocupado. Viajando. Los hombres y sus ambiciones. Siempre un nuevo proyecto en el horizonte.

—Eso suena interesante.

—Lo es —asintió Becky—. Travis es apasionado. Con su trabajo, con hacer las cosas bien. Está en el negocio de la construcción. Participa en proyectos grandes y arriesgados que transforman horizontes urbanos.

El fervor en su voz llevaba un matiz de algo parecido a lo que yo sentía por Achille.

—Es un buen hombre, se preocupa profundamente por su familia. Pero su trabajo es exigente. Requiere ciertos sacrificios, como que esté ausente la mitad del tiempo.

—¿Es un adicto al trabajo?

Becky asintió, con la mirada distante. —No es una vida fácil, estar con alguien así. Tienes que saber cuándo mantenerte firme y cuándo apoyarle.

—Puedo imaginarlo.

Se suavizó. —¿Cómo lo estás llevando? Todo este asunto con Achille debe ser mucho.

Suspiré, removiendo mi café. —Es abrumador.

Se inclinó hacia delante. —¿Cómo se está adaptando a ser padre?

—Se está adaptando. Achille tiene este lado protector, especialmente con Jack.

—Eso es importante. Mi marido creció en un barrio donde la lealtad lo es todo. Aprendió desde pequeño a cuidar de los suyos. Parece que Achille es igual.

—A veces es difícil reconciliar al hombre que veo con su reputación.

Ella bufó. —Las reputaciones son solo historias que cuenta la gente. La verdad es más compleja. Mi marido, por ejemplo, es visto como un tipo duro. Pero para mí, es Travis. Tiene sus puntos débiles. Es humano.

—Tienes razón —reflexioné, trazando el borde de mi taza—. Achille tiene muchas capas. Para el mundo, es esta fuerza imparable, pero con Jack... y conmigo... es diferente. Hay una delicadeza que me sorprende.

—Son esos momentos de vulnerabilidad los que marcan la diferencia —Becky echó un vistazo a su reloj—. Lo siento, cariño. Necesito ir al baño de señoras. Ahora vuelvo. —Su silla arañó el suelo mientras se levantaba y se disculpaba.

El peso de sus palabras caló más hondo. Lealtad, fuerza y sacrificio: los pilares sobre los que se había construido la vida de Achille. Di un sorbo a mi café, el calor ahuyentando el frío. Unir mi vida a la de Achille significaba formar parte de una familia que valoraba la lealtad. La familia era más importante para él que cualquier otra cosa.

Un hombre se rio.

Miré a un grupo de jóvenes fuera de la ventana de la cafetería. Rostros duros. Sonrisas lobeznas. Llevaban chaquetas vaqueras con

un cráneo sonriente de un animal con cuernos. Era monstruoso, con cuernos de puntas rojas y cuencas oculares carmesí.

Escalofriante.

La inquietud se apoderó de mí cuando sus miradas me atravesaron a través del cristal. Uno de ellos me señaló mientras se echaba un bate de béisbol al hombro. *¿Qué está pasando? ¿Me conoce?* Un escalofrío recorrió mi espalda. Era como un animal atrapado, expuesto. ¿Debería huir? Mis palmas se aplanaron sobre la mesa. Marcharme no era una opción, no con Becky en el baño.

Una mujer salió apresuradamente, aferrando su bolso, y pasó corriendo junto a ellos. La dejaron ir. El cajero, un hombre mayor con la barbilla temblorosa, gimió al verlos. Salió de detrás del mostrador con los puños cerrados. Abrió la puerta de golpe.

—¡Largaos de aquí o llamaré a los Costa!

Los gamberros se burlaron de él. Un chico con un pañuelo de calavera empujó al anciano. Su espalda golpeó contra la puerta. Otro pandillero blandió su bate, golpeando el cristal. Se astilló. La gente chilló, agachándose bajo las mesas. El anciano gritó obscenidades. Lanzó un puñetazo, falló y cayó con un gemido de dolor.

Un ardor me llenó la garganta. Antes de darme cuenta, mis pies ya se habían movido y salí furiosa. El hombre estaba sentado contra la pared, sujetándose la pierna ensangrentada. Sus ojos desorbitados se encontraron con los míos y negó con la cabeza.

Cogí un montón de servilletas de la cafetería y presioné su herida. La sangre las empapó rápidamente, pero al menos el corte no era muy profundo.

El hombre del bate sonrió con desdén. —Mira a esta zorra, jugando a ser enfermera.

Le lancé una mirada fulminante. —¿Besas a tu madre con esa boca? ¿O es que se os olvidaron los modales en cuanto salisteis del porche de casa?

Se rio. —¿De qué coño hablas?

—Cariño, es un dicho de donde yo vengo. Significa que algunas personas pierden su educación cuando están lejos de casa.

Claramente, tú perdiste la tuya mucho antes que eso. O quizás nunca tuviste ninguna. Difícil saberlo viendo cómo blandes ese bate como si estuvieras compensando algo.

La frente del hombre se puso roja como la grana. —¿Te crees graciosa? ¿Qué eres, la susurradora de paletos?

Puse los ojos en blanco. —Eres tan agudo como el bate que tienes en las manos.

—Cierra la puta boca —rugió, clavándome el bate en el pecho—. Sé quién eres. La nueva puta de Costa.

—*Prometida*.

El anciano se incorporó de golpe e intentó interponerse entre él y yo, pero lo apartó como si fuera una nube. Los otros lo empujaron, y él tropezó hacia la pastelería. Corrió a la cocina. Esperaba que estuviera llamando a la policía.

—Levántate, puta paleta. Te vienes con nosotros. —Me agarró del brazo, levantándome de un tirón mientras los hombres nos rodeaban —. Vamos a divertirnos, nena. Los chicos y yo montaremos ese dulce coño hasta que sea hora de enviarle un mensaje a Costa. Luego dejaremos tu cuerpo empapado de semen en algún lugar. Quizás en el jardín de su madre.

Una mirada a su asquerosa cara confirmó que hablaba en serio. Si dejaba que me llevara, estaba muerta. Así que eché el puño hacia atrás y le golpeé tan fuerte como pude. Mis nudillos conectaron con su mandíbula. El dolor explotó en mi mano mientras su cabeza se echaba hacia atrás.

Alguien me agarró.

Unas manos ásperas me sujetaron por la cintura, tirando de mí hacia atrás. Choqué contra el pecho de un hombre. Me retorcí y luché, pero la fuerza bruta me mantenía atada a su cuerpo. El hombre al que había golpeado lucía una marca roja brillante.

—Tráeme a esa zorra —gruñó.

El hombre que me inmovilizaba me empujó frente a él. Un borrón de movimiento captó mi mirada, y entonces el dolor se estrelló

contra mi cabeza. Una sensación ardiente atravesó mi cráneo. Mi visión dio una voltereta mientras me desplomaba hacia un lado.

—Xaden, deberíamos irnos. La poli está a punto de aparecer.

Él asintió, con los dientes apretados. —Metedla en el coche.

VEINTIDÓS

ACHILLE

Dejé caer un sobre gordo sobre el escritorio de Santino.

Era pesado, lleno con las ganancias de la noche, un testimonio de la sangre derramada en los suelos de hormigón. Santino, con una sonrisa de tiburón, hojeó el dinero.

Mi hermano *adoraba* su ring de peleas. Se deleitaba con la energía cruda que pulsaba por el almacén. No era gran cosa, pero los jueves por la noche, este lugar se convertía en un manicomio. Hombres de todos los ámbitos de la vida aparecían en masa. Trabajadores de cuello blanco, hambrientos de una dosis de caos. Tíos de fraternidades. Todos acudían en tropel a estos eventos, ansiosos por hacer sus apuestas.

Cuando los perdedores intentaban escabullirse de sus deudas, yo intervenía. Les recordaba que no hay espectáculos gratuitos en el mundo de Santino. Cada placer tenía su precio, y yo me aseguraba de que se pagara.

—Gran botín —dijo, entregándome un fajo de billetes—. Tu parte.

Me los metí en la cartera. —Gracias.

—No puedo esperar a la semana que viene. Malone contra Jackson. Recogí a este chaval en el gimnasio. Creo que va a agitar las cosas.

—Malone es duro, sin embargo. ¿Está preparado para ese nivel?

—Esa es la belleza del asunto, Kill. No tiene que estarlo. Solo tiene que pelear. Eso es lo que la gente paga por ver. —Hizo una

pausa, reclinándose en su silla, el cuero crujiendo—. Además, es bueno para el negocio. La sangre nueva siempre atrae público. Deberías venir.

—Ando ocupado estos días. —Jugaba todo lo que podía con Jack, pero nunca parecía suficiente.

Santino sonrió, juntando las manos. —Es cierto. ¿Cómo está Jack?

—Está bien. Duerme toda la noche. Come sus verduras. Ella lo crió bien.

—¿Cuándo lo conoceremos?

—Pronto.

Santino hizo un puchero, pero me importaba una mierda. Tenía a un niño pequeño que considerar. Lo último que necesitaba era que le presentaran a docenas de desconocidos. Necesitaba tiempo para adaptarse a su nueva vida.

—¿Y tu chica?

—Se está arreglando el pelo en North End y tomando un café con una amiga. Tengo que recogerla en una hora.

El anillo en su dedo era una cadena que me ataba a una mentira. Nunca podría ser realmente mía, así que la había evitado toda la semana, dándole respuestas monosilábicas a sus mensajes. La única manera de sobrevivir a este matrimonio era manteniéndola a distancia.

Santino levantó una ceja. —Te has convertido en todo un hombre de familia. Nunca pensé que vería este día.

Las llamas lamieron mi pecho. —¿Por qué es una sorpresa?

Frunció el ceño. —No eres del tipo que se asienta.

—Mira quién habla, maldito hipócrita.

Santino se reclinó, la sonrisa desvaneciéndose. —Tengo mi forma de manejar las cosas, pero nunca imaginé que compaginarías una familia con el trabajo que tienes.

—¿Y eso por qué? ¿Porque mato para ti? ¿Porque no me estremezco al ver sangre? Eso no significa que no pueda estar ahí para mi hijo.

Levantó las manos. —No estoy diciendo que no puedas. Estoy señalando lo obvio. Eres un tipo violento. Todo el mundo lo sabe. Demonios, eso es lo que me gusta de ti.

—Hay más en mí que eso.

—Sí, pero sigue siendo sorprendente. Verte pasar de sicario a padre del año. —Santino se rio, como si la idea de verme en una vida doméstica fuera el remate de un chiste.

El impulso de volcar su escritorio se disparó. —Soy capaz de criar a un niño.

Santino suspiró, agitando una mano. —Cálmate. Lo entiendo. Te lo tomas en serio. Solo ten cuidado. Mezclar la familia con nuestra línea de trabajo es complicado.

—Que te jodan. Lo manejaré a mi manera.

No era un simple matón, y no necesitaba su apoyo con segundas intenciones.

—No olvides quién eres, Achille —gritó mientras me giraba para salir—. ¡No dejes que te ablanden!

Salí de la oficina antes de darle un puñetazo en la mandíbula. ¿Ablandarme? Por favor. Si acaso, tenía la mecha aún más corta. Mi teléfono vibró. Sacándolo, fruncí el ceño al nombre que parpadeaba en la pantalla. Era Luca, uno de los pequeños empresarios en nuestras operaciones de protección.

Respondí. —¿Qué?

—Señor Costa, oh Dios, tiene que venir ahora. Es su prometida. Lo siento. Intenté detenerlos. Entraron y empezaron a destrozar el lugar mientras ella estaba aquí.

El mundo pareció detenerse en su eje por una fracción de segundo. Mi corazón tronaba. —¿Quién?

—Es esa banda callejera. Tienen esas chaquetas vaqueras con un cráneo de ciervo. Algún tipo de animal. No lo sé. Tiene que estar aquí. Su prometida está en problemas. S-se la llevaron —tartamudeó —. Lo siento mucho, señor Costa. Hice todo lo que pude. Créame.

—¿Adónde se la llevaron?

—Está afuera, pero dese prisa.

Un escalofrío me recorrió, cortándome hasta los huesos. —Coge tu escopeta, sal ahí fuera y pelea.

—N-no puedo. Son demasiados...

No me importa. —Si ella muere, te mataré a ti y a todos los que hayas conocido.

—E-entendido.

Me subí a mi coche. —Voy para allá.

VEINTITRÉS

VIOLET

Me arrastraron hasta un coche.

Uno sugirió que deberían atarme y tirarme dentro. El otro, con una sonrisa lo bastante cruel como para cortar la leche, consideró que sería más apropiado tenerme sentada en el asiento trasero. Lo decidieron rápido, apretujándome entre dos montañas humanas. Les di guerra, usando cada pizca de lucha en mí. Pero era como intentar empujar un río con las manos desnudas. Simplemente apretaron más fuerte.

Xaden, el que dirigía esta pesadilla, ocupó su lugar al volante con una fluidez que me puso la piel de gallina. Sus ojos buscaron los míos en el retrovisor, fríos como una noche de invierno.

Mientras la cafetería se agitaba como un nido de avispas, el dueño de la pastelería cogió algo largo y metálico. La puerta se hizo añicos con una explosión. El tipo del asiento del copiloto respondió al fuego mientras Xaden pisaba el acelerador. Miré hacia arriba de nuevo cuando el anciano salió con su escopeta. Apuntó.

Me agaché.

Las balas impactaron en el coche como furiosas piedras de granizo. El parabrisas se agrietó y cedió. Entre el rugido del motor, un hombre gritó: —¡Me han dado!

Volamos por Hanover, casi atropellamos a un peatón. Mis manos agarraban el asiento, los nudillos blancos. Xaden giró el volante con fuerza, y me sentí como una muñeca de trapo en un ciclón.

Retumbó un impacto, los neumáticos chillaron, y bailé con la ingravidez. Mi cabeza se echó hacia atrás, detenida por el abrazo del cinturón de seguridad. Luego todo se detuvo en seco.

Parpadée.

El mundo volvió a enfocarse. ¿Qué había pasado? ¿Me desmayé? Poco a poco recuperé el sentido. Había estado en un accidente. Un cinturón de seguridad me mantenía erguida. Xaden gemía, su nariz goteando sangre. Los otros estaban fuera. Resonaban disparos. Necesitaba huir. Ignorando el dolor en mi cuello, me desabroché el cinturón y gateé entre un mar de cristales rotos. Usando toda mi fuerza, tiré de la puerta para abrirla.

La luz del sol me apuñaló los ojos. Salté fuera, y el mundo se inclinó violentamente. Corrí hacia la parte delantera del coche, que se había arrugado como un acordeón. Un tipo yacía en la acera, gimiendo a pleno pulmón.

Se acercaban pasos rápidos.

Corre.

Corrí hacia la hilera de comercios, pero mi equilibrio era como un balancín. Mis codos golpearon el hormigón. Me arrastré hasta un callejón, pero una mano cruel me agarró, lanzándome contra el pecho de un hombre cuya pistola besaba mi sien.

Xaden apareció pavoneándose, limpiándose la nariz.

—Maldita sea —gruñó mi captor—. Se suponía que esto sería rápido. Entrar y salir. Y has dejado que te rompa la nariz.

¿Yo hice eso? Vaya, que me unten mantequilla y me llamen galleta.

Xaden gruñó: —Larguémonos de aquí.

—La policía está de camino. Todo el plan está jodido.

—Necesitamos un coche —dijo Xaden, corriendo hacia el cruce más cercano. Apuntó su pistola a un Dodge Challenger que se acercaba, pero en lugar de frenar, aceleró. Xaden voló sobre el capó como un saco de patatas, su pistola desparramándose por el pavimento.

Me estremecí.

El agarre sobre mí se aflojó. —Mierda.

Una sombra salió del coche. El metal brilló, un estallido resonó. El hombre detrás de mí trastabilló, agarrándose el pecho donde florecía el rojo. Sonaron dos disparos más, enviando a los otros a reunirse con su creador allí mismo en la calle. La sombra se movió, levantando a Xaden y metiéndolo en el maletero de su coche.

Era Achille, pero una versión de él que nunca había visto. Era aterrador. Su rostro suave estaba transformado en algo salvaje. Una cualidad inhumana persistía en su andar. Sus movimientos eran demasiado fluidos, casi robóticos.

El alivio que me invadió me hizo doblar las rodillas. Me aferré al frío suelo buscando apoyo, respirando profundamente.

Él corrió, dejándose caer a mi lado.

Me atraganté y me lancé a sus brazos. Su abrazo me dio estabilidad. *Por fin estoy a salvo*. Enterrándome en su pecho, me aferré a él con todas mis fuerzas. Entrelacé mis manos alrededor de su cuello, perdiéndome en sus suaves ojos color whisky, y lo besé.

Aire caliente revoloteó sobre mis labios, y luego él me apretó contra sí. Me acercó aún más, sellándonos en un beso que se sentía como pura luz dorada del cielo. Cada caricia lenta me llenaba de vapor. Su lengua rozó la comisura de mi boca, enviando oleadas ardientes a través de mí. Luego me tocó la mandíbula, y me aparté de golpe.

Su ceño se frunció. —¿Qué pasa?

—Estoy un poco dolorida.

Con suavidad, acarició la marca en mi mandíbula. —¿Quién te hizo esto?

La oscuridad en su voz me hizo temblar. Tragué saliva, señalando a su coche.

—El tipo del maletero.

Le dejé levantarme y, por un momento, me sentí como una novia desmayada. Señor, qué guapo estaba cuando parecía asesino en mi defensa. Me llevó al coche, me acomodó en el asiento y me abrochó el cinturón. Sonaron sirenas en la distancia.

—La policía llegará en cualquier momento.

Achille entró y cerró la puerta. —No te preocupes por ellos.

—Vinieron a por mí. Creo que las mismas serpientes que asesinaron a mi hermana me quieren bajo tierra también.

Arrancó el coche. —Eso parece.

—¿Y Jack? ¿También es un objetivo?

La palma de Achille se posó en mi rodilla. —Está bien. Tengo guardaespaldas allí, vigilándolo.

—¿Adónde vamos?

—Al hospital.

—No hace falta. Solo son algunos cortes y moratones. Por favor, quiero ir a casa con Jack.

Su mano volvió al volante. —Te golpeó.

—No duele tanto, te lo juro.

Su mirada feroz se dirigió al retrovisor. —No puedo llevarte a casa hasta que nos ocupemos de él.

Lo miré fijamente. —¿Por qué?

—Porque es el hombre que mató a tu hermana.

VEINTICUATRO

VIOLET

Condujimos hasta una cabaña en el bosque.

Un pequeño lugar encantador en medio de la nada, rodeado por el perfecto telón de fondo de árboles, un arroyo burbujeante y aire fresco y glorioso. Me relajé en el porche, respirando el aroma de los pinos. Si no fuera por el hombre en el maletero, estaría tranquila. Incluso feliz.

La nostalgia me atravesó por dentro mientras me levantaba y caminaba por el exterior de la cabaña. Una pila de troncos descansaba contra el lateral de la casa. Un cobertizo se alzaba en el patio trasero. Imaginé noches acurrucada junto a la chimenea, la risa de mamá mezclándose con el crepitar de las brasas mientras compartíamos historias.

El chirrido de una puerta mosquitera rompió la tranquila quietud. Achille caminó hacia mí, sus pesadas pisadas crujiendo en la hierba.

Sonreí. —Esto es agradable. ¿Vienes aquí a menudo?

Asintió, ofreciéndome una taza.

Mi corazón revoloteó mientras la tomaba, inhalando el vapor. —Gracias. ¿Cómo sabías que la manzanilla era mi favorita?

Se encogió de hombros.

—Esto sería genial para Jack —dije, señalando un roble cercano —. Podríamos colgar un columpio de neumático en ese árbol.

Me miró, con voz suave. —No vengo aquí de vacaciones.

Oh. Mis manos se enfriaron como si el té se hubiera convertido en hielo.

La mirada de Achille se desvió hacia el horizonte, donde el bosque engullía el sol poniente. —Este lugar es para cuando las cosas se vuelven... complicadas. Necesito llevarte de vuelta.

—Ese no era el trato.

—Lo sé, pero no querrás ver lo que voy a hacerle a este tipo.

—Sí quiero.

Su mandíbula se tensó. —Será demasiado. Entrarás en pánico.

Resoplé con desdén. —Eso no va a pasar.

—Alguien puso precio a tu cabeza. Necesito averiguar qué está pasando, y no puedo hacerlo contigo aquí.

Le sostuve la mirada desafiante. —No vas a mandarme a casa.

—No necesitas ver esto.

—Bueno, tú no decides eso por mí.

—No estoy intentando controlarte.

—Lo sé. Tienes miedo. Crees que no sé de lo que eres capaz, pero cariño, soy consciente de para qué me apunté. Pregunté por el pueblo. Todo el mundo tenía una historia aterradora sobre ti. Y aun así dije que sí.

Una sombra de dolor centelleó en sus ojos. —¿Por qué?

—Porque solo tú podías ayudarme a vengar a mi hermana.

Sus fosas nasales se dilataron. —¿Eso es todo lo que soy para ti, un pistolero a sueldo?

—No, eres mucho más que eso. Nos mantienes a salvo. Arropas a Jack por las noches. Eres el único hombre que me hace sentir...

—¿Qué?

—Segura —susurré—. Confundida... emocionada. Irritada. Loca. Todo a la vez. Elige lo que quieras.

Me miró fijamente como si estuviera pendiente de cada palabra.

—Pero ahora, necesito al hombre que no se inmuta cuando las cosas se ponen oscuras. Necesito que seas él, no solo por venganza, sino porque eres el único que entiende lo que es cargar con este peso.

Se cruzó de brazos. —Se trata de lo que te hace a ti. Ver ese tipo de violencia, ser parte de ella te cambia.

Di un paso más cerca, cerrando la distancia entre nosotros. —Lo sé, pero ya no soy la misma persona que era antes de que todo esto ocurriera. No puedo serlo. Y no quiero serlo.

Me estudió. —¿Y si te arrepientes?

Extendí el brazo, apoyando mi mano en su pecho. —Si lo hago, no lo atravesaré sola. Te tengo a ti, y tú me tienes a mí. Pase lo que pase, lo afrontaremos juntos.

Siguió mirándome fijamente, su constante latido palpitando contra mi mano.

Bebí un sorbo de té, el efecto calmante de la manzanilla perdido en mí. —¿Y ahora qué?

Miró fijamente el coche. —Lo arreglaremos.

Achille lo llevó al cobertizo.

Agarré mi taza mientras mi prometido arrastraba a ese demonio —me negaba a llamarlo hombre— a un lugar que había robado muchos últimos alientos. Achille me hizo jurar que me mantendría alejada hasta que lo hubiera asegurado, así que esperé fuera. Una noche estrellada centelleaba sobre mí. Con el telón de fondo del bosque, podía fingir que estaba en casa. La presencia de Elise me envolvía en calidez.

No tienes que hacer esto por mí, Vi.

Una mano suave se apoyó en mi hombro.

Achille se erguía sobre mí, su expresión apagada, vistiendo vaqueros y una camiseta negra que se fundía con la oscuridad.

—¿Estás lista?

Asentí, poniéndome de pie.

Achille arqueó una ceja. —Antes de llevarte allí, necesito que me prometas tres cosas. Una, no te acerques a él. Está débil, pero es

peligroso. Dos, déjame hablar a mí. Tres... si es demasiado para ti, te marcharás.

—Créeme, no será demasiado.

Su boca se torció. —Vale. Sígueme.

Tomándome de la mano, Achille me condujo hacia el cobertizo. Antes de abrir la puerta, apretó mi mano. Me introdujo en una habitación de cuatro paredes casi vacía. Xaden estaba sentado en una silla de acero atornillada al suelo. Una luz extremadamente brillante colocada en el suelo apuntaba a Xaden, difuminando sus duras facciones. Su pelo, apelmazado con sangre, colgaba en grasientos mechones alrededor de su cabeza. Achille me dirigió a una silla de jardín en la esquina.

Luego pasó la siguiente hora trabajando en él. Golpeándolo con objetos del cobertizo. Achille hacía la misma pregunta una y otra vez. *¿Quién te contrató?* Obscenidades brotaban de la boca de Xaden. Entonces Achille usó cables de una batería de coche y los juntó. Las chispas cayeron sobre la mejilla de Xaden, y este chilló.

Después de eso, no tardó mucho en quebrarse. Xaden soltó cada detalle de cómo había sido contratado para matarnos a mi hermana y a mí. Un encargo anónimo en la dark web le envió el pago a través de una empresa: Golden Key Construction.

Achille me miró. —¿Te suena eso?

Negué con la cabeza.

Achille se volvió hacia Xaden. —Cuéntame más.

—Eso es todo lo que tengo —gimoteó—. Lo juro por Dios. Mirad mi teléfono si no me creéis.

—¿Por qué querían matarla?

—*Ni idea*. ¡Solo era un trabajo!

Me levanté de un salto de la silla. —Era más de lo que tú jamás serás. Nadie te recordará. Desaparecerás.

Cogí la Glock que estaba sobre la mesa y me coloqué junto a Achille. Apunté a la oreja de Xaden y disparé. Él se estremeció cuando la bala le rozó la carne. Luego levanté el arma hacia su cabeza.

—La próxima vez, no fallaré.

La sangre corría por su cuello. —¡Qué cojones!

—Nos estás ocultando información, y estoy harta de ello.

Se retorció contra sus ataduras. —No, lo juro. Os he contado todo.

—No me has dado nada.

Sus ojos desorbitados miraban a todas partes. —Dejadme ir. Haré lo que sea.

—Me la arrebataste —grité, y Achille me tocó el brazo—. No tenías ningún derecho.

—No tenía nada contra ella.

Mis fosas nasales se dilataron. —¿Se supone que eso me hace sentir mejor? La eliminaste como si no significara nada, pero era una persona. Eres una *basura*.

—Que os jodan a ti y a ella —gruñó.

Achille se puso delante de mí y le propinó un puñetazo a Xaden. Atado a la silla, Xaden no pudo bloquear el golpe. Escupió sangre, llorando.

—E-Era un mensaje.

Intercambié una mirada con Achille. —¿Para quién?

Xaden se encogió de hombros. —Querían vengarse de alguien.

Le apunté. —¿Por qué?

—*No lo sé*.

La decepción inundó mi pecho. —Todos vosotros pagaréis por lo que habéis hecho. Empezando por ti. Te voy a mandar al infierno esta noche.

—No, por favor...

Disparé.

La bala atravesó su cerebro. Se desplomó contra sus ataduras, la sangre chorreando por su frente. No sentí nada, solo un pequeño alivio de las cadenas del dolor. Pero esto no había terminado. Más monstruos acechaban en las sombras.

VEINTICINCO

VIOLET

Achille se encargó del cuerpo.

Lo envolvió en la lona y lo metió en su coche. No dijo adónde iba, y yo no pregunté. Cuando el resplandor rojo de sus luces traseras desapareció, entré y encendí un fuego. Llamé a mi futura suegra, di las buenas noches a Jack, que parloteaba sobre las galletas que había horneado con su abuela, y después me preparé una taza de té.

Pensé en el hombre que iba en el maletero de Achille. ¿Habría alguien que le echara de menos? ¿Tendría una chica esperándole en casa? Entonces recordé las amenazas que salían de su asquerosa boca, y me lo imaginé caminando detrás de mi hermana, alcanzando su pistola. La vi tendida en el sucio camino.

Me temblaban las manos. Cogí un bolígrafo y un bloc de notas de mi bolso. Y empecé a escribir. Horas después, el rugido del Dodge de Achille hizo temblar el suelo.

La puerta crujió. Entró con una bolsa de plástico. Colgó su chaqueta de cuero en una silla. Suspirando, se dejó caer en el sofá a mi lado y sacó dos recipientes de poliestireno. Dejó uno junto a mí. Un aroma apetitoso de especias y marisco sabroso llenó el aire.

—Espero que te guste la comida china.

Abrí la caja para llevar. Un lecho de pollo en almíbar, tirabeques, zanahorias y brotes de bambú reposaba sobre fideos crujientes. Él

puso el suyo sobre la mesa, con gambas y pulpo en lugar de pollo, y devoró su cena como si su vida dependiera de ello.

Desenvolví el tenedor de plástico. —Muchísimas gracias. Tiene una pinta deliciosa.

Él gruñó.

—Entonces, ¿es esta la cita más extraña que has tenido jamás?

Sonrió con ironía. —No estoy seguro de que esto califique como cita.

—Oh, no sé. Casi parece una escapada de fin de semana. Comida china para llevar, una preciosa cabaña en el bosque, paz y tranquilidad. —Me reí, mordiéndome el labio—. Bueno, excepto por el tipo muerto.

Él hizo un sonido, con la boca llena de comida.

—¿Te has deshecho del cuerpo?

Asintió.

Solté un suspiro de tensión. Luego probé los fideos. Los sabores estallaron en mi lengua. *Vaya. Esto está fantástico*. Achille parecía pensar lo mismo. No respiró hasta que terminó, raspando el fondo del recipiente hasta dejarlo limpio. Luego chupó los jugos de las puntas del tenedor y apartó la caja. Recostándose en el sofá, se quitó las botas. Echó la cabeza hacia atrás con un suspiro.

—Qué bueno.

—Llamé a tu madre. Jack está bien. Se lo pasó en grande con su abuela. Dijo que le diera las buenas noches a papá.

Sonrió.

—Espero que no te importe, pero estuve curioseando. Encontré sábanas en el armario e hice la cama. ¿Supongo que nos quedamos aquí esta noche?

Miró su reloj. —Tanto da.

Me mordisqueé el pulgar.

Achille me miró a los ojos. —¿Cómo te sientes?

—Aliviada. Siento que esta pesadilla está a punto de terminar, y es todo gracias a ti.

—No tienes que darme las gracias.

—Pero debo hacerlo. Esto significa todo para mí. —Apoyé mi cabeza en su hombro, viendo bailar las llamas—. Es agradable estar aquí contigo. Me recuerda a casa. Elise y yo solíamos sentarnos en un porche como el de fuera. Hablábamos de nuestros sueños. Tocábamos nuestra música a las estrellas. —Estaba hablando demasiado—. Debes de pensar que estoy loca.

—No sabes lo que pienso.

—Ilumíname.

Me apartó un mechón de la cara, y mis mejillas se sonrojaron. Me giré para mirarle. Respiraba superficialmente mientras él presionaba su frente contra la mía. Sus dedos se hundieron en mi cuello, aflojando espirales de tensión. Me besó en la mejilla, y ardió.

Levanté la cabeza, desesperada por más. Pero antes de que nuestros labios se tocaran, se echó hacia atrás. Desenredó sus manos de mi pelo y se levantó, mirando hacia la puerta.

—Debería irme.

Mi estómago se hundió. —¿Qué ocurre?

Achille se detuvo en la puerta, su espalda una línea rígida contra el suave resplandor de la chimenea. —Necesito dormir un poco.

—¿Ahí fuera? Hace un frío que pela.

—Me las arreglaré.

Abrió la puerta, pero yo la cerré de golpe.

—Achille, compartiremos la cama. No es problema.

Torció el labio. —Paso.

El dolor palpitó dentro de mí. —¿Por qué?

—Porque no tengo interés en lidiar con tu crisis cuando te des cuenta de que no me quieres. —Sus amargas palabras llenaron mis venas de hielo.

—Pero sí te quiero.

Su sonrisa se aplanó. —Crees que me quieres, pero solo estás asustada. Asustada de lo que significa estar conmigo. Y tienes razón en estarlo. No soy la opción segura.

Alargué la mano, rozando su brazo. —No tengo miedo.

Él se apartó de mi alcance. —Sí lo tienes. Pensé... que quizás esto podría ser diferente. Pero no perseguiré a una chica que huye de mí, aunque me mate dejarla ir.

Tomé sus manos, y su expresión feroz se suavizó. —El miedo es algo curioso. Crecí con él mordiéndome los talones, pero mi madre nos enseñó a enfrentarlo de frente. «El miedo», decía, «es una sombra proyectada por la luz de tus sueños». Y tú no eres mi sombra. Eres parte de la luz, ayudándome a perseguir esos sueños, por oscuros que sean.

Me miró fijamente a los ojos. —¿Y si me convierto en la oscuridad?

—No lo harás, porque te veo. Eres el hombre que está a mi lado, que lucha por mí. Un hombre al lado del cual no tengo miedo de estar.

—Entonces, ¿por qué siempre huyes?

Tragué saliva. —Porque estoy viviendo la vida que mi hermana debería haber tenido contigo. Es como si se la hubiera robado, y la culpa me abruma cada día.

El hambre en sus ojos seguía creciendo, alimentando el frenesí dentro de mí. El aire se sentía cargado. Listo para explotar.

Toqué su pecho. —Pero he terminado de huir. Estoy harta de luchar contra esto.

—Pues no lo hagas.

—No lo haré. No puedo.

Enredé mi mano alrededor de su cuello y tiré. Lentamente, se inclinó hacia mí. Me levanté sobre las puntas de los pies y besé su boca abierta. El beso fue lento, sus caricias tentativas coincidiendo con las mías.

Me rodeó con sus brazos, tomando solo lo que yo le daba. Mi palma se deslizó por su abdomen y por el frente de sus vaqueros, bajando por su muslo duro hasta el calor entre sus piernas. Era *grande*. Mis dedos rozaron su polla rígida.

Achille aspiró rápidamente. Luego me agarró del pelo y me atrajo hacia un beso violento. Fue como la segunda vez que me besó, todo

lengua y dientes. Su cuerpo me empujó hacia atrás. Tropezamos hasta el dormitorio. Éramos como animales, aferrándonos el uno al otro. Dios, le necesitaba, y me hacía sentir tan culpable.

Caí sobre el colchón.

Él se quitó la camiseta de un tirón, flexionando los bíceps. Se me hizo la boca agua mientras le observaba, devorando su imagen. Era hermoso. No podía esperar a poner mis manos sobre todos esos músculos.

Agarró mi vestido y lo rasgó, dejándome desnuda excepto por un tanga. Mis pezones se endurecieron hasta convertirse en puntas dolorosas. Mirándome fijamente, se desabrochó el cinturón. La tira de cuero se enganchó en la hebilla. Tiró de ella y, cuando se liberó, la arrojó al otro lado de la habitación. Se quitó los pantalones de un empujón.

Entonces su polla estaba en sus manos: circuncidada, gruesa y demasiado grande. Apartó los vaqueros de una patada y se subió a la cama, que crujió bajo su peso. Empezando por mi cuello, su amplia mano recorrió mis curvas. Se entretuvo en mis pechos, masajeando, palpando. Luego bajó por mi cintura y vientre, enganchando la estrecha cuerda que abrazaba mis caderas. Tiró. Recorrió mis piernas arriba y abajo, llegando hasta mis tobillos. Las aparté de una patada. Entonces trepó sobre mí, separando mis rodillas.

Enterró su cara en la curva de mi cuello e inhaló. Un gruñido bajo resonó desde su garganta. Sus labios rozaron el hueco bajo mi oreja, y hormigueos recorrieron mi piel. Besando su camino hasta mi boca, agarró mi muslo. Empujó, apoyando la otra pierna bajo la suya. Me abrió tanto como pudo, y el aire fresco golpeó mi coño.

Me ruboricé.

Me miró, con una mano en su polla. Observando esa parte íntima de mí. Su pulgar extendió el líquido preseminal sobre la cabeza. Sus dedos se tensaron sobre mí.

Toqué su cara.

Agarró mis muñecas, inmovilizándolas sobre mi cabeza. —No te muevas.

Su voz no debería haberme hecho apretar los muslos. Su oscura mirada fue mi única advertencia antes de que se clavara en mí. Jadeé, mi mundo destrozándose con el rápido dolor. *Tan llena*. Salió y me partió en dos, llenándome hasta el fondo, y ardía. Ardía tan condenadamente bien. Entonces me folló con embestidas profundas, su tamaño tan abrumador que me contraía a su alrededor.

Manteniéndome abierta, me folló como a una muñeca. Su brutal impulso me empujó por la cama, las sábanas raspando mi espalda, hasta que agarré los barrotes del cabecero. Me aferré, absorbiendo sus embestidas. Necesitaba tocarle. Mi mano se deslizó por su espalda musculosa. La recorrí arriba y abajo, adicta a sentir cómo se contraían.

El doloroso agarre en mi muslo se aflojó, y mis piernas se engancharon en su espalda. Se bajó hasta mi pecho. Se sentía tan increíble. Achille no hacía el amor como un sicario. Era dulce. Acariciando mi pelo. Besándome. Acunándome como si fuera de cristal.

Su lengua rozó la mía, y todo lo que se había acumulado dentro de mí explotó. Me estremecí a su alrededor, mis uñas clavándose en su carne.

Sus ojos se cerraron mientras un brillo de sudor se formaba en su frente. Se corrió momentos después con un gemido profundo. Su polla palpitó, llenándome de calidez. Después de un rato, se tumbó encima de mí. Nos besamos y nos cogimos de las manos. Luego rodó, abrazándome por detrás.

Al poco tiempo, algo duro empujó contra mi trasero. Levantó mi pierna y entró en mí. Acarició mis pechos mientras me follaba por segunda vez, llenándome con tanto semen que se derramaba por mis muslos. Eso dio inicio a una noche sin dormir. Un torbellino de lenguas, bocas chocando y follar frenético.

Conseguimos llegar a la ducha, solo para que me llevara a la cama tan pronto como nos habíamos lavado. Me quedé dormida,

pero me despertó para ponerme a cuatro patas. Después me inclinó sobre la mesa. Con su lengua girando sobre mis pezones, me hizo correrme. Cuando estaba demasiado dolorida para continuar, me comió y forzó su polla dentro de mí, haciendo que *de alguna manera* tuviera otro orgasmo.

Toda la noche.

Profanamos cada centímetro de esa pequeña cabaña. Cuando pensaba que había terminado, me arrastraba sobre su polla. Estaba hambriento. Entre sus orgasmos devastadores, me abrazaba y me acariciaba el pelo. Me limpiaba con un paño húmedo, quitando todos los fluidos solo para ensuciarme de nuevo. Cuando la luz asomó por el horizonte, Achille finalmente se desplomó en la almohada.

Yo yacía acurrucada a su lado. Estaba sudorosa, temblando, mi cuerpo deliciosamente dolorido. Me rozó la oreja con la nariz y me besó. Luego sus brazos se aflojaron y su respiración profunda llenó el aire. Tracé las manos que me acunaban, maravillándome del placer que me había dado. Placer que había tomado con avidez, ansiosa por olvidar el dolor.

Mi corazón latía con fuerza. —¿Kill?

Se removió. —¿Qué pasa?

Me acomodé para que estuviéramos cara a cara. —¿Y si esos tipos aparecen mientras estamos aquí?

—Estamos bien.

—¿Pero cómo puedes estar seguro?

Su mirada entreabierta me recorrió. Me envolvió en sus brazos y enrolló sus piernas alrededor de las mías. Luego besó mi cabeza.

—*Duerme*.

La orden funcionó como un hechizo mágico, aliviando la tensión en mi mandíbula. Mi nariz tocó su cuello. Inhalé su aroma y cerré los ojos, deseando que pudiera abrazarme así para siempre.

VEINTISÉIS

VIOLET

La luz dorada se filtraba en la cabaña, añadiendo calidez a las rústicas paredes. Los pájaros piaban fuera. Una cafetera borboteaba en la cocina. Un aroma masculino impregnaba mi almohada. Extendí la mano buscándole, palpando las sábanas.

—¿Kill?

Las tablas del suelo crujieron, y él apareció en la puerta. Casi me muero ante aquella visión que me hacía la boca agua. Sin camiseta, pelo alborotado, sus pantalones de chándal grises colgando bajos en su cintura. Una sonrisa devastadora.

—Buenos días, Pueblerina.

Me froté los ojos. —Veo que dormir contigo no ha mejorado tus modales.

Guiñándome un ojo, deslizó una taza sobre la mesita de noche. —Es un término cariñoso. Como cielo, pero con más personalidad.

Me incorporé, bostezando. —Cuando lo pones así, creo que puedo vivir con ello.

—Vamos. El desayuno se está enfriando.

—Si alguien no me hubiera mantenido despierta toda la noche, quizás me habría levantado antes.

Me apretó el muslo. —Tú tampoco me dejaste dormir.

Cierto.

El frenesí no había sido solo cosa suya. Alrededor de las seis, se había levantado de la cama. Una mirada a su hermosa espalda

musculosa, y me había lanzado sobre él.

Me quité la colcha. Sus fosas nasales se dilataron mientras me deslizaba fuera del colchón, desnuda. Cogí los pantalones y la camiseta de tirantes doblados sobre la cómoda. Me tomó de la muñeca y me atrajo hacia sus brazos. Su agarre se intensificó. Un gruñido reverberó desde su pecho al mío.

Mi estómago revoloteó. —¿No tuviste suficiente?

—Nunca lo tendré —ronroneó, sus manos deslizándose por debajo de mi cintura para agarrarme el trasero—. Fue perfecto. No me di cuenta de lo codiciosa que eres.

Perfecto.

Resplandecí, tragándome una risita. —Bueno, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me alimentaron.

Emitió un sonido delicioso. —Quiero mantenerte aquí durante una semana y follarte hasta que ambos estemos en carne viva.

Le acaricié el pecho, sonrojándome. —En algún momento, tenemos que salir de esta cabaña. Tenemos a un niño de tres años esperándonos.

—Mi madre lo está cuidando.

—*Kill*.

Suspiró. —Olvida el caos de fuera. Ahora mismo, solo existimos nosotros.

Tomé su rostro entre mis manos y le besé. Juro que los violines resonaron en mis oídos. Un sentimiento desorientador casi me derribó. Mi boca se separó de la suya, rozando su mejilla. Le besé bajando por el cuello, salivando por su aroma. Estaba tan cálido. Quería tenerle entero en mi boca. Succioné su hombro.

Me dio una palmada en el trasero. —Come primero. Juega después.

Achille dio un paso atrás, y tragué mi deseo. Mirar a sus ojos era como encender una cerilla en una habitación llena de gasolina. Me vestí, evitando su mirada. Sus pantalones eran demasiado grandes. Tuve que enrollar la cintura cuatro veces antes de que me quedaran

bien. Luego me dirigí a la cocina con la taza que había dejado en la mesita de noche.

Me senté.

Achille se unió a mí. Luego llenó un plato con mis favoritos: huevos revueltos, tortitas con sirope y beicon.

—¿De dónde has sacado todo esto?

Se sirvió. —Lo recogí esta mañana. Hay un restaurante carretera abajo.

—Gracias, cariño.

Bebí mi café —con leche, sin azúcar— justo como me gustaba. Claramente, se había tomado tiempo para analizar mis preferencias. No podía decir cuál sería su idea de un buen desayuno. Probablemente algo saludable, como claras de huevo y espinacas. Se lo prepararía mañana.

—¿Has comprobado cómo está Jack?

Asintió. —Sí, está bien. Mis hombres están vigilando la casa. Nadie se acercará a él.

—Eso es un alivio.

Achille se metió la comida en la boca.

No dije mucho mientras comía, temerosa de perturbar la burbuja de felicidad que rodeaba la cabaña. Cuando terminé con mi comida, puse el plato de papel en la basura. Llevé la taza al fregadero y la enjuagué, y las patas de la silla de Achille rasparon el suelo. Su cuerpo duro presionó contra mi espalda. Su brazo rodeó mi cintura. —¿Cómo lo llevas?

—Creo que estoy bien. No me siento mal por lo que hicimos.

—¿Ni siquiera un poco?

Negué con la cabeza. —Gente como esa merece lo que les viene.

Su risa rozó mi cuello. —No voy a mentir. Eso me excita.

Me di la vuelta. —¿Quiero saber por qué?

Su suave sonrisa me revolvió el estómago. Luego aplastó su boca contra la mía. Antes de que me sintiera avergonzada por mi aliento matutino, su lengua me atravesó, lamiendo y follándome.

Achille gruñó, sus dedos deslizándose bajo mi cinturilla. Tiró. Los pantalones cayeron a mis tobillos. Achille acarició mi pierna desnuda. Bajó mis bragas destrozadas. Su pulgar se hundió en mis jugos resbaladizos. Gimió. Apreté los muslos, pero él los abrió de una palmada. Entró su dedo. Luego otro, y una increíble plenitud me invadió. Apreté los dientes contra los ruidos húmedos. Tan mojada.

Sacó el dedo y lo saboreó. Sus ojos se vidriaron, y entonces cualquier correa que lo contuviera se rompió. Me dio la vuelta. Con la mano en mi espalda, me hizo inclinarme. La encimera se clavaba en mis caderas. Su cinturón chasqueó y luego, sin previo aviso, me empaló. Me agarré al borde del fregadero. Tardó un tiempo en entrar, abriéndome paso, y luego se instaló en un ritmo constante.

Todo me dolía. Probablemente él no se sentía mucho mejor después de cómo me había follado anoche. El dolor bailaba con la dulzura mientras separaba mis piernas y las juntaba, buscando la mejor posición. Luego su mano cubrió mi montículo y jugó con el capullo endurecido.

Oh, Dios mío.

Haciendo una pausa, agarró mi pierna derecha. La levantó y se enfundó dentro de mí. Un gemido brotó de mis labios apretados. Dolía, pero se sentía tan bien.

Agarró mi cuello. Apretando, se introdujo en mí. Cada embestida me golpeaba contra los armarios. Mis manos se agitaban, aterrizando en el grifo, en la ventana. Empujé contra él, tratando de resistir su brutal asalto. Se corrió con fuerza, las réplicas ondulando a través de mi cuerpo.

Apenas podía mantenerme en pie.

Salió de mí, mi sexo contrayéndose en el vacío. Un calor brotó por mi pierna. Tomó mi cuerpo tembloroso y me arrojó sobre la mesa. Mis muslos se estremecieron mientras los separaba.

—N-no tienes que hacerlo.

Su mirada abrasadora se clavó en mí, advirtiéndome que no protestara. Me besó el muslo interno, pero fue un beso lobuno. Mordiente. Besó la otra pierna, y una descarga recorrió mi sexo.

Luego giró la cabeza, su aliento rozando fantasmalmente la parte más íntima de mí. Me mordí el labio con fuerza, temblando ante la idea de que hiciera algo tan travieso.

—Qué hermosa —suspiró.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesito saborearte.

Intenté cerrar las piernas, pero me sujetó con más fuerza. —Necesito ducharme.

—Estás justo donde te quiero.

—Pero estoy *sucia*.

Me chitó, bajando la cabeza.

La primera lamida ardiente me hizo jadear. La segunda me echó la cabeza hacia atrás, golpeándome contra la mesa. Estallaron estrellas en mi cráneo, pero apenas registré el dolor. Lamió nuestros fluidos. Rozó mi clítoris y cerró su boca alrededor de mí. El sonido húmedo se transformó en una suave succión.

Mis uñas se clavaron en la mesa de madera, delirante.

Le observé devorarme. Debía ser un desastre ahí abajo, pero a Achille no le importaba. Presionó su rostro contra mí, lamiendo. Una tormenta se formó dentro de mí, girando como un viento intenso mientras él besaba, succionaba, me penetraba con su lengua. Respiré pesadamente, apretando y aflojando las manos. Lentamente, moví las caderas, gritando su nombre. El calor floreció dentro de mí y me corrí, apretando mis piernas alrededor de su cara. Me soltó con un húmedo chasquido. Un suave beso aterrizó sobre el pequeño capuchón, aún reverberando con electricidad.

Cuando todo terminó, nos duchamos. Me besó bajo el agua. Fue tan dulce. Enjabonó sus manos y me lavó con caricias tiernas. Todo mi cuerpo dolía, pero se sentía bien, como una planta regada después de una larga sequía. Cerró la ducha y salió de la humedad para coger una toalla. Luego me envolvió con ella, plantando un beso en mi frente.

VEINTISIETE

ACHILLE

Nos metimos en el coche y nos dirigimos a Boston.

Volver a la ciudad se sentía como entrar en una casa en llamas, pero sabía qué hacer. La venganza necesitaba tiempo para madurar en las sombras antes de ser servida. Violet me lanzaba miradas, apartando los ojos cuando la pillaba.

—Lo has hecho bien —dije—. Pensé que quizás lo reconsiderarías.

Esbozó una pequeña sonrisa que hablaba más de dolor que cualquier palabra. —La chica que fui se ha ido hace mucho, quedó atrás el día que enterré a mi hermana. Este mundo no es amable. Para sobrevivir, a veces hay que estar dispuesta a adentrarse una misma en la oscuridad.

La miré. —No tienes que ser una villana. Mantente fiel a quien eres, sin importar lo que te lancen.

Frunció el ceño. —¿Y si me estoy convirtiendo en algo que nunca quise ser?

—Entonces encuentras el camino de vuelta.

—Quiero creer eso, pero después de todo... ¿cómo?

Le apreté la mano. —Recordando por quién hacemos esto. Mantenemos los ojos en el premio.

Enroscó sus dedos alrededor de los míos, suspirando.

—¿Tu padre te enseñó a disparar?

Dejó escapar una risa empapada de tristeza. —Sí, lo único que hizo antes de desaparecer. Me enseñó a sujetar un arma y luego decidió que prefería empezar de nuevo con otra familia. —Su mirada vagó por la ventana, siguiendo el paisaje que pasaba—. ¿Y tú? ¿Tu padre te enseñó algo?

—A no jugarse la vida. Era un degenerado, siempre persiguiendo la próxima gran victoria. Por su culpa, apenas sobrevivíamos. Me hizo darme cuenta de que yo tenía que ser diferente.

—Así que empezaste a trabajar para la mafia.

Asentí.

—¿Qué le pasó a tu padre?

Me encogí de hombros. —Murió hace años. Fallo hepático.

—Es duro.

Otro encogimiento de hombros. —Aparte de mi madre, a ninguno nos importó una mierda. Su bebida y el juego casi arruinan nuestra familia. Estoy en paz con ello. Nunca pienso en él.

Le sujeté la mano mientras conducía hacia casa. Dejó de hablar en cuanto alcanzamos la autopista, y su silencio retumbaba en mi pecho. Seguía siendo un gran signo de interrogación. ¿Qué estaría pensando? ¿Le recordarían los árboles que pasaban velozmente a Tennessee?

—Te has quedado callada.

Sonrió. —Estoy escribiendo una canción sobre ti.

—Soy todo oídos.

—Paciencia —bromeó, radiante—. Está en las primeras fases.

—Dame al menos un verso.

Negó con la cabeza, sonriendo. —Esperarás como todos los demás. Y no te creas especial. He escrito canciones sobre hombres menos importantes.

—Supongo que debería considerarme afortunado de ser una de tus musas.

—Ya lo creo —respondió.

La comisura de mi boca se elevó. —¿Soy el villano en tu canción?

—Difícil de decir. Eres demasiado complejo para etiquetas simples.

—Quiero ser el hombre que atraviesa el fuego por ti.

—No necesito un hombre para eso. Yo soy la que enciende la cerilla.

Una sonrisa traviesa apareció mientras tomaba mi mano, deslizándola por su pierna. Llevó mis dedos hasta el vértice de sus muslos. Guiando mi mano bajo la cintura de su pantalón, su piel suave se deslizó bajo mi tacto. No podía alcanzar su coño, pero imaginé cómo se sentía, cómo suspiraba cuando mi polla la llenaba, la calidez aterciopelada que me envolvía. Y ahora estaba muy duro. Mi polla quería salir de estos vaqueros.

—Joder.

—¿Qué pasa? —preguntó, trazando el contorno de mi polla—. ¿No puedes manejar un poco de juego previo?

Gruñendo, me detuve a un lado. Violet se tambaleó hacia delante cuando frené. Aparqué y apagué el motor. Los coches pasaban zumbando mientras yo echaba el asiento hacia atrás. Levantando las caderas, me bajé los vaqueros y luego los calzoncillos negros. Mi polla saltó, completamente erecta.

La miré fijamente. —¿Ves lo que has provocado?

Se mordió el labio, con ojos brillantes.

—Ven aquí. Envuelve tus labios alrededor.

Se inclinó hacia delante. Le agarré el pelo, atrayéndola hacia mí. Mi palma aferró la parte posterior de su cabeza, y un calor húmedo engulló mi polla. Gemí. Succión perfecta. Lamidas largas y agradables. Húmeda como el infierno. Jugaba con mi glande, chupando, bombeando mi miembro.

Hundí los dedos en su cuero cabelludo. Una alegría delirante me invadió. Tenía una boca como una maldita aspiradora. Con un sonido húmedo, me liberó de sus labios. Envolvió su mano alrededor y giró lentamente. Besó la base de mi polla, provocando la zona con movimientos de su lengua. Mirándome. Tan caliente. Joder. Me puso tan duro.

Con el corazón acelerado, tiré de su pelo. —Es suficiente, preciosa.

—¿Quieres que pare?

Solté un suspiro tenso. Tendría que luchar contra las ganas de correrme dentro de su malvada boca el resto de mi vida. Era demasiado buena, una reina de la mamada. Podría pedirme *cualquier cosa*, y diría que sí. Siempre que me la chupara todos los días.

Su boca me engulló de nuevo. Chupó con fuerza, golpeando la cabeza como si rasgueara su guitarra. Cualquier conductor que pasara podría ver a mi futura esposa chupándomela como una prostituta. *Oh Dios*. Tan incorrecto, pero se sentía demasiado bien. Me mordí el labio. Respiré rápido, deshecho por la visión de Violet entre mis piernas, su sabor, sus ganas de hacerme terminar. Estaba listo. Me llevó hasta la raíz, y mis caderas se arquearon.

Joder.

Entonces exploté en su boca. Se derramó sobre sus labios hasta que lo lamió. Chupó y chupó, vaciándome, pero yo no había terminado.

Tiré de su pelo. —Súbete encima. Ahora.

Si no hubiera obedecido, la habría inclinado sobre el capó. Pero se quitó los pantalones de chándal y se sentó a horcajadas sobre mis piernas. Un ajuste apretado. Su cuerpo pulsaba contra el mío mientras se hundía, tomando mi polla. Le rodeé con un brazo. Con el otro le agarraba el pelo. Embestí con fuerza, la euforia golpeándome.

—Dame tu boca sucia.

Obedeció, besándome.

Metí mi lengua dentro de ella. Quería saborear su sumisión. Nos besamos, intercambiando saliva y semen. Tan jodidamente sucio, pero me encantaba. Qué chica perfecta. Mientras me cabalgaba, su trasero golpeó el claxon.

Nos separamos, riendo.

Violet volvió a su ritmo, sus tetas rebotando en mi cara. Me corrí primero. Luego ella se estremeció en mis brazos poco después. Fue tan bueno... en un nivel diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado. Sus labios abrasaron mi mejilla antes de encontrar mi boca. Mi corazón latía con una sensación extraña y debilitante. Como si me envenenara con cada beso.

Será tu muerte.

Después de unos minutos besándonos, nos desenredamos. Violet se acomodó en el asiento del copiloto con una risita. Me tomó un momento recomponerme. Limpié el desastre con un pañuelo de su bolso mientras ella se arreglaba. La visión de ella hizo que mi polla palpitara, pero necesitábamos llegar a casa.

Violet suspiró, tratando de alisar sus rizos. —¿Qué pensará tu madre cuando aparezca con tu ropa?

Encendí el coche. —No le importará.

—Parece que sí le importaría. Siento que no le caigo bien.

—Qué va. Está enfurruñada. Mamá es tradicional. Tenía su corazón puesto en que me casara con una chica italiana.

Un suave ceño tocó sus cejas.

Agarré su muñeca. —Eres mía. Cualquiera que no pueda aceptar eso puede irse a la mierda.

—Eso no funciona cuando tienes un hijo. No podemos apartarla de la vida de Jack.

—No tendremos que hacerlo. Lo superará en cuanto estés embarazada.

Ella se mordió el labio. —Estoy usando anticonceptivos.

Mi mirada se desvió hacia ella. —¿Tomas pastillas?

—No, tengo un DIU. Es un implante.

Me puse el cinturón de seguridad. —Así que tendrás que quitártelo para tener un bebé.

—Sí, así es como funciona.

Fruncí el ceño. —¿Podemos hacerlo nosotros mismos o necesitas pedir una cita?

—Lo hace un médico —murmuró, con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué?

Me encogí de hombros. —Estoy pensando.

Ella me miró fijamente. —¿En *qué*?

Me incorporé a la autopista. —¿No deberíamos darle un hermanito o una hermanita?

Actuó como si hubiera dado un volantazo. —¿Has perdido la cabeza? *No*.

Apreté los dientes. —¿Por qué no?

—¡Acabamos de quitarle la vida a un hombre juntos!

Agité la mano. —Eso es como cualquier martes.

—Achille, no vamos a tener un bebé. *Para nada* estoy lista para eso.

—Lo estarás. Entonces te pondré un bebé dentro.

Violet me miró boquiabierta como si hubiera soltado algo en italiano.

—Estoy listo —dije, sorprendido de que lo decía en serio—. Puedo hacerlo.

—Pues yo no. Tenemos demasiadas cosas pasando. He pasado los últimos seis meses en modo supervivencia. Tratando de recoger los pedazos después de que mi hermana falleciera, criando a Jack. No ha sido fácil. Y está a punto de empeorar mucho. Además, ya tenemos las manos llenas con Jack.

Me mantuve callado, pero el sueño se construía en mi cabeza. Me imaginé una casa más grande, una valla, un par de perros. Envolviendo a un recién nacido. Esta vez, estaría cien por cien involucrado.

Sucederá.

Entramos en el camino de entrada, y el chillido de Jack resonó sobre nuestras cabezas. Mi corazón se hinchó. El niño era mi ancla en un mundo caótico. Entramos en la casa, los sonidos y olores familiares

envolviéndome como una manta cálida. Mamá cortaba un pimiento verde en la encimera.

—¡Tía! ¡Papá! —Jack corrió hacia nosotros.

Lo recogí en brazos. —Hola, colega. ¿Me echaste de menos?

Jack asintió. —Nonna hizo galletas.

Acaricié su suave pelo castaño y besé su frente, llevándolo a la cocina. Mamá frunció el ceño cuando Violet entró, vistiendo mi ropa.

—¿Se portó bien? —pregunté.

La boca de mamá se crispó. —Sí, se portó muy bien. Igual que su papà.

Violet se acercó a la isla donde trabajaba mamá. —Gracias por cuidarlo con tan poco aviso.

Mamá frunció el ceño. —No tienes que agradecerme. Es mi nieto.

—Papá, ¿dónde fuisteis? —preguntó Jack.

—Al bosque. Fuimos a una aventura.

El niño jadeó. —¿De verdad?

Violet le acarició la pierna. —Sí, y traemos algunas historias para contarte.

Mamá cocinó la comida mientras Violet se cambiaba y se ponía un pijama. No hizo preguntas, pero miraba a Violet con mala cara. Me molestaba. Después de comer, la acompañé hasta la puerta. Mamá me lanzó una mirada oscura. Probablemente recibiría un mensaje de voz quejándose de cómo iba vestida mi prometida. Me importaba una mierda.

Después de que mamá se marchara, pasamos las siguientes horas colmando a Jack de atención. Orquestó una persecución a alta velocidad por el suelo del salón, sus coches chirriando alrededor de esquinas imaginarias. —¡Policías y ladrones! —Estrelló un coche de policía contra otro vehículo.

Estirado en el suelo, me reí. —¿Crees que eso es una persecución, campeón? —Agarré un coche de juguete—. Este es el de escape. Hay que tener un plan B.

Jack se rió. —¡Coche de reserva va rápido!

—Así es. Pero ¿dónde está tu vigía? No puedes hacer un trabajo sin ojos en la calle.

Sentada en el sofá, Violet negó con la cabeza.

Recogí una figura de acción de Batman que estaba cerca. —Todo despejado, jefe. Solo un gato en los cubos de basura.

Jack aulló. —¿Batman ayuda a los ladrones?

Sonreí. —En nuestro mundo, sí. Hay que mantener a los policías alerta.

Violet levantó la mirada. —Vale, pero asegurémonos de que Batman salve el día. No podemos dejar que nuestro chico piense en planear robos.

—De acuerdo, Batman se convierte en un doble agente, avisa a los superhéroes y tienden una trampa. —Hice volar a Batman por la habitación antes de aterrizar junto al montón de coches—. ¡Boom! Salvados por Batman, que estaba infiltrado todo el tiempo.

Jack aplaudió. —¡Batman salva a todos!

—Excepto a los ladrones. Ellos tienen consecuencias igual que en la vida real.

Violet puso los ojos en blanco, sonriendo. Su teléfono sonó. Lo desbloqueó.

Me enderecé. —¿Qué pasa?

Ella se levantó, su pulgar golpeando la pantalla. Luego se pegó el teléfono a la oreja. —Hola, ¿cómo estás?

Su voz se apagó mientras desaparecía en el despacho, cerrando la puerta. Escuché atentamente el débil murmullo de la conversación. ¿Por qué tenía que salir de la habitación?

Déjalo estar.

Necesitaba ser el tipo al que no le importaba nada. Había hecho un buen trabajo con eso toda mi vida. Una vez ayudé a Santino a abrir un garito ilegal de apuestas en la misma calle donde un antiguo capo tenía su partida de cartas, sin pedir permiso. El viejo jefe, el tío Nico, estaba furioso. Gritó hasta quedarse afónico. Nos obligó a arrodillarnos. Incluso cuando el cañón tocó mi frente, mi pulso apenas se aceleró.

Pero ahora, me *importaba*.

Demasiado, joder. Pasaba la mitad del tiempo preocupándome por mi hijo y por Violet. Desde que casi la perdí, apenas había hecho otra cosa. No estaba enamorado, pero la apreciaba. Podría buscar durante diez vidas y nunca encontraría a otra chica como Violet. Durante toda la noche, entre saciándome de su cuerpo estrecho, me obsesioné con cómo la mantendría a mi lado. Tenía mi anillo, claro, pero un trozo de oro alrededor de su dedo no podía impedir que se marchara. Todo parecía pender de un hilo.

Seamos sinceros, yo era un cabrón que no la merecía. Las chicas como ella se quedaban hasta que conseguían lo que querían. Luego se iban. La gente me quitaba cosas. Tomaban, tomaban y *tomaban* más. Joder, mi familia me utilizaba. Toda mi vida había sido el arma de otra persona. Impartiendo la justicia de otro.

Ya no más. Ahora yo daba las órdenes.

Me acerqué a la oficina. Luego agarré el pomo y abrí la puerta de golpe.

VEINTIOCHO

VIOLET

—*Por fin*. He estado muy preocupada.

El fuerte acento de Boston de Becky cortó el aire mientras yo cerraba la puerta de la oficina, pasándome el teléfono a la otra oreja. —Lo siento.

—¿No podías mandar un mensaje?

Gemí, dejándome caer en la silla de Achille. —Han sido veinticuatro horas caóticas.

—Cuando volví del baño, habías desaparecido. No contestabas al teléfono. El dueño de la cafetería dijo que te habían llevado a la fuerza. Estaba aterrorizada.

—Oh, cariño. Me imagino que sí. Lo siento muchísimo por haberte asustado así.

—*¿Qué pasó?*

Agarré el borde del escritorio, eligiendo mis palabras con cuidado. —Un grupo de tipos empezó a acosar a un anciano. Así que salí para detenerlos, y me agarraron. Me metieron en un coche a la fuerza.

Ella jadeó. —¿Estás bien?

—Aparte de algunos moratones, sí. Tuvimos un accidente un par de manzanas más adelante. Me escapé y salí corriendo.

Estuvo en silencio un rato. —¿Te dejaron escapar?

—Supongo que tuve suerte.

Me mordí el labio. No podía contarle que mi prometido había abatido a tres pandilleros y capturado a otro, pero probablemente

sospechaba que él era responsable de sus muertes. Los titulares de esta mañana no habían sido sutiles. *Tiroteo mortal de pandillas en North End deja tres muertos.*

—Bueno, me alegro de que no te hicieras daño. No puedo creer que te secuestraran.

—Fue aterrador. Nunca había tenido tanto miedo.

—No puedo ni imaginarlo. Pero estás a salvo, y eso es lo que importa —me tranquilizó Becky.

—No me siento segura.

—¿Quién puede estarlo en esta ciudad? Travis dice que el fiscal es demasiado blando, y estoy de acuerdo. Las calles son una zona de guerra. Cada dos por tres: tiroteos, redadas antidroga, de todo. Y las personas que deberían protegernos no hacen lo suficiente. —Becky suspiró—. Entonces, ¿estás bien?

—Me da vueltas la cabeza. Siento como si estuviera viviendo la vida de otra persona, ¿sabes? Quiero decir, mudarme a su casa. Casarme con Achille. ¿Y ahora esto?

—¿Estás teniendo dudas?

Hice una pausa. —No, es solo que... estoy tan lejos de casa. A veces, me despierto preguntándome cómo acabé aquí. Es como si me hubiera atrapado una corriente, arrastrándome cada vez más profundo.

—¿Cómo es la casa de Costa?

—Mejor de lo que pensaba. Es un buen hombre, es dulce con Jack.

—¿Le has preguntado por Elise?

—No —susurré, mirando fijamente la puerta—. Todavía no. Me da miedo sacar el tema.

—Tienes que hacerlo. Estás pasando algo por alto.

—¿Por qué dices eso?

Dudó. —Bueno, es solo que... tu hermana. Estaba intentando con todas sus fuerzas salir adelante aquí. Dijiste que trabajaba de camarera.

—¿Y qué pasa con eso?

—El sueldo de una camarera no puede pagar un apartamento de dos habitaciones en Boston. ¿Nunca te has preguntado cómo se las arreglaba con todos esos gastos con un solo trabajo? Esta ciudad no es barata.

Yo *sí* me lo había preguntado.

Un escalofrío recorrió mi espalda. —¿Crees que me mintió?

—Cariño, no lo sé. Esta es mi opinión, pero tiene que haber algo más en esta historia. Quizás es hora de que mires un poco más de cerca. Investiga qué mantenía la vida de Elise aquí.

Becky cambió de tema para quejarse largamente de su marido, pero desconecté. Me latía la cabeza. Si yo no podía permitírmelo con tres trabajos, ¿cómo se las arreglaba ella con *uno*?

—En fin, tengo que irme. Mi marido necesita que haga magdalenas para un evento corporativo. ¿No te encanta cuando te apuntan para hacer cosas sin tu permiso?

—Claro, hasta luego.

Colgué, aturdida.

La puerta se abrió. Achille entró tranquilamente. Se acercó a mí, con una media sonrisa tirando de sus labios.

—¿Con quién hablabas?

Fruncí el ceño. —Con la amiga con la que quedé en la cafetería. Estaba en el baño mientras ocurría todo y quería comprobar que estaba bien.

—¿Está bien ella?

—Sí, está bien.

—Pareces preocupada.

Dudé. —Solo tengo muchas cosas en la cabeza, eso es todo.

Mientras me arrastraba a sus brazos, esa sensación tumultuosa me barrió los pies. Mirarlo era desorientador, como un resaca amenazando con arrastrarme hacia abajo. Me aferré a él, enterrando mi cara en su pecho.

Pregúntaselo.

La verdad podía ser peligrosa. ¿Y si no me liberaba? Indagar más podría lastimarme, y mi pobre corazón no podía soportar otro golpe.

Tenía sentimientos por él. Sentimientos profundos, absorbentes, salvajes. Esto no era una suave deriva hacia el afecto. Quería sacrificarlo todo para estar con él. Me dejaba sin aliento. Cada mirada y caricia compartida ataba mi alma más cerca de la suya.

Él me acarició la espalda. —¿Qué ocurre?

—*Nada*.

Siempre había sido una pésima mentirosa. Elise decía que mi cara era más fácil de leer que las tiras cómicas del domingo. Mamá podía decir que tramaba algo malo con solo mirarme.

Su expresión se nubló mientras se apartaba.

—¿Hay alguien esperándote en Tennessee?

Parpadeé. —¿Como quién?

Sus ojos relampaguearon. —Un novio.

No hay nadie más que tú. —¿Y si lo hubiera?

Sonrió. —Si os pillara juntos, le cortaría la garganta y te haría beber su sangre del suelo.

Sus palabras enviaron una oscura emoción a mi vientre.

Suspiré. —Bueno, esa es una forma de asegurarte de ser el único hombre en mi vida.

—No estoy bromeando.

—Sabes, en casa, lo resolveríamos con un tradicional duelo de aguardiente casero. El perdedor se marcha, sin derramamiento de sangre necesario.

—Puedo aguantar el alcohol mejor que cualquiera de Tennessee.

—¿Es eso un desafío, señor Costa? Nuestro aguardiente no es para los débiles de corazón. Ha tumbado a muchos hombres fuertes.

Se inclinó hacia mí. —Parece que no puedo echarme atrás. Pero cuando gane, me deberás un baile bajo las estrellas, aquí mismo en la ciudad.

La imagen de bailar con Achille bajo un cielo estrellado, aunque fuera más contaminación que estrellas, me hizo sonreír como una tonta.

—¿Y si gano *yo*?

—Te prepararé la mejor cena italiana que hayas probado nunca, y añadiré una botella de buen vino.

—Qué suerte la mía, ganaré de todas formas.

Me tomó por los hombros, y su dulce sonrisa hizo que mi corazón diera un vuelco. —Casémonos este fin de semana.

Parpadeé. —¿Qué?

—El sábado. Iremos al juzgado.

Me quedé mirándole boquiabierta. —*No*. Nuestra fiesta de compromiso es dentro de unos días. ¿Qué dirá la gente si nos adelantamos?

—No me importa.

—Pues a mí sí. Voy a casarme con tu familia. No pensarán bien de nosotros si nos fugamos.

—Lo superarán.

—¡Mi madre no lo hará! Estará muy disgustada. Ya ha pedido días libres en el trabajo. Además, hemos reservado el local y pagado por la iglesia.

—Haremos lo de la iglesia —murmuró con voz ronca, arrinconándome contra el escritorio—. Pero quiero un documento legalmente vinculante que diga que eres mía lo antes posible.

Mi pulso se aceleró. —¿Por qué tanta prisa?

—Porque... sin él, no estás completamente protegida.

—¿Protegida o controlada?

Achille se tensó. —¿Piensas que soy controlador?

—No sé qué creer. Elise está muerta, y ayer, casi me uno a ella. Y ahora estás hablando de deshacer semanas de planificación por un capricho.

—No es ningún capricho.

—Quiero las flores, Achille. El vestido, nuestras madres en primera fila, llorando. Caminar por el pasillo con las canciones de mi hermana. Quiero nuestra comida y música favoritas, y cuando saquen la tarta, tú me darás un pequeño trozo. Es lo que siempre he soñado.

—Tendrás todo eso después de que nos casemos.

Di una patada en el suelo. —Me voy a casar *en una iglesia*, y es mi última palabra.

Se sumió en un silencio malhumorado, mirándome con el ceño fruncido.

—¿Por qué sacas este tema ahora?

Gruñó. —Si te escapas con Jack, no puedo llamar a la policía. No tengo nada que me vincule con mi hijo.

—No será así por mucho más tiempo. —Le tomé la mano, y su mirada se suavizó—. Si esto va a funcionar alguna vez, tenemos que confiar el uno en el otro. ¿Verdad?

—La confianza es más importante para mí que cualquier otra cosa.

—Lo sé. *Te prometo* que puedes confiar en mí.

Deslizó su dedo bajo mi barbilla. —Dos semanas. Luego estarás en el altar, jurando tu lealtad hacia mí.

Tragué saliva con dificultad, asintiendo.

Su mirada me taladraba, enviando una amenaza que se clavó en mi corazón. ¿Por qué quería acelerar la boda? ¿Estaba ocultando algo? Pero entonces sus labios cayeron sobre los míos, más suaves que el plumón, y las preguntas se desvanecieron.

VEINTINUEVE

VIOLET

Al día siguiente, me sumergí de lleno en la planificación de la boda.

Achille y su madre contrataron a un coordinador de eventos, pero necesitaba mi aprobación para los arreglos florales, el plan de mesas, el menú. ¿Quería una escultura de hielo con nuestras iniciales? *No*. ¿Dónde tendríamos la cena de ensayo? *En algún sitio con comida sureña*. ¿Me gustaría tener un videógrafo? *Sí*.

Y por si fuera poco, mi futura suegra no paraba de añadir más trabajo. Insistía en enseñarme a cocinar los platos favoritos de Achille. Apenas tenía tiempo para sentarme. Trasladé mis cosas al dormitorio de Achille y no protesté cuando me llamaba *Bumpkin*. Sonaba como *pumpkin*, lo cual era adorable, y me gustaba cómo salía de su lengua.

Cuando podía, me llevaba a citas, me cubría de flores y me exhibía como si fuera un trofeo. Por la noche, Señor, ese hombre tenía formas de hacer que una mujer olvidara su propio nombre. Mi final feliz estaba a la vuelta de la esquina. Pero se aferraba a mí con fiereza, como si me fuera a escapar si parpadeaba demasiado tiempo.

Y cuando salía, los guardaespaldas me seguían a todas partes. Dos hombres gigantes que se me pegaban como gachas a una sartén de hierro. Achille explicó que era una medida de seguridad necesaria.

¿Lo era? ¿O estaba evitando que huyera?

La confianza era tan escasa como un día fresco en agosto.

Estaba en una pequeña boutique, sosteniendo una copa de champán. Las hermanas de Achille estaban sentadas en un elegante sofá de cuero blanco. Su hermana menor, Elena, una chica de carácter dulce con un sencillo vestido negro, descansaba junto a Sabrina, toda engalanada con un conjunto glamuroso. Las garras perfectamente manicuradas de Sabrina golpeaban su copa.

Sostuve un vestido de línea A. —Este es precioso.

Elena sonrió radiante. —¡Oh, a mí también me gusta!

Sabrina emitió un sonido sin entusiasmo, provocando una oleada de calor en mí. Todo el día había estado mordaz.

—Se me olvidó mencionar que voy a organizar la cena del domingo este fin de semana —dijo Elena, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Es una tradición en nuestra familia. Espero que tú y Jack podáis venir.

La idea de un compromiso más apretó el tornillo alrededor de mi garganta, pero sonreí.

—Tendré que comprobar la agenda, pero suena encantador.

Sabrina me miró. —Nos turnamos para ser anfitriones. ¿Te parece bien?

—Claro, hacía eso en casa. Mis primos y yo nos alternábamos los fines de semana. Todo el mundo venía. Yo cocinaba bagre frito, maíz, guisantes dulces, biscuits de suero de leche.

—Deberías aprender algunos platos italianos —dijo Sabrina con desdén—. Nadie en nuestra familia comerá *eso*.

El calor me subió por el cuello. —Tu sobrino lo hace.

El labio de Sabrina se curvó, pero Elena le dio un codazo. —Oye, no hay necesidad de ese tono. La cocina de Violet es maravillosa. Será un cambio refrescante.

—Hablando de eso, espero que estés preparada para el escrutinio que conlleva formar parte de la Familia. Debes ser consciente de cómo te comportas en nuestros círculos. —La mirada de Sabrina me taladró, pero me mantuve callada—. Mira, he visto a muchas chicas ir y venir en la Familia. Algunas creen que pueden entrar bailando y

todo se ajustará a ellas. No entienden el peso de nuestras costumbres.

Se me erizó el pelo. —No voy a deshacerme de ellas. Solo estoy siendo yo misma dentro de ellas.

—Eso podría no ser suficiente —espetó Sabrina—. ¿Crees que el pollo con dumplings te ayudará a encajar?

Elena puso los ojos en blanco. —Relájate, Brina.

Sabrina me fulminó con la mirada. —La cena del domingo no es una reunión informal. Discutimos de negocios. Es algo serio, ¿y cuándo han comido nuestros abuelos algo que no sea italiano?

No sabía en quién confiar. Sentía que me había metido en unos zapatos demasiado grandes. En casa, las cenas familiares trataban sobre quién horneaba el mejor pastel o qué primo pescaba el pez más grande.

—Respetar las tradiciones funciona en ambos sentidos —gruñí—. Estoy dispuesta a aprender, pero eso no significa que tenga que renunciar a la comida con la que crecí. Es quien soy.

Elena rellenó su copa, y luego la de Sabrina. —No nos matará comer algo diferente de vez en cuando.

—También necesitarás familiarizarte con las fundaciones benéficas de la Familia —mencionó Sabrina entre sorbos de champán—. Hay varias galas a lo largo del año a las que se espera que asistas.

—Estoy segura de que me las arreglaré —murmuré.

Sabrina sonrió con frialdad. —Las esposas de la familia Costa están sujetas a un cierto estándar. Es importante que lo entiendas.

—¿Qué quieres decir?

Sabrina ladeó la cabeza. —Estos eventos son de alta clase. Estarás mezclándote con CEOs, políticos y otros jefes. No puedes ser demasiado... bueno, tú misma.

—*Brina* —reprendió Elena.

Sabrina se encogió de hombros. —¿Qué, se supone que debo mentirle?

¿Acaso ella no había crecido pobre? Necesitaba superarlo. La irritación calentó mi piel mientras fingía revisar los vestidos, con los labios bien cerrados.

Sabrina dejó su copa a un lado. —Todo el mundo es demasiado educado para decirte la verdad, así que te lo aclararé. Hay un estándar que mantener, y no se refleja en el encanto rural.

Elena se sonrojó. —Dios, Sabrina. Ya basta.

—Cómo nos presentamos refleja a la Familia. Ella destacará como un pulgar dolorido.

Eso dolió.

Golpeé una percha de vuelta al estante, enfrentándola. —Puede que no me vea como todos los demás, pero tengo algo mejor. Respeto por las personas, sin importar de dónde vengan. Pensé que vosotras apreciaríais eso, pero estaba equivocada.

—No te lo tomes como algo personal. Solo intento advertirte.

—Que Dios bendiga tu corazón por preocuparte tanto por cómo encajo en tu mundo de alta clase. Pero de donde yo vengo, valoramos el alma de una persona, no el código postal donde creció. Y, dado que tu hermano parece bastante encantado con mi "encanto rural", creo que me las arreglaré perfectamente. En cuanto a destacar, prefiero ser un pulgar dolorido fiel a sí misma que una mano perfectamente manicurada que ha perdido su agarre con la realidad.

El aire se heló. Elena parecía desear que la tierra se abriera y se la tragara. Sabrina me dedicó una sonrisa. —Los forasteros no duran en esta vida.

Elena palideció. —*Brina*.

Me puse una gran sonrisa falsa. —Gracias por la orientación, de verdad. Pero si estamos hablando de estándares, quizás deberíamos añadir la amabilidad y la comprensión a la lista. No vendría mal recordar que todos estamos intentando hacer lo mejor posible aquí.

Sabrina se levantó, un movimiento elegante pero cargado de desdén. —A veces, eso no es suficiente. Tienes que encajar. Y ahora mismo, no estoy convencida de que alguna vez lo logres.

—Basta —espetó Elena—. Este no es el momento ni el lugar. Se supone que debemos ayudar a Violet, no hundirla.

—Me voy —dijo, poniéndose la chaqueta—. Disfrutad vosotras. Que tengas un buen día, Violet.

Sin decir una palabra más, salió como un vendaval de la boutique.

Solté un suspiro tenso mientras ella se dirigía al coche. Elena soltó una disculpa atropellada y corrió tras Sabrina. Me volví hacia el mar de vestidos blancos. Nunca sería una de ellas. Sabrina pensaba que yo era una especie de broma, solo porque venía de otro lugar.

Volví a casa, desanimada. El viaje fue como un borrón, mis pensamientos girando más rápido que las ruedas sobre el pavimento. Los mensajes de Achille hacían pitar mi teléfono, pero no los leí. Necesitaba espacio.

El silencio me envolvió como una manta. Jack estaba en una cita de juegos. La casa parecía hacer eco de mis dudas. Mientras me sentaba en la mesa de la cocina, mi fachada se desmoronó. Las lágrimas que había contenido se desbordaron. ¿Cómo encajaría en un mundo que tenía su propio lenguaje? ¿Donde mi acento, mi educación e incluso mi cocina se veían como pintorescos en el mejor de los casos?

Elise había encajado. Mi conversación anterior con Becky centelleó, un recordatorio persistente de mis preguntas sin respuesta sobre la vida de Elise. ¿Cómo se podía permitir un piso en esta ciudad?

Ya es suficiente.

Marché hacia el despacho. Abrí mi portátil en el escritorio. Después de iniciar sesión en la cuenta bancaria de mi hermana, descargué sus extractos y examiné registros de hace cuatro años. Varios meses destacaban.

Mientras miraba los números, los recuerdos de Elise inundaron mi mente. Noches llenas de su risa, sueños tan grandes como el horizonte de Boston. La hermana que perseguiría estrellas conmigo no me mentiría. Sin embargo, aquí estaba, mirándome a la cara.

Mi mano temblaba mientras desplazaba transacciones que no tenían sentido. Grandes sumas de varias empresas. Tragué saliva, leyendo los números de cuenta. Rebusqué en un cajón y agarré el talonario de Achille. Los números coincidían.

Mi corazón se hundió.

¿Le estaba dando dinero?

La traición, fría y afilada, me atravesó. ¿Cómo podía ocultarme esto? Me desplomé en la silla mientras todo lo que había construido con Achille se tambaleaba. ¿Por qué no me diría que transfería a mi hermana *cuatro mil dólares* al mes? Estaba ocultando algo.

Por eso había intentado apresurar la boda.

Mi confianza en él se dispersó, tan frágil como un diente de león en el viento. Cada dulce susurro que compartimos aquella noche en la cabaña... ensombrecido por mentiras. Las lágrimas surcaban mis mejillas.

La habitación se cerró sobre mí. Mi prometido tenía secretos relacionados con mi familia. Secretos que asfixiarían mi amor por él.

Necesitaba desentrañar la mentira. Pero ¿qué encontraría si seguía tirando del hilo?

TREINTA

ACHILLE

—¡Mira, papá, el tren va rápido!

Sonreí. —Sí que va, campeón.

Estábamos sentados en un reservado de una hamburguesería. Jack ya había devorado su comida. Yo picoteaba mis patatas mientras él hacía circular su tren de juguete por caminos imaginarios, con efectos de sonido incluidos. Llevaba ese juguete a todas partes. Cuando yo era pequeño, no tenía juguetes. No podíamos permitírnoslos. La iglesia organizaba campañas de juguetes, pero mi padre, obsesionado con guardar las apariencias, nunca nos dejaba aceptar "limosnas". Así que todo lo que tuve fue un peluche, un conejo con botones por ojos.

Una vez, Romeo se compró unos zapatos nuevos. Buenos. De piel italiana. Había estado ahorrando durante semanas. Estaba muy orgulloso de ellos. Papá no dijo ni una palabra. Se levantó del sofá, cogió los zapatos de Romeo y los cortó a trozos con unas tijeras. Sin ninguna puta razón. Siempre era así. Todo lo que hacía o nos dejaba llorando o nos hacía hervir de rabia impotente. El día que murió, nunca me había sentido más libre. No podía ser eso para Jack.

Agarré una servilleta y limpié sus mejillas manchadas de kétchup. —Vale, pequeñajo. Vámonos.

Salimos del reservado y caminamos hacia fuera. Jack se soltó de mi mano, adelantándose a saltitos. Me apresuré para seguirle el ritmo. Tenía la mala costumbre de cruzar las calles solo. Tenía que

cortarlo de raíz. Paseamos hasta el parque. Él corrió hacia los columpios mientras yo me sentaba en un banco.

Mi bolsillo vibró y abrí el teléfono.

—¿Diga?

—Killie, la prueba del vestido ha sido un desastre —respondió Elena, llorando—. Lo siento. Intenté arreglarlo... Brina... qué imbécil.

Apenas la entendía entre los sollozos. —Ve más despacio. No te entiendo.

Lo de crecer con cuatro hermanas es que te metían en sus dramas, te gustara o no. Cuando éramos adolescentes, solían preguntarme qué significaba un mensaje de texto de algún chico.

Muchas veces les había dado palmaditas en la espalda mientras lloraban por una ruptura. Y ellas también me habían apoyado. Incluso cuando mis decisiones nos llevaron por caminos más oscuros de lo que anticipábamos. Pero oír a Elena sollozar por teléfono tocó una fibra más profunda que las simples disputas por chicos.

—Brina lo ha *estropeado* todo.

Apreté los dientes. —¿Qué ha hecho Brina?

—Ella... se ha enfrentado a Violet en la tienda de vestidos. Ha dicho cosas que no debería. Ha sido... ha sido horrible. Violet está disgustada, y Sabrina se ha marchado furiosa.

Un frío pavor se instaló en mi estómago. El genio de Sabrina podría derribar un rascacielos, pero esperaba que no fuera una zorra con mi prometida. Busqué a Jack en el parque. Estaba jugando al pilla-pilla con otros niños.

—¿Qué le ha dicho?

—Algunas tonterías sobre que no es lo suficientemente buena y que no encajará en la familia.

Joder. —Hablaré con Brina.

—Estoy casi segura de que Violet nos odia a las dos —gimió—. Lo siento, Killie. No... no sé qué decir.

Una voz aguda dirigió mi atención hacia Jack. Había acorralado a un niño de la mitad de su tamaño contra un tobogán, con los puños apretados.

Colgué mientras Jack le gritaba al niño en la cara. El chico más pequeño se quedó paralizado, con los ojos como platos. Intentó escapar, pero Jack lo empujó hacia atrás.

Corrí hacia ellos. —¡Jack, *no*!

Los brazos de Jack cayeron a los costados mientras se giraba hacia mí, frunciendo el ceño. El niño se escabulló y corrió hacia su madre. Le hice un gesto con la mano y una sonrisa de disculpa.

Luego me arrodillé frente a Jack. —¿Qué crees que estás haciendo?

—Se ha quedado con mi tobogán —dijo Jack, con un tono hosco en sus palabras.

—¿Tu tobogán? Pertenece a todos.

Hizo un puchero. —Era *mi* turno.

Le sujeté por los hombros. —Jack, no empujamos a la gente.

Bajó la mirada. —Solo estaba jugando.

—Jugar no es así. Esto es intimidar, y es algo que nunca hacemos. ¿Entendido?

Asintió. —Sí, papá. Lo siento.

Lo abracé. —Somos los buenos. Protegemos, no asustamos.

Mi corazón martilleaba mientras reproducía el incidente en mi mente. Mi hijo de tres años estaba dispuesto a golpear a otro niño. ¿Era eso normal? ¿O era un reflejo de la vida que yo llevaba?

Mientras caminábamos a casa, Jack parloteaba sobre todo menos sobre el enfrentamiento. Él ya lo había superado, pero yo no. Veía un futuro que no había considerado hasta ahora, donde Jack no jugaba con trenes sino que quizás... seguía las vías que yo había trazado sin darme cuenta.

Ni de coña.

Me esforzaría más. Sería mejor. Mis decisiones no lo definirían a él.

Me aseguraría de ello.

TREINTA Y UNO

VIOLET

El restaurante zumbaba con la calidez de familia y amigos reunidos para celebrar nuestro futuro juntos. Jack estaba sentado en una silla, todo un apuesto caballerito con un traje que reflejaba el de su papá. Rodeado por las hermanas de Achille, absorbía toda la atención. Lo mimaban, le daban bocados y jugaban al pillapilla alrededor de las mesas; un espectáculo que debería haberme hecho ansiosa por unirme. En cambio, estaba fuera. Las estrellas brillaban en lo alto. Fingí que una era Elise.

—Hola, hermana. La vida nos lanzó una bola curva más grande que las que el señor Jenkins tiraba en nuestros juegos de patio. Ojalá pudiera hablar contigo. Espero que estés en paz, cantando con los ángeles y haciéndole compañía a Patsy Cline.

Aquellos extractos bancarios me habían desconcertado, removiendo dudas sobre mi prometido. La relación de Achille con Elise era mucho más enredada de lo que él había dejado entrever.

Ardía como sal en una herida fresca.

¿Quién era él, realmente? Me había mentido sobre Elise. Afirmó que su relación era casual cuando le había enviado miles. ¿Qué significaba eso? ¿Eran los pagos prueba de un vínculo más profundo que cualquier cosa que él y yo compartíamos? ¿Realmente dejó ir a Elise, o yo era simplemente un reemplazo de lo que ellos tenían?

Tenía que enfrentarlo. Hacer preguntas.

Pero algo me decía que odiaría sus respuestas.

Un dolor salvaje me atravesó al imaginar las consecuencias. Era tan injusto. La verdad importaba, sí, pero también el amor. El amor nos unía. El amor por Jack mantuvo mi corazón latiendo cuando el asesinato de Elise lo rompió. No podría sobrevivir a otro golpe.

—Te estás perdiendo tu fiesta.

El suave barítono de mi prometido flotó en el aire. Detrás de mí, Achille salió a la terraza, su silueta bloqueando la cálida luz del interior. Sus ojos me bañaron con admiración.

Me estremecí.

Nadie me había mirado jamás como si fuera la única en la habitación. Hacía difícil recordar por qué estaba enfadada con él. Cuando sonreía, una parte de mí se derretía. Los secretos no cambiaban que sus brazos se sintieran como mi hogar.

Un hormigueo invadió mi estómago. —¿Cuánto tiempo llevas observándome?

—¿Contando las semanas que me estuviste siguiendo? No mucho.

Levanté las manos. —Culpable.

Deslizó un brazo alrededor de mi cintura. Su suave tacto desató calor dentro de mí. —¿A Elise le gustaba Patsy Cline?

—Sí, le gustaba. "Crazy" era su elección habitual para el karaoke. Decía que era la única canción de amor que lo entendía bien.

—Yo prefiero a Sinatra. El hombre sabía cantar sobre el amor sin que sonara como una enfermedad terminal.

Sonreí. —¿Qué dice eso sobre mis canciones, entonces?

La sonrisa de Achille se suavizó. —Tu música es otra cosa. Una vez que está en tu sangre, no puedes vivir sin ella.

—Entonces, ¿le doy competencia a Patsy Cline?

—Sin duda.

Me reí. —¿Lo dices en serio, o estás intentando tener suerte?

Su devastadora sonrisa me obligó a contener la respiración. Besó el punto sensible detrás de mi oreja, y un hormigueo recorrió mi piel. —Quizás nos escribas una canción.

—Cuando esté lista, serás el primero en escucharla.

Me besó de nuevo. —¿Qué haces aquí fuera?

—Disfrutando del aire libre.

—¿No tienes frío?

—Un poco —admití, apoyándome en su calor—. No es nada, sin embargo. Me recuerda a casa, estar en el porche en otoño, observando las estrellas.

—¿Cómo era allí?

—Sencillo, supongo. Mi mamá me mandaba a recoger flores silvestres de los campos detrás de nuestra casa. Decía que eran la decoración de Dios, destinadas a ser llevadas adentro.

—Bonito.

—Sí, y estaban las noches de verano, atrapando luciérnagas. Mi hermana y yo corríamos con frascos, capturando tantas como podíamos antes de acostarnos. Creíamos que cada una era una estrella caída, que recibía una segunda oportunidad para brillar en la tierra.

Sonrió.

—Iglesia por la mañana todos los domingos, luego una gran cena familiar. Todos venían. Teníamos pollo frito, puré de patatas y judías verdes recogidas del jardín.

—Suena perfecto.

—No estaba exento de problemas. La vida en un pueblo pequeño. La gente conocía tus asuntos, y si no los conocían, se los inventaban. Mi mamá trabajaba en dos empleos, tratando de mantenernos a flote después de que mi papá se fuera. No podría ser más diferente de todos en esta fiesta.

Achille se inclinó hacia adelante, sus labios rozando mi mejilla. —Encajarás. Te lo prometo. Y en cuanto a las luciérnagas, encontraremos las nuestras para perseguir aquí.

Sus dulces palabras envolvieron mi corazón en seda. Todo en este hombre me hacía creer en cuentos de hadas. ¿Era sincero en algo de esto?

Achille trazó círculos perezosos en mi espalda. —Tenemos que entrar. La gente pensará que hemos abandonado la fiesta para

fugarnos.

—Supongo que no estaría bien que los invitados de honor se perdieran su fiesta. Especialmente cuando la mitad de ellos han venido hasta aquí para verte tan elegante.

Resopló. —¿Y la otra mitad?

—Tienen curiosidad por saber si cambiarás de opinión sobre mí.

Me atrajo más cerca. —Ni hablar.

—¿Ah, sí?

Su otra mano acunó mi barbilla, inclinando mi rostro hacia el suyo. —Me perteneces, siempre.

Tragué con fuerza. Su posesividad debería haberme estremecido, pero no pude estabilizar mi pulso errático.

Enrollé mis dedos alrededor de los suyos. —Achille...

—Te ves increíble. Te quiero ahora mismo.

Me estremecí. —*¿Aquí?*

—Donde sea.

Un peligroso calor burbujeó en mi interior.

—Nos verán —susurré.

La risa baja de Achille vibró a través de mí. Sus labios trazaron un camino desde mi oreja hasta mi cuello, enviando escalofríos en cascada por mi columna.

—*Kill*.

Gruñó. —Te empujaré contra la pared y chuparé tu bonita lengua. Quizás también tu coño.

Sus palabras vulgares me lamieron entre los muslos.

Mis mejillas ardieron. —Me darás una conmoción cerebral de tanto desmayarme.

—En ese caso, tendré que atraparte cada vez.

Le di un empujón juguetón. —Pórtate bien.

—No puedo cuando estoy contigo.

—Oh, ¿así que es culpa mía?

Sus ojos se oscurecieron. —Te mostraré de quién es la culpa cuando lleguemos a casa.

Señor.

Cogió mi mano y se la llevó a la boca. Sus labios se presionaron contra mis nudillos, mientras el calor ya se arremolinaba en mi interior. Este hombre no estaba jugando. Había ocultado la verdad para *reclamarme*.

Mi corazón roto se resquebrajó un poco más.

Frunció el ceño, bajando mi muñeca. —¿Qué ocurre?

Necesitaba saber qué le había pasado a mi hermana. Aunque eso nos destrozara.

La puerta se abrió.

Santino salió, sosteniendo una copa con líquido ambarino. —¿Robando un momento lejos de la locura?

Nos separamos, un destello de decepción cruzó el rostro de Achille. Se recompuso mientras encaraba a su hermano. —Más bien tomando un respiro de mamá.

—Felicidades, hermano.

—Gracias.

Se abrazaron. Santino le susurró algo al oído a Achille, y este sonrió. Santino le dio palmadas en la espalda.

—Mamá será una pesadilla. Ahora me está presionando a mí con lo del matrimonio. *Tu hermano pequeño tiene una prometida* y *un bebé* —dijo con voz aguda—. *Tú ni siquiera tienes novia.*

Achille se encogió de hombros.

La sonrisa de Santino se suavizó. —Me alegro por ti, Kill.

—*Salute*.

Chocaron las copas y bebieron. Rellené mi copa de champán con la botella que había sacado a escondidas. Me la bebí de un trago, tambaleándome. No planeaba emborracharme, pero con todo lo que estaba pasando, ¿cómo no hacerlo?

Achille me quitó la copa de las manos. —Ve con calma.

—Vamos, Kill. Deja que la chica celebre. No todos los días te comprometes con un Costa.

Aparté el mareo. —Es abrumador.

Santino dio un sorbo a su bebida, clavando sus ojos en los míos. —Esta familia tiene ese efecto en los de fuera.

La mano de Achille se tensó a mi alrededor. —Violet es más fuerte de lo que parece. Puede manejarlo.

¿Puedo? Tenía mis dudas.

Santino se dio una palmada en la frente. —Joder, se me olvidaba. Romeo quería hablar contigo de algo. Dice que es urgente.

—¿De qué se trata? —preguntó Achille.

—No lo sé.

Achille se volvió hacia mí. —Vuelvo enseguida.

—Tómate tu tiempo —le gritó Santino—. Yo haré compañía a tu futura esposa.

No. No me dejes.

Los dedos de Achille me pellizcaron la mejilla, y luego se dirigió al interior, dejándome con una presencia aún más oscura.

TREINTA Y DOS

ACHILLE

Yo era diferente.

Desde el día en que el viejo jefe, Nico, señaló a un hombre atado a una silla y me entregó unos alicates, lo supe. Recuerdo sentirme nervioso, un poco enfermo, pero se me pasó rápido. ¿Ahora? Me conectaba con las personas que masacraba igual que con una hamburguesa de Burger King.

¿Siempre fui así? ¿Nací de esta manera? ¿Mi madre me dejó caer de cabeza cuando era un bebé? Ni idea. Mi cerebro no funcionaba bien, y mi mayor temor era transmitirle eso a mi hijo.

Jack corría en círculos alrededor de la mesa, riendo como un maníaco. Lo atrapé y lo subí a mi cadera. Su cara estaba roja brillante, una señal de advertencia.

—Mírate, vestido como un pequeño jefe —bromeé, alisando su cuello.

—¿Como tú, papá?

—No, colega. Nunca serás como yo. Papá limpia desastres con los que nadie debería lidiar jamás.

Jack frunció el ceño. —¿Por qué?

—A veces tenemos que hacer cosas difíciles para que nuestra familia esté a salvo. Yo limpio para que tú puedas hacer lo que quieras cuando crezcas. Quizás seas médico, ingeniero o astronauta. Cualquier cosa.

—¿Un dinosaurio?

Me reí. —Claro.

—¿Por qué te ríes?

Le besé la mejilla. —Me haces reír, cariño. Eres el mejor. Mi niño perfecto. Te quiero.

Jack rió. —Te quiero. ¿Puedo tomar helado?

Manipulador astuto. —Solo si prometes compartirlo conmigo. ¿Qué sabor quieres?

—Pis-ta-cho.

—¿Pistacho? ¿No chocolate?

—Es un guido de pies a cabeza —dijo Romeo, que se deslizó hasta la mesa.

—Eso parece —asentí, mirando a Jack—. Pistacho será, entonces.

Romeo llamó al camarero y, minutos después, devorábamos un pequeño cuenco de helado verde. Mientras saboreaba el gusto, imágenes de una violenta pelea en una cocina cruzaron mi mente. Después de un par de bocados, dejé la cuchara.

A mi lado, Romeo me lanzó una mirada significativa. Inclinó la cabeza hacia la barra. Revolvió el pelo de Jack y se alejó.

Dirigí mi atención a Elena.

—Oye, ¿me lo vigilas?

Elena se levantó y se sentó junto a Jack.

Los dejé y me dirigí a la barra. Tomé el sitio con vista a las ventanas mientras Romeo tamborileaba con los dedos en la barra. Esto no debería ser sobre un trabajo.

—¿Qué pasa?

—Pensé que querrías saber lo que el jefe planea hacerles a los Animals. Va a atacarles fuerte esta noche. Será un baño de sangre. Se lo pensarán dos veces antes de volver a tocarnos.

—Bien. La violencia es el único lenguaje que entienden.

Romeo asintió. —¿Dónde está Brina?

—La última vez que la vi, estaba enfurruñada en un rincón. Está enfadada conmigo.

—Sí. Me he enterado. De eso quería hablarte.

¿Sigue llamando a su hermano mayor para quejarse de mí?

Me enfurecí. —¿Qué te ha contado?

—Que fuiste a su trabajo y la regañaste. Sus compañeros tuvieron asiento de primera fila para vuestra discusión a gritos.

—¿Y? ¿Me estás sermoneando por defender a mi prometida?

—No estoy aquí para darte un sermón —dijo, sus ojos afilados desnudándome—. Estoy señalando que has cambiado.

Mi amenaza hacia ella resonó: *si te pasas de la raya con Violet, seas familia o no, me responderás a mí*.

Me encogí de hombros. —Tuve que cambiar.

Me miró fijamente. —No, no tenías que hacerlo.

—Tengo un niño de tres años que espera ver a su padre en la cena.

—No me refiero a que renuncies a tu tiempo libre, Kill. Tus prioridades ya no están con nosotros. Están con *ellos*.

Mi corazón latía con fuerza. Desde que ella se mudó, evitaba trabajos que me hicieran perder la hora de la cena. Le daba el beso de buenas noches a Jack, le hacía cosquillas para hacerlo reír, y construía vías de tren hasta que me dolía la espalda. Mi mundo giraba en torno a él.

Y a Violet, le daba todo lo que pedía. No exigía nada a cambio porque ella me mantenía alimentado. Físicamente, satisfacía mis necesidades. Cada noche. A veces, toda la noche. Después, nos acurrucábamos, y era agradable. Me gustaba.

—¿Y qué? —mascullé, mirándole—. ¿Por qué tengo que estar a disposición de la Familia?

Alzó una ceja. —Querías un ascenso.

Cierto. —Estoy demasiado ocupado para eso.

—¿Así que has terminado, sin más?

Odiaba estas preguntas. —Ahora mismo tengo asuntos más urgentes. Voy a casarme. Estoy enseñando a mi hijo a no acosar a otros niños. Y estoy buscando al hombre que mató a Elise.

Chasqueó la lengua. —Pensaba que ya lo habías hecho.

—Era un matón contratado. —Suspiré—. Quienquiera que sea, lo encontraré. Contratar a un aficionado como Xaden fue una movida

de principiante. Le pagaron a través de una S.L. El director general es Travis Wilson.

Romeo frunció el ceño. —¿Wilson?

—Sí. Un tipo de cuello blanco. Iba a preguntarte si has trabajado con él.

—No creo.

Asentí. —Y lo más extraño es que desapareció unas semanas después de la muerte de Elise.

Romeo bebió profundamente. Las gotas de sudor en el cuello de mi hermano destacaban como un sarpullido ardiente. También los nudillos blanquecinos que agarraban su vaso.

Le observé. —¿Qué ocurre?

Romeo rellenó su vaso, encogiéndose de hombros. —El nombre me sonaba familiar. Podría ser un tipo de los suelos.

—No, es una empresa de construcción.

—No... —Se interrumpió, su mirada pasando por encima de mi cabeza. Sus pupilas se contrajeron. Entonces dejó el vaso con fuerza —. ¿Qué hace *ella* aquí?

Me di la vuelta. —¿Quién?

—Mi ex —balbuceó, señalando a una rubia alta—. ¿Cómo ha entrado?

Se movió detrás de una pared antes de que pudiera verle la cara.

—¿La invitaste tú?

Todavía miraba boquiabierto el lugar donde había desaparecido. —No, joder, no la invité.

Así que se coló en mi fiesta. —Vaya, eso es atrevido.

—He cortado con ella —gruñó—. Dos veces. ¿Y ahora me está acosando?

Me encogí de hombros. —Creía que te gustaban las impredecibles.

Sus ojos echaban chispas mientras se deslizaba del taburete. —Lo siento por esto. La echaré.

Romeo marchó hacia la mujer, que había vuelto a aparecer. Becky, la amiga de Violet, rebuscaba en un plato de aperitivos.

Romeo se detuvo frente a ella. Intercambiaron palabras tensas. Romeo hacía gestos exagerados con las manos. Luego la agarró de la muñeca y la arrastró por el restaurante. Ella se zafó de su agarre y corrió hacia el baño de señoras.

Romeo se quedó fuera, fulminando la puerta con la mirada.

Un nudo candente me oprimió la garganta.

¿Estaba saliendo con la amiga de Violet?

TREINTA Y TRES

VIOLET

Santino se alzaba sobre mí.

A diferencia de Achille, él era todo aristas duras, con una mandíbula afilada como una navaja. Un traje azul marino oscuro envolvía su corpulenta figura, con la chaqueta abierta sobre una camisa de color crema. Dos anillos brillaban en sus dedos. Su mirada marrón espresso se posó en mí. ¿Veía a una nueva incorporación a la familia? ¿O a una mujer fuera de su elemento?

Me sentía como ambas cosas.

La boca de Santino se relajó en una sonrisa. —Tranquila. No estoy aquí para asustar a la prometida de mi hermano pequeño. Quiero hablar.

—¿Sobre qué?

No respondió inmediatamente. —¿Alguna vez te contó Achille que empezó a trabajar para la Familia cuando tenía catorce años?

Vaya. —Eso es muy joven.

Asintió. —Así es como funciona esto. Naces en ello, y tu camino está marcado desde el principio. Achille tenía un instinto despiadado, incluso de niño. La Familia afiló ese instinto y lo convirtió en un arma. Ha hecho mucho por nosotros.

Un atisbo de advertencia empañaba el orgullo en su voz.

—Parece que es importante.

—Lo es —afirmó Santino—. He intentado mantenerle contento, pero últimamente ha estado de mal humor. Desconectado. Diciendo

todo tipo de tonterías como que está aburrido. Quiere hacer otra cosa.

—¿Por qué no puede?

—Mi trabajo es asegurarme de que todos se mantengan en línea. —Cruzó los brazos—. Él me lo puso muy difícil hasta que usted apareció en escena. Desde que usted y Jack se mudaron, no se queja de los trabajos. Los hace como debe.

Fruncí el ceño. —¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Está feliz. Usted y el niño son las piezas que faltaban en su vida.

—No me lo creo.

—Porque no le conoce tan bien. No siempre fue así. Ha cambiado mucho. Ninguno de nosotros le había visto tan... vivo en años. De niño, era como cualquier otro, pero con el tiempo, algo en él cambió. Se volvió retraído. Oscuro. ¿Pero ahora? Hay una ligereza en él. Está en su forma de andar, en su voz. —Una sonrisa rompió su expresión estoica—. Usted ha tenido parte en sacarle de ese estado. Por eso, le debo las gracias.

Me tensé. —¿Pero?

Sonrió. —Pero espero que sea una influencia positiva. No toleraré que juegue con el corazón de mi hermano.

—Mi relación con Achille no es asunto suyo.

—Desafortunadamente, eso no es cierto. La Familia le necesita entero e ileso.

Frunciendo el ceño, di un paso atrás. —Habla de él como si fuera un robot. Como si fuera a hacer todo lo que yo quiera.

—Le tiene comiendo de su mano.

Resoplé. —Se preocupa por mí. Hay una diferencia.

—Subestima lo mucho que usted significa para él.

—¿Y eso es un problema?

—En absoluto —dijo él—. Solo quiero que *siga* feliz.

—Nunca le haría daño.

Santino me estudió durante un largo momento. —Le creo, pero entienda que somos protectores con los nuestros. La felicidad de

Achille, su seguridad... si algo las amenazara, me lo tomaría como algo personal.

La amenaza me quemó en el pecho.

Sostuve su mirada directamente. —Estoy aquí para apoyarle, no para ser su marioneta.

Sonrió con suficiencia. —Kill siempre tuvo buen gusto.

—Hablo en serio. No confunda mi colaboración con obediencia ciega. Soy su pareja. Se me tratará como tal.

Santino levantó su copa y me guiñó un ojo. —Disfrute del resto de su velada, Violet. Algo me dice que estará bien.

Mientras se giraba para marcharse, solté un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. Mi corazón latía con fuerza. *Esta familia está loca.* Esperé hasta que desapareció. Luego volví al restaurante. Me crucé con Romeo de camino al baño.

Dentro, me encontré con Becky.

—Aquí estás. Te estaba buscando... —Se interrumpió, centrando su atención en mi cara—. ¿Qué te pasa?

—Dios, todo.

Becky miró hacia la puerta. —Dime qué está pasando.

Mi labio tembló. —Tenías razón. Hice algunas averiguaciones. Encontré transacciones extrañas en los extractos bancarios de mi hermana. Estaba recibiendo pagos de Achille. Cada mes, miles de dólares.

Sus ojos se agrandaron. —¿Por qué?

—No tengo ni idea. Ahora tengo todas estas preguntas, pero me da miedo sacarlas a relucir.

—*Vaya*. ¿Quizás haya una explicación sencilla?

—Entonces, ¿por qué no lo confesaría?

Hizo una mueca. —Sí. Es un poco turbio.

—¿Un poco?

—Vale, escúchame. ¿Has considerado que podría ser más inteligente no indagar demasiado? Achille es un hombre poderoso. No querrás enfadarle. —Becky extendió la mano, tocando mi brazo —. Quiero que estés a salvo. Más que nada. Por eso te digo esto. A

veces, la ignorancia es una bendición. Por tu propio bien, déjalo estar.

—No puedo hacer eso. Es mi hermana.

—Probablemente tenía un motivo para no contártelo que no tiene nada que ver con lo que siente por ti.

—Necesito saber la verdad, sea cual sea.

—Por supuesto —me tranquilizó Becky—. Seguro que hay una excusa razonable para todo esto.

—O no la hay, y me estoy enamorando de un hombre del que no debería.

—Oh, cariño. Lo siento tanto. No puedo imaginar cómo esto puede complicar tus sentimientos hacia Achille. —Me puso la mano en el hombro—. En fin, debería irme. Me lo he pasado muy bien, pero tengo un montón de reuniones temprano mañana. Mi marido te manda saludos. Lamenta no haber podido venir.

—Gracias por venir.

Me besó en la mejilla y se marchó.

TREINTA Y CUATRO

ACHILLE

Todo está jodido.

Agarré el volante con los nudillos blancos mientras llevaba a Violet y a Jack a casa. Oscuras sospechas sobre Romeo y Becky rondaban por mi cabeza. Necesitaba preguntarle más a Violet sobre esa mujer.

Pero después de acostar a Jack, Violet se encerró en la habitación de invitados. Normalmente, trabajaba en sus canciones, tocaba la guitarra o llamaba a su madre. A veces veía la televisión conmigo. Yo cambiaba a programas de reformas de casas o *The British Bake-Off*, y ella se acurrucaba a mi lado durante horas.

Esta noche no.

Me había lanzado miradas furiosas durante la rutina de acostar a Jack. Justo cuando me besó la mejilla para darme las buenas noches, sus ojos centellearon como si se estuviera preparando para la batalla. ¿Se estaba dando cuenta de que no había escapatoria? ¿De que yo no me echaría atrás?

Había observado a Violet toda la noche. Hizo todo lo posible en la fiesta para integrarse, para sonreír y reír cuando se esperaba, pero no estaba feliz. Su beso sabía a rendición. Había asumido su decisión.

Debería haber estado encantado.

El matrimonio era el objetivo, ¿no? Pero seguía reproduciendo en mi mente a Violet hablando con las estrellas como si pudieran tender

un puente entre ella y Elise, y dolía. Joder, dolía.

Abrí la puerta del dormitorio.

Violet estaba sentada en el escritorio, garabateando en un cuaderno. Llevaba su pijama, un conjunto rosa chillón y una camiseta de tirantes sin sujetador, un atuendo que pedía a gritos ser arrancado.

Dejó el bolígrafo. —¿No sabes llamar?

Fruncí el ceño. —¿A qué viene ese tono?

Cerró el libro de golpe, metiéndolo en el cajón. —Prefiero estar sola un rato.

La miré fijamente. —Dime qué te pasa.

—Estoy bien —murmuró, mirándose las uñas.

—¿En serio? ¿Me vas a mentir a la cara?

Se levantó, metiendo los pies en las zapatillas. —Ha sido un día largo y estoy cansada.

Apreté los labios. —Tenemos que hablar. ¿Dónde conociste a Becky?

Se puso tensa. —¿Por qué me preguntas por ella de repente?

—Responde a la pregunta.

Arrugó la frente. —En el mercado de agricultores.

—¿Cuándo?

Me lanzó una mirada extraña. —Hace meses. Justo después de mudarme a Boston.

Me froté la nuca. —¿Es una amiga cercana?

—Sí —dijo, entrando al baño—. Ha sido una bendición. Estuvo conmigo después de que mi hermana falleciera, cuidando a Jack un par de veces por semana, trayéndome guisos.

Un frío me atravesó el estómago. —¿Dejaste que una desconocida cuidara de nuestro hijo?

Violet cogió su cepillo de dientes del lavabo. —Confío en ella.

Yo no.

Mi corazón se aceleró al imaginar a la ex desequilibrada de Romeo cerca de mi hijo. —A partir de ahora, solo los miembros de la familia cuidarán de Jack.

—¿Por qué? ¿Cuál es tu problema?

No podía decírselo todavía. —Llámalo sexto sentido. Me da malas vibraciones.

—¿De Becky?

—¿No fue ella con quien quedaste cuando te atacaron en la cafetería?

Frunciendo el ceño, Violet puso pasta de dientes en su cepillo. —No ha sido más que un apoyo. Estás siendo paranoico.

Apreté la mandíbula mientras ella se cepillaba los dientes. No podía entrar en la gravedad de mis preocupaciones. Si Romeo estaba involucrado, esto era mucho más grande de lo que ambos nos dábamos cuenta.

—Estoy intentando protegerte.

Violet escupió en el lavabo. —Aislarme y cuestionar mi juicio no me hace sentir segura. Me hace sentir atrapada. No puedes alejarme de mis amigos.

—No quiero que esté cerca de mi hijo ni en mi casa.

Enjuagó su cepillo de dientes. —Siempre se trata de lo que tú quieres.

—¿Estás de broma? Te doy todo lo que pides.

Se secó la boca con una toalla. —Me mientes a la cara, día tras día.

Se me tensó la garganta. —¿Sobre qué?

Tiró la toalla a un lado. Luego salió del baño y apagó la luz, dejándome en la oscuridad. La seguí hasta el dormitorio, rechinando los dientes. Se dejó caer en el colchón con la nariz enterrada en su teléfono.

Extendí la mano, acariciándole la mejilla. —Háblame.

Me apartó, un rechazo que me desgarró por dentro. Dudó. Luego sacó un papel doblado de un cajón de su mesita de noche y lo arrojó sobre la cama. Un extracto bancario. Se me encogió el estómago mientras lo desdoblaba, sabiendo ya lo que encontraría.

—¿Por qué le dabas dinero a Elise?

Su voz temblaba de dolor, duplicando el dolor en mi pecho. Necesitaba que dejara de mirarme como si le hubiera roto el corazón.

—Encontré estos pagos de hace cuatro años. De tu cuenta a la de Elise. Miles de dólares.

Mierda. Me pasé una mano por el pelo. —No quieres tener esta conversación.

Su mirada se endureció. —Acabo de descubrir que mi prometido me ha estado mintiendo, ¿y estás ahí diciéndome que lo deje estar?

—No es lo que piensas.

Se levantó y retrocedió. —¿Eras su jefe?

Negué con la cabeza.

—¿Estás encubriendo su muerte?

—*No*. No fue nada de eso. Yo... —Tragué saliva, aislándome del tormento—. Elise y yo nunca tuvimos una cita. Tú lo asumiste. Me resultó conveniente, así que no te corregí.

—Genial —siseó, cruzándose de brazos—. Me alegro de que todo lo que hablamos sobre la confianza te entrara por un oído y te saliera por el otro.

—Violet, por favor...

—¿Qué eras para ella?

Me humedecí los labios. —Un cliente.

Frunció el ceño. —¿De *qué*?

—No quieres saberlo.

Señaló hacia la puerta. —Dímelo ahora mismo o me voy.

No puedes. Nunca te perdonará.

Permanecí en silencio, desafiándola. —No es seguro que te vayas.

—Me da igual —estalló, con los ojos llenándose de lágrimas—. Prefiero estar sola que con alguien en quien no puedo confiar.

Sus lágrimas me retorcieron un puñal en las entrañas.

—Puedes confiar en mí, cariño. Te lo prometo.

—No puedo.

Violet corrió hasta la puerta. La abrió de golpe, y yo la cerré de un portazo. Apretó los puños. Un animal salvaje, listo para pelear.

Esto no se resolvería con un abrazo y un beso. Tenía que decírselo.

Suspiré. —Elise era una prostituta.

Sus puños se aflojaron. Podía ver cómo luchaba contra la incredulidad. Su mirada escudriñó la mía, pero no encontraría mentiras.

—¿Tú eras... su *cliente*?

Apreté los dientes. —Sí.

Palideció. —No te creo. Si eso es cierto, ¿p-por qué no me lo *dijiste*?

—¿De qué habría servido? Después de todo lo que has pasado, no podía añadir más dolor a tu vida. —La culpa palpitaba dentro de mí—. Quieres a tu hermana, y es mejor que Jack no lo sepa. No quería que pensara que no es bienvenido en este mundo, porque lo es.

Ella se estremeció. —¿Le pagabas a mi hermana por *sexo*?

—Sí.

Violet se desplomó en una silla. —¿Cuánto... cuánto tiempo duró esto?

—Unos pocos meses.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Por qué no volver a casa si estaba desesperada por dinero?

—No lo sé. No pregunté.

Gimió. —¿Con cuántos tíos hacía esto?

Me mordí la mejilla interior, eligiendo mis palabras con cuidado. —Has oído hablar de las chicas de los gánsteres, ¿verdad? Era como una amiga que todos... se pasaban entre ellos.

Sacudió la cabeza. —Oh, Elise.

—No es tan malo. Las chicas son solo para miembros, y las llevan a citas, les dan ropa, maquillaje, lo que deseen. Si son exclusivas de un tipo, él paga sus gastos de manutención. Eso es lo que hice yo.

—¿Por qué harías eso?

El calor envolvió mi garganta. —Quería una chica habitual que no tuviera que compartir con otros hombres.

—Así que tenías a mi hermana en reserva para desahogarte. —Me lanzó una mirada—. ¿Y después qué?

—Desapareció.

Me fulminó con la mirada. —¿Así sin más?

—Le pagué por junio, pero solo la vi una vez antes de que desapareciera. Le mandé mensajes, pero no respondió. Visité su apartamento —no el que compartíais vosotras, otro diferente— pero había recogido todas sus cosas. Supuse que había huido. Nunca más volví a saber de ella.

—¿Eso no te molestó?

Me encogí de hombros. —No éramos cercanos.

Violet se puso de pie, con la mano en la silla. —Pero... eso fue hace cuatro años. ¿Cómo se permitió su piso actual? Dijo que era camarera.

—Entonces probablemente volvió a prostituirse —dije, encogido al ver una lágrima recorriendo su mejilla.

Se limpió la cara. —¿Qué era ella para ti?

Tragué saliva. —Una chica a la que veía para tener sexo.

—¿A cuántas *otras* mujeres veías?

—¿Qué más da?

Su ardiente mirada me taladraba. —¡Porque no me di cuenta de que me estaba casando con un hombre que pagaba por acostarse con mi hermana! ¿Pensaste que estaría bien con eso?

—Fue *hace mucho tiempo*.

—Me da igual.

—¿Qué otra opción tenía? Todas las bandas callejeras de esta ciudad me quieren muerto por quien soy. Solo salía con escorts porque no quería ser responsable de la vida de nadie.

—Y aun así, mataron a mi hermana.

—Sí —susurré—. Pensé que estaba siendo cuidadoso con ella, pero alguien debió estar observándonos. Probablemente en Afterlife. Ahí es donde nos encontrábamos.

—¿Y luego qué?

—Quien fuera descubrió que su hijo era mío y contrató a un matón para matarla.

—¿Cómo lo sabes?

—Nadie mata a las escorts para vengarse de alguien. No a menos que su hijo me perteneciera.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no cuando era un bebé?

—No lo sé, joder.

Sus nombres golpearon mi cerebro como relámpagos. Becky. Romeo. Elise. Travis Wilson. ¿Qué tenían en común?

Violet recorría la habitación cada vez más rápido, con un color intenso subiendo a sus mejillas. —¿Ibas a ocultar esto para siempre?

—Decirte la verdad te da más razones para odiarme.

Sus fosas nasales se dilataron. —Porque necesitas la custodia de Jack.

—Sí, eso es parte.

—¿Cuál es la otra parte? —gritó.

Mi alma pertenece a dos personas sobre las que no tengo ningún control. La miré, sintiendo como si me hubieran dejado sin aliento. Me dejaría. Lo había jodido todo. Sabía que esto no podía durar.

—¿Cómo pudiste mentirme? —siseó.

—Eras más feliz sin conocer los detalles.

Su cara se puso carmesí. —¿Crees que he sido feliz viviendo en la ignorancia? No soy una flor delicada a la que tengas que proteger de la tormenta. Merezco toda la verdad.

—Hice lo que pensé...

—Confié en ti. Con Jack. Con mi vida. Y tú... ¿tú decides qué es lo mejor para mí? ¿Decides que no puedo enfrentarme al mundo real? No tienes derecho. Ningún derecho a tomar esas decisiones por mí. ¿Qué más has decidido que soy demasiado frágil para saber, eh? ¿Qué otros secretos guardas?

—Nada. Lo juro.

La mentira me quemó en los labios, y ella me miró con furia como si me hubiera condenado a mí mismo. Contarle sobre Romeo pondría en riesgo su vida. No podía correr ese riesgo, incluso si la

perdía. Podía sentirla alejándose de mí. Como algo arrastrado mar adentro. Me desgarraba por dentro.

Di un paso adelante. Agarré su muñeca y la atraje a mis brazos. Mis manos se deslizaron por su espalda mientras la apretaba contra mi pecho. Ella luchó, empujando.

—*Suéltame*.

—No puedo.

Rompió a llorar. —Déjame irme.

Le sujeté la cara. —No.

—Kill, por favor.

—Siento que esto duela. Ojalá pudiera quitarlo. Los dos lo sois todo para mí. Yo...

Se liberó de mi agarre, con los ojos muy abiertos. Cada paso que daba hacia la puerta era como un abismo que se ensanchaba, dejándome debatiéndome en un mundo sin luz.

—No. —Su susurro se clavó como un cuchillo en mi muñeca—. Ni se te ocurra.

—¿No decirte que yo...?

—¡He dicho que *no*!

Su súplica se hizo añicos. Las lágrimas brillaban en sus ojos. Lágrimas que yo había causado, pero ¿para qué?

—¿Crees que le diría esto a cualquier mujer?

—No. Lo harías para hacerme daño. Para atraparme aquí, contigo, en esta vida. En este infierno que has creado. Vives en una ciudad que convierte a los hombres buenos en demonios, y a los hombres malvados en mártires. Y si, por un segundo, crees que podrías convencerme...

—¿Crees que esto es lo que quiero? ¿Cómo lo quería? ¿Que mi hijo nazca de una prostituta en lugar de una mujer protegida en mi casa? ¿Que estoy persiguiendo a una chica demasiado aterrorizada de su propia sombra como para darme una puta oportunidad...

—Te di una oportunidad, Achille. Y mentiste. Una y otra vez. Y como una idiota, ignoré las señales de alarma, el dolor y el miedo, y empecé a...

—Dilo. —Las palabras eran demasiado duras para tal revelación —. Por favor.

—No.

—Tú también lo sientes.

—¿Y qué si lo siento?

Mujer exasperante. Nunca le perdonaría por hacerme sentir así. Por hacerme sentir todo.

—Seré tuyo —prometí.

—Yo no lo seré.

—¿Por qué? ¿Por qué no? Estás tan enfadada porque te mentí, pero te estás mintiendo a ti misma. Cada día. Sabes lo que quieres, Violet. Dímelo.

Ella se burló. —No importa lo que yo quiera.

—Mentira.

—Importa lo que *él* necesita. —Sus ojos se oscurecieron—. Jack necesita estar a salvo y lejos de la Familia. Merece la oportunidad de vivir una vida que no sea la tuya. ¿Le darás eso?

Debería haber agarrado una pistola y acabado con todo allí mismo.

Tenía una elección, pero también tenía conciencia. Ella tenía razón, y joder, yo era lo bastante egoísta como para negarle a mi hijo una vida pacífica. Libre de mi nombre. A salvo de los enemigos de la Familia. Ignorante del monstruo al que llamaría padre.

Sonreí con amargura. —Habría cambiado por ti.

—Un hombre no debería tener que hacerlo —susurró ella—. No es una *decisión* ser bueno. Está dentro de él, y eso es algo que tú no tienes.

Algo que nunca tendría. Nunca sería.

Bueno, si eso es lo que ella quiere...

Me di la vuelta y salí.

TREINTA Y CINCO

VIOLET

Achille se marchó temprano a la mañana siguiente.

Le dio un beso de despedida a Jack, pero apenas me miró. No podía culparlo después de cómo terminaron las cosas anoche. Pasé todo el día luchando conmigo misma. Consumiéndome en la ira. Debatiendo si debería llamar a mi madre. Contarle el secreto de Elise la mataría. Por amor a mi hermana, me lo llevaría a la tumba.

¿No era eso lo que *él* había hecho?

Me ardían los ojos. Si solo hubiera sido esa la única mentira. Lo habría perdonado, pero solo había confesado *una* mentira. ¿Me amaba? Hablaba como si lo hiciera, pero un hombre como Achille jugaba con chicas como yo. Quizás me había tolerado porque tenía la confianza de su hijo.

Aceptar casarme con él fue un error.

Enamorarme de él, aún peor.

Mi cuerpo lo deseaba, incluido mi necio corazón. Todavía lo amaba. Dios, sí que lo hacía. Y sabía que él amaba a su hijo. Lo veía reflejado en cada interacción con Jack. Si no hubiera descubierto lo que descubrí en la fiesta de compromiso, le habría dado a Achille la custodia compartida. Podría haber dejado mis sentimientos a un lado por el bien de Jack, pero ¿después de esto?

Jamás.

Limitar el contacto no funcionaría. Tenía que irme. No podía confiar en *ninguno* de ellos.

La casa estaba inquietantemente silenciosa sin la presencia de Achille. La soledad me carcomía. Un doloroso deseo de que las cosas fueran diferentes libraba una batalla dentro de mí.

Sentada al borde de la cama de Jack después de que se hubiera dormido, me permití llorar. ¿Qué podía hacer? ¿Quedarme y arriesgarme a verme envuelta en los conflictos de la Familia, o irme y enfrentarme a un futuro sin el hombre que amaba? Él no me correspondía. Me ocultaba secretos.

Entré en su dormitorio arrastrando los pies. La chaqueta de Achille estaba colgada sobre una silla. La cogí, envolviéndome con ella. Su aroma me envolvió, una mezcla de colonia y algo únicamente suyo.

Una dura verdad se asentó pesadamente en mi pecho.

Achille era un padre maravilloso, pero su mundo no era un lugar para que Jack creciera. Él era el último fragmento vivo de Elise. Mi precioso sobrino. ¿Cómo podía apostar con su vida en una ciudad que ya había reclamado a su madre? Odiaba alejar a Jack de un padre que lo adoraba. Pero el miedo a que Jack terminara como Elise atormentaba mis pesadillas.

Aún envuelta en la chaqueta de Achille, fui a mi habitación y empaqué. Luego desperté a Jack y llené su maleta, esquivando sus preguntas. Después de terminar, escribí una carta que dejé en la mesita de noche de Jack. Luego eché un último vistazo alrededor, grabando cada detalle en mi corazón.

Con la mano de Jack en la mía, salí.

TREINTA Y SEIS

ACHILLE

Caminé hasta la puerta principal de Becky.

Llevaba una bolsa negra llena de herramientas pero con algunos extras: bridas, guantes, cubrezapatos. Un cinturón de herramientas colgaba bajo en mi cintura. Hacía tiempo que había dominado el arte de allanar. El truco era actuar como si pertenecieras al lugar. Los vecinos miraban hacia otro lado si parecía un técnico.

Dejé la bolsa en el suelo. Luego forcé la cerradura. Ridículamente fácil. Giré el pomo y me apoyé en el marco. *Despacio*. La puerta encontró resistencia. Cerrojo.

Me dirigí al patio trasero. Fue complicado, pero trepé hasta la ventana de Becky. La idiota la había dejado sin cerrar. La deslicé y entré de un salto. Me agaché en un dormitorio a oscuras. Una mirada me bastó para comprobar que ella no estaba allí.

Un olor astringente contaminaba el aire. La alfombra tenía marcas de aspiradora. Recorrí la casa, vacía. Fotos de un hombre de pelo oscuro colgaban en las paredes. Volví a su habitación y revisé sus cosas, pasando mis dedos enguantados por los laterales de los cajones, por debajo del colchón. Una 9mm descansaba en su mesilla de noche. Recetas de Lorazepam y Valium llenaban el cajón de su baño.

Repasé los detalles en mi cabeza.

Rebecca Wilson, treinta y cuatro años, casada con Travis Wilson. Creció en Palm Springs. Se mudó a Boston para la universidad, y

estudió en UMass. Pasó por diferentes trabajos de atención al cliente antes de casarse con Travis. Sin hijos. La verificación de antecedentes salió limpia. Veía a un psiquiatra cada semana. Compraba productos ecológicos. Quería acceder a su correo electrónico y extractos de tarjetas de crédito. Había intentado hackear sus cuentas, pero sin éxito.

Seguí buscando, pero no pude encontrar ningún dispositivo electrónico en la casa. Entonces, escondida en su armario, detrás de una fila de vestidos y abrigos, encontré una pequeña caja fuerte ignífuga. Giré el dial a cero y lo roté, escuchando atentamente los clics. Media hora después, había descifrado el código. Entre varios documentos y un alijo de dinero había una póliza de seguro de vida. Una póliza de cinco millones de dólares a nombre de su marido, Travis Wilson. ¿La beneficiaria? Becky.

Interesante.

Quizás Travis Wilson no podía regresar a casa.

Saqué mi teléfono y tomé fotos del documento. Me sentía como un policía en un cursi drama de Lifetime, juntando pistas. La empresa de Travis pagó a un sicario para matar a Elise, y luego a Violet. ¿Estaba ella encubriéndolo?

Necesitaba más información. Recoloqué todo, dejándolo como lo había encontrado. Saliendo por la ventana, descendí hasta la calle y me metí en mi coche. Mientras me alejaba de la acera, un sedán negro se deslizó en el carril detrás de mí. Giré a la derecha. El coche también lo hizo.

Joder.

Me detuve en un semáforo en rojo mientras el coche se colocaba junto a mí. Miré al otro conductor. Cabeza calva. Un león tatuado en el cuello. Un miembro de los Animals.

Sonrió, haciendo un gesto de la banda.

Agarré la Glock bajo el asiento, quitando el seguro. Entonces el rugido de una motocicleta retumbó, y eché un vistazo al espejo retrovisor. Se acercaba rápido. Pisé el acelerador y corté el paso a la moto, girando a la izquierda. La moto volcó sobre el capó con un

crujido de metal. Los neumáticos chirriaron. Mientras enderezaba el coche, el aire se quebró con disparos. Joder. No podía devolver el fuego. Frené. Se precipitaron hacia delante, y di un brusco giro a la derecha. Llegué al final de la manzana cuando ellos aparecieron a la vista.

Me abrí camino entre callejones y calles, con el motor perseguidor como un eco constante en el laberinto de hormigón. Finalmente, los perdí en el centro y me metí en un aparcamiento subterráneo. Mi corazón martilleaba mientras apagaba el coche. Esperé, con los puños apretando el volante.

Abandonando el Challenger, registré el garaje hasta que encontré un Lexus. Mantenía varios coches por la ciudad para situaciones como esta. Luego salí de mi escondite y conduje a casa. Tan pronto como aparqué, sentí plomo en el estómago.

El coche de Violet no estaba en la entrada.

Salí y subí de un salto al segundo piso. Encendí todas las luces.

—¿Violet? ¿Jack?

Irrumpí en la habitación de invitados, encontrando una cama perfectamente hecha y nada más. Había vaciado su ropa del armario. Cepillo de dientes: *desaparecido*. Sus cajones, vacíos.

—¿Jack?

Corrí al dormitorio de mi hijo.

Todavía tenía todos sus juguetes, pero él había desaparecido. La cama vacía abrió un agujero en mi corazón.

Se lo llevó.

Joder, no podía respirar. El dolor. Mis rodillas golpearon la alfombra. Me aferré al suelo como si pudiera anclarme a la realidad. Sabía que esto iba a pasar. Violet nunca se iba a quedar conmigo. Yo no era suficiente. Cualquier sentimiento que tuviera por mí, no era amor. Por supuesto que se marchó. Era demasiado buena para mí.

Se había acabado.

No, no puede haber terminado.

Busqué torpemente mi teléfono. Mis dedos temblorosos marcaron su número.

Contestó. —Hola.

—¿Dónde está mi hijo?

—Está conmigo. Está bien, te lo prometo.

La presión en mi pecho se alivió. —¿Dónde estáis?

—En un lugar seguro.

Luché contra un extraño impulso de reír. —¿Tú puedes protegerlo mejor que yo?

—Kill, no es así. No eres tú.

¿Cómo has podido hacer esto?

Me tragué todo el dolor. —Da la vuelta y regresa ahora mismo, y atribuiré esto a la histeria.

—No he perdido el juicio. Estoy haciendo lo que creo que es mejor para Jack. Esto no es sobre nosotros. Lo siento.

—Lo lamentarás por quitarme a mi hijo.

Hizo una pausa. —¿Leíste la nota?

—¿Qué puta nota?

—Yo... dejé algo en la mesita de noche de Jack.

Agarré el papel. No podía leer. Las palabras se difuminaban. —¿Crees que puedes explicar esto en una carta? ¡Es mi hijo! Mi. Hijo. No puedes hacerme esto.

—Sé que esto es difícil...

Un gruñido inhumano salió de mi garganta. —¿*Difícil*? Es lo más preciado para mí, más que mi vida, ¿y te lo llevas?

—Kill, por favor. Yo...

—No puedes esconderte de mí. Te encontraré. Y cuando lo haga, arrastraré tu trasero a Boston y te encerraré en mi dormitorio durante una semana. Te arrepentirás de esto.

Colgó.

Comprobé el estado del AirTag que había escondido en el coche, pero la ubicación parpadeaba en la casa. Debía haberlo encontrado y dejado allí. *Joder*. Estrellé el teléfono contra la mesa hasta que el cristal se hizo añicos, destrocé la mesita de noche y me quedé de pie entre los restos de lo que antes era una tranquila noche en casa. Mis manos temblaban, inútiles contra la traición que me desgarraba.

Violet se llevó a Jack para protegerlo de mí. Qué broma tan retorcida. Nada de lo que hice fue suficiente. Lo intenté con todas mis fuerzas, y aun así los perdí. La prueba estaba en la nota que apretaba en mi puño. No podía obligarme a leerla.

La tiré a la basura y salí.

Si no podía aferrarme a la luz, me ahogaría en la oscuridad.

TREINTA Y SIETE

VIOLET

Llegamos a la cabaña de Achille.

Rodeada de árboles y un arroyo burbujeante, resultaba el escondite perfecto. No tenía ningún otro sitio adonde ir a menos de una hora en coche de Boston, y probablemente él estuviera controlando mi tarjeta de crédito. Por suerte, tenía suficiente dinero en efectivo para llevarnos hasta Tennessee.

Jack y yo pasamos el día explorando los matorrales alrededor de la cabaña. Hice todo lo posible para ayudarle a adaptarse a este cambio repentino, pero no dejaba de preguntar por su papá. Mientras le observaba perseguir mariposas por el jardín, la duda me carcomía. ¿Había hecho lo correcto por nosotros? La llamada me atormentaba. Había volcado mis sentimientos en aquella nota, esperando que me demostrara que me amaba. Que me dijera la *verdad*.

En su lugar, me había gritado.

Quizás era lo que me merecía por llevarme a su hijo, pero él me había obligado a tomar esta decisión al mentirme una y *otra* vez. Elise habría hecho lo mismo. Solo deseaba que no doliera tanto. Nunca quise destrozar nuestra pequeña familia.

Mi teléfono vibró y eché un vistazo a la pantalla.

BECKY

Recibí tu mensaje. ¿Está todo bien?

No realmente.

BECKY

¿Qué está pasando?

He dejado a Achille.

Dudé, mordiéndome el labio

Realmente necesito compañía.

BECKY

Por supuesto. ¿Dónde estás?

comparte ubicación

Guardé el teléfono mientras el atardecer pintaba el cielo con trazos anaranjados. Jack, agotado por las aventuras del día, dormitaba en la cama. Le comprobé, arropándole con la manta alrededor de su pequeño cuerpo.

Esto es lo mejor.

No podía confiar en nadie, incluida la mujer que venía a verme. Me preparé para lo que tendría que hacer.

TREINTA Y OCHO

ACHILLE

Si iba a caer, me llevaría conmigo al infierno a los responsables de arrastrarme hasta allí. Primero, necesitaba adormecer el dolor hasta poder pensar con claridad de nuevo. Me tragué los chupitos en el Sunset Tavern como si fueran el antídoto para mi agonía.

El camarero tuvo la osadía de cortarme el suministro. Entonces le agarré la corbata y lo acerqué lo suficiente para explicarle cómo lo descuartizaría, y me entregó el vodka. Lo agarré mientras las voces a mi alrededor se fundían en un zumbido indistinguible. Me retiré a un reservado, el mismo que había compartido con Violet. Me había comportado como un capullo a propósito, esperando que se fuera del pueblo.

No lo había hecho.

Se había quedado, excavando un camino hasta mi alma. Ella y Jack. Dejaron su huella y un agujero enorme en su lugar. Me enamoré de ella cuando la escuché cantar. Las noches tranquilas en el sofá juntos, el deje de su acento, el calor que llenaba la casa. Todo desaparecido.

Rodeado de muerte, no tenía ni idea de cómo reaccionar ante la vida, incluso la que yo mismo había creado. ¿Y si ella tenía razón? ¿Y si yo era malvado, causando daño a un niño inocente? El chico estaba mejor sin mí. Si tuviera un ápice de decencia, lo dejaría marchar.

Había terminado media botella cuando una sombra se instaló sobre la mesa. No necesitaba levantar la vista para saber a quién habían llamado. Romeo, el hermano que siempre me encontraba, sin importar lo profundo que me enterrara en el infierno.

—Tienes un aspecto de mierda —dijo.

—Gracias.

Sonrió con suficiencia. —¿Siguiendo los pasos de papá?

—Que te jodan.

No respondió, simplemente se sentó frente a mí, su presencia un desafío silencioso. —¿Crees que a Violet le gustaría verte así? ¿A Jack?

Sus nombres me golpearon en el estómago.

—No me verán. Se han ido por mi culpa.

El ceño de Romeo se frunció. Su reacción era una mezcla de preocupación y algo más... ¿sorpresa? ¿Culpa? Eso permaneció, como un enorme signo de interrogación en mi cabeza.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? —preguntó.

—Se largó con el niño.

Romeo se inclinó, con mirada dura. —¿Adónde?

—Ni idea.

La botella subió para otro trago. El ardor era una distracción bienvenida del dolor que me carcomía por dentro.

—¿Por qué no dejamos el vodka a un lado? —Intentó quitármelo, y lo abracé con más fuerza.

—Lo necesito. Déjame en paz.

Me sacudió el brazo. —Este no eres tú. No eres un cachorrillo enamorado lloriqueando por lo que has perdido. Eres una maldita fuerza a tener en cuenta. Infundes *miedo*.

—Me da igual.

Romeo se pasó la mano por el pelo. —¿Qué te ha pasado?

La pregunta me despejó como una bofetada. Tenía razón. Había bajado la guardia, me había permitido sentir, amar, y mira dónde me había llevado. Solo, en un bar, deseando una vida que nunca había estado a mi alcance.

Romeo me dio unas palmaditas en la mano. —La recuperarás.

—Se acabó.

—*Vaffanculo*, no se ha acabado. Llámala.

Me froté las sienes palpitantes. —Ella tomó su decisión.

—Una mala decisión. Probablemente ya se esté arrepintiendo.

Pero no lo hacía. Este había sido su plan desde el principio. Una imagen del dormitorio vacío de mi hijo me vino a la mente. El dolor irradió por mi estómago. Sentía que me estaba muriendo. Enterré la cara entre mis manos, bastante consciente del espectáculo que estaba montando.

Romeo me agarró del bíceps y apretó con fuerza. —Tienes que salir de este estado. No voy a permitir que arruines tu reputación.

Levanté la cabeza. —Mi prometida y mi hijo están *desaparecidos*. ¿Crees que me importa una mierda eso?

—Cállate —siseó, inclinándose—. Todo el mundo te está viendo tener una crisis por esta chica.

—No me importa.

Maldiciendo en italiano, Romeo me agarró del brazo y lo pasó sobre su hombro. Me sacó del reservado. Me hice tropezar a propósito.

Todos los ojos de ese bar me siguieron. En sus rostros, reconocí sorpresa, asco, incluso regocijo. Que les den. Podría cortarles el cuello a todos y apenas sudaría. Les enseñé el dedo corazón.

Romeo me bajó la mano de un tirón. —¡Hay un jefe de Nueva York aquí!

—También lo mataré.

Romeo me empujó fuera. Dejé que mis piernas se enredaran y me di de bruces justo delante del bar. Romeo me despegó del suelo. Una parte desprendida de mí lo observaba, analizando su incomodidad. Un profundo ceño fruncido arrugaba su frente. No le gustaba esto. No dijo nada mientras me llevaba por las calles y me metía en su coche.

Cuando llegamos a casa, estaba listo.

Romeo me arrastró dentro de la casa. Esta resonaba con vacío, y algo se activó dentro de mí. La neblina de la borrachera, en lugar de adormecer, agudizó un solo pensamiento hasta convertirlo en una punta: *proteger*. Era todo lo que me quedaba, el instinto que me había impulsado toda mi vida. Ahora se volvía hacia dentro, retorcido por la desesperación.

Romeo no sospechaba nada. Me ayudó a llegar al sofá. Cuando me dejó caer en los cojines, le asesté un puñetazo en el estómago. Se desplomó en el sofá. Entonces busqué a tientas un cuchillo que tenía escondido. Una fría línea plateada destelló en el aire. Le eché la cabeza hacia atrás, exponiendo su cuello. Luego coloqué la hoja en su arteria.

TREINTA Y NUEVE

VIOLET

El viento aullaba fuera.

Me encontraba acurrucada en el desgastado sofá, envuelta en una vieja colcha que olía a pino y naftalina. El fuego crepitaba en la chimenea. Jack dormía plácidamente en la otra habitación.

Se suponía que debía prepararme para un largo viaje a Tennessee. En su lugar, me quedé despierta, con la duda royéndome con dientes afilados. Dejar a Achille parecía la única manera de proteger a Jack, pero la cabaña se sentía como una prisión. Las paredes se cerraban a mi alrededor, cada crujido era un recordatorio de la soledad que había elegido. Jack, el pobre, se había dormido llorando después de preguntar por su papi. Cada vez que decía *Papi*, un cuchillo se retorcía más profundamente en mis entrañas.

Me acerqué a la ventana, contemplando el cobertizo en la distancia. El rostro de Achille me atormentaba. Él había cambiado mi vida de tantas formas buenas, y yo se lo había pagado desapareciendo sin una despedida adecuada. La idea de que nos estuviera buscando hacía que mi corazón palpitara con fuerza.

Le echaba de menos. Echaba de menos su voz áspera arrullando a Jack hasta dormirse, el estar en sus brazos por la noche y el brillo en sus ojos cuando nos besábamos. El dolor me apuñalaba por dentro. Escapar de la oscuridad me había sumergido en otra diferente llena de soledad. ¿No le debíamos permanecer a su lado?

Las lágrimas empañaron mi visión mientras apoyaba la frente contra el frío cristal.

Unos golpes sonaron en la puerta.

Becky estaba fuera, con la chaqueta bien ceñida alrededor de su cuerpo. Le hice un gesto para que entrara. Cerré la puerta tras ella, y se quitó la bufanda del cuello.

—Uf. Hace mucho viento ahí fuera.

—Gracias por venir —murmuré, colgando su abrigo—. Siento alejarte de tu marido. Dile que lo siento.

—Por supuesto. No te preocupes.

Becky se balanceó sobre sus pies, recorriendo la cabaña con la mirada.

—Entonces, ¿dónde está Jack?

—Dormido. Voy a tomar un poco de vino. ¿Quieres?

Becky asintió, dirigiéndose hacia una ventana. Serví dos generosas copas de algo que había cogido de la nevera de Achille. Recogí una. El tinto oscuro llenaba la copa. El olor penetrante se arremolinó en mis fosas nasales. Luego se la entregué.

Sonrió. —Gracias.

Choqué mi copa contra la suya y tragué un buen sorbo, pero ella no bebió. Me senté en el sofá, apoyando la espalda en los suaves cojines. Por el rabillo del ojo, observé a Becky.

Estaba de pie junto a la ventana. —¿Sabe él que estás aquí?

—No. Quité el rastreador GPS.

—¿Tenía uno en tu coche? —preguntó.

—En el coche, solo por razones de seguridad. —Una sensación de malestar se extendió por mi estómago, pero la aparté—. Está furioso conmigo.

Becky se volvió hacia mí, sosteniendo su vino intacto. —Entonces, ¿qué te hizo dejarle?

—Me enteré de lo que me había estado ocultando. Nunca salió con mi hermana. Elise... se acostaba con hombres por dinero. Achille me lo confesó anoche. —Negué con la cabeza, mirando fijamente el fuego—. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué le hizo pensar que era una buena

idea? Quiero decir, lo que sea, no me importa. Amo a mi hermana sin importar qué. Pero estoy molesta porque me lo ocultó. ¿Sabes?

Becky se sentó en el extremo opuesto del sofá. —Siento mucho oír eso, Vi. Esperaba que fuera otra cosa.

¿De verdad?

Mis dedos pellizcaban el tallo de la copa mientras observaba a Becky. Su hermoso rostro estaba marcado por una preocupación superficial. Un atisbo de sonrisa jugaba en sus labios.

—¿Cuánto tiempo fue prostituta?

La miré.

Becky recompuso su expresión en una de simpatía, y me volví hacia el fuego. —Al menos unos meses.

—¿Entonces cuáles son tus planes?

Necesitaba que bebiera.

Me encogí de hombros. —Volver a Tennessee, supongo. No sé. No he pensado tan a largo plazo. Estoy intentando mantenerme firme por el bien de Jack.

—Esto también pasará.

Sonreí, levantando mi copa. —Amén.

Chocamos las copas, y por fin se llevó el borde a los labios. Bebió. Me mordí la parte interior de la mejilla mientras tragaba.

—No puedo expresarte lo agradecida que estoy por tu amistad —murmuré, con la garganta apretándose—. Eras la única persona que tenía. Me ayudaste tanto con Jack, y prestándome tu oído. Te agradezco que hayas venido a despedirme.

Becky se ablandó, un calor genuino reemplazando la máscara de incertidumbre. —No eres solo una amiga. Eres familia. Y sabes que haría cualquier cosa por ti y por Jack.

—Hablando de familia, ¿cómo está llevando Travis que salgas aquí en medio de la noche? Debe ser duro para él.

Becky dudó, su sonrisa tambaleándose. —Oh, está bien. Lo entiende.

—¿De verdad? Quiero decir, conducir hasta aquí, con este tiempo. Es mucho pedir a alguien, incluso si es *familia*.

Becky se movió incómoda, su mirada saltando hacia su bolso colgado en el perchero. —Mi marido sabe lo importante que eres para mí. Es muy comprensivo.

Asentí. —Parece un gran tipo. Siempre cuidando de ti. Me pregunto...

—¿Qué? —susurró.

Me incliné hacia adelante. —Me pregunto si él conocía toda la verdad sobre ti.

La mano de Becky se tensó alrededor de su copa. —No sé a qué te refieres.

—Estoy diciendo que los secretos tienen una manera de revelarse. A veces ponen en peligro a las personas que nos importan. Como Travis.

Se puso pálida. —¿Qué estás diciendo?

Me levanté. —Creo que sabes de qué estoy hablando.

Becky también se puso de pie, abandonando su copa de vino.

El acogedor refugio contra la tormenta ahora se sentía como un campo de batalla. Becky apretó los puños, su pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Estoy de tu lado.

Mi labio se curvó. —Tu viaje a medianoche hasta aquí me hace preguntarme si estabas más asustada por lo que yo podría hacer que por cómo estoy.

Los ojos de Becky se ensancharon. —Eres mi amiga. Quería asegurarme de que estuvieras bien.

—¿O querías asegurarte de que tu *marido* siga enterrado?

Su boca se abrió y se cerró, sin que salieran palabras. —Violet, por favor. Siempre he estado ahí para ti. No hagas esto.

Me reí, un sonido amargo y cortante. —Has estado observando, esperando el momento en que necesites cubrir tus huellas.

Dio un paso atrás, chocando con la mesa que había detrás de ella y tirando una lámpara. —No lo entiendes. Es complicado. Violet, por favor.

Su voz tembló. Entonces el viento golpeó algo fuera, haciéndola sobresaltarse. Dio un paso hacia la puerta, o al menos lo intentó. Trastabilló, sus piernas doblándose bajo ella como un potrillo que intenta caminar.

Miré mi reloj. En unos minutos, estaría inmóvil. Pasé ese tiempo observándola. Becky se arrastraba como una cucaracha, avanzando poco a poco hacia una libertad que nunca volvería a probar.

CUARENTA

ACHILLE

Romeo no se movió.

No podía con la hoja en el cuello. Si estornudaba, le cortaría. Se desangraría en cuestión de segundos. Mi brazo rodeaba su pecho. Palpitaba contra mí.

—Pequeño cabrón —gruñó—. Has fingido estar borracho para atraerme aquí.

—Así es.

Frunció el ceño, sus ojos recorriendo mi rostro. —¿Qué está pasando?

—Estoy debatiendo si debería cortarte el cuello.

Sus fosas nasales se dilataron. —Kill, soy yo. Tu *hermano*.

—Sí. Has sido tú todo este tiempo.

Parpadeó. —¿Qué?

Apreté mi agarre en su pelo. —Te miré directamente a los ojos y te pregunté por Travis Wilson, y me mentiste. Trabajaste con él en un proyecto inmobiliario. La chica de la fiesta, tu ex, es su mujer.

Hizo una mueca. —Lo sé.

—Desapareció dos semanas después de que Elise muriera. ¿Está muerto?

Apretó los dientes. —Becky acabó con él. Yo la encubrí.

—¿Por qué?

—He estado trabajando con su marido durante años. Me lo encontré en Afterlife. Un completo imbécil. No paraba de facturarme

más cargos por esta propiedad que estábamos construyendo, así que odiaba al tipo. Hace poco, conocí a su mujer. Congeniamos. Empecé a acostarme con ella. Me contó todas estas mierdas sobre su marido, que era un monstruo abusivo. Me enseñó fotos de ella toda golpeada. Quién coño sabe si era siquiera real. Probablemente se puso maquillaje. Joder. En fin, ella lo mató y me pidió ayuda. Así que lo hice.

Resoplé con desdén. —¿Escondiste su cuerpo?

—La amaba.

—Por el amor de Dios, Rome.

—Te juro por Dios que no sabía nada de Elise... ni de tu hijo. Nada de eso. Nunca la mencionó mientras estuvimos juntos. No tenía ni idea de que era amiga de Violet hasta la fiesta. —Se lamió los labios—. Siento no haber sido sincero desde el principio. Tenía que reunir todos los datos antes de acercarme a ti.

—¿Qué dijo ella? —gruñí.

—Lo desestimó como si fuera una coincidencia.

La rabia que hervía dentro de mí estalló. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Sabía lo que harías —insistió Romeo, con un tono de desesperación en la voz—. Pensé que podría controlar la situación. Mantener a todos con vida, pero Becky tiene su propia agenda.

Un gruñido escapó de mi garganta. —¿Que es...?

Romeo palideció. —No lo sé, pero puedo imaginarlo.

—Dímelo.

Me miró con furia. —Primero, quita tu cuchillo de mi cuello.

El cuchillo en mi mano se sentía como la única verdad en un mar de mentiras. Luché contra el impulso de abrirle en canal. Mi hermano era un idiota con las mujeres, pero no merecía morir por ello. Levanté la hoja y retrocedí. Lo suficiente para que pudiera ponerse de pie y sacudirse.

Romeo se enderezó, entrecerrando los ojos. —Normalmente endulzo los tratos para grandes clientes como Travis con beneficios extra. Así que le ofrecí una noche con Elise.

Solté un silbido.

—Una noche se convirtió en tres... cuatro. Y muy pronto, aparecía en Afterlife cada fin de semana. Después de casarse con Becky, seguía acostándose con Elise. Luego tú la tomaste para ti, y se volvió intocable. Me llamó para quejarse. Le sugerí que se follara a su mujer y le colgué. Nunca volví a verlo en Afterlife después de eso.

—¿*Becky* mató a Elise?

Romeo asintió. —Parece que sí.

Así que la única amiga de Violet en la ciudad era una asesina traicionera. —¿Por qué? ¿Para vengarse de su marido? ¿Por qué esperó cuatro años para hacer algo respecto a su aventura?

—No descubrió que era un sinvergüenza infiel hasta este año. Me parece el tipo de persona que ignoraría las señales hasta que le golpearan en la cara. Quién sabe, quizás él había vuelto a ver a Elise recientemente. Becky se entera. Se cabrea. Contrata a alguien para matar a Elise. Luego me utiliza para encubrir la muerte de su marido.

—¿Por qué fue a por Violet?

—No lo sé.

Mi corazón latía con fuerza. —Necesito avisar a Violet.

Hizo una mueca. —¿Dijo adónde iba?

La nota apareció en mi mente. Corrí al dormitorio de mi hijo y agarré el papel arrugado. Romeo entró corriendo, encendiendo la luz. La claridad iluminó la letra cursiva azul.

Achille,

Desde que entraste en nuestras vidas, has sido nuestro protector. Pero, por mucho que quiera negarlo, la oscuridad de tu vida está proyectando sombras sobre lo que deberían ser nuestros momentos más brillantes. He visto los riesgos que tomas debido a quien eres. Y eso me ha hecho darme cuenta de

que no puedo dejar que Jack crezca en el fuego cruzado de una guerra que nunca eligió.

Te quiero muchísimo, pero la idea de que su risa sea silenciada para siempre es más de lo que puedo soportar. Quiero que crezca donde su mayor preocupación sea a qué juego jugar después, no si está seguro en su propio hogar.

Esto no es un adiós definitivo. Estoy poniendo a Jack primero. No puede quedarse en Boston. Te lo suplico, por favor no nos busques. Una vez me dijiste que harías cualquier cosa por Jack. Te pido que cumplas esa promesa.

Siempre te amaré. Me has dado tanto, una familia, un hogar y un amor que brilla más que las noches más oscuras. Eres el amor de mi vida, Achille, y dejarte me está destrozando.

Me llevo a Jack a un lugar donde pueda ser tan libre como merece ser.

Siempre tuya,

Violet

La carta temblaba en mi mano.

Ella me *amaba*. No me estaba dando la espalda, y Elise no había muerto porque alguien quisiera prestigio callejero. La tragedia en la vida de mi hijo no tenía nada que ver *conmigo*.

Un peso inmenso se levantó de mi pecho. Se desmoronó al releer la carta. Confundí su partida con abandono, sin ver que era un sacrificio por Jack.

Eres el amor de mi vida.

Romeo me miró fijamente. —¿Dice adónde va?

Negué con la cabeza. Los pensamientos me golpeaban. Yo era el amor de su vida. Tenía que encontrarla y explicarle todo sobre Elise,

y lo que realmente significaba la Familia. Convertirse en un Costa no significaba una vida de oscuridad. Nos protegíamos mutuamente, defendíamos a los nuestros y ofrecíamos seguridad.

—Los encontraremos —me tranquilizó Romeo—. No puede estar lejos. Entonces podrás demandarla por la custodia completa.

—No. No voy a dejarla ir.

Una sonrisa lenta se extendió por su rostro. —¿El amor lo conquista todo, eh?

—Ella nunca quiso dejarme. Lo dice aquí. Solo está asustada. —Guardé la nota en el bolsillo, su peso instalándose en mi alma—. Primero, localizaremos a Becky. Limpiamos este desastre. Después, traeré a Violet y a Jack a casa.

—Probablemente sea lo mejor.

—¿Alguna idea de dónde está?

—Sí. Puse un rastreador en su descapotable después de que entrara a robar en mi casa. —Romeo sacó su móvil y abrió una aplicación con un desliz. Frunció el ceño ante el mapa—. Esto tiene que ser un error.

—¿Qué ocurre?

Agarré su muñeca, acercando la pantalla hacia mí. —¿Está en la cabaña? ¿Cómo sabe siquiera dónde está?

—No lo sabe —murmuró—. No puede saberlo.

Mi corazón se detuvo y luego golpeó mi pecho. —Violet está con ella.

Becky había tendido una trampa, y Violet había caído directamente en ella.

Salí furioso, con Romeo pisándome los talones. Subimos a mi coche y aceleré el motor a fondo. Joder. A cuarenta y cinco minutos de distancia. Llamé a Violet. Directo al buzón de voz.

Romeo rompió el tenso silencio. —Llegaremos a tiempo. Las salvaremos.

Asentí, incapaz de pensar en la alternativa. Los salvaría a ella y a nuestro hijo. Destruiría el mundo si fuera necesario.

La cabaña familiar se alzaba imponente frente a nosotros.

Una niebla temprana ocultaba su oscura silueta. Siempre había sido un lugar donde los asuntos que no podían ver la luz del día se manejaban con despiadada eficiencia. Ahora me recordaba la vida que no quería para Jack.

Romeo aparcó el coche. Comprobé el cargador de mi pistola y respiré el aire con aroma a pino. Corrimos hacia la cabaña, con el suelo húmedo bajo mis botas. Al llegar a la puerta, dudé antes de entrar.

Un pequeño fuego crepitaba en la chimenea, proyectando sombras por toda la habitación. Con la pistola en alto, registré cada habitación. Los tablones del suelo crujieron cuando entré en el dormitorio. Jack dormía en la cama, su pecho subiendo y bajando. A su lado, un monitor de vigilancia infantil, su suave zumbido una línea de vida hacia algún otro lugar.

La ansiedad que me atenazaba el pecho se liberó.

Me di la vuelta, enfrentando a Romeo. —Quédate aquí. Vigílalo.

—No te fallaré, hermano.

Romeo tomó posición junto a una ventana, y yo salí afuera. La luna era una fina medialuna, su luz brillando a través del dosel de árboles. Con la pistola en mano, examiné el área alrededor de la cabaña, mis sentidos agudizados. El bosque estaba inquietantemente silencioso.

Mi mirada se posó en el cobertizo. Nunca me había parecido tan siniestro. Me atraía como un faro de pavor.

Me acerqué, el haz de mi linterna cortando la oscuridad, revelando una densa maleza. Mi mente corría, imaginando escenarios, cada uno más sombrío que el anterior.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Lo que fuera que hubiera por delante podría cambiarlo todo. Me armé de valor. Con la pistola en alto, alcancé la puerta, el metal frío bajo mis dedos. Con un profundo suspiro, la abrí.

CUARENTA Y UNO

VIOLET

La llevé al cobertizo.

Usando la cuerda que colgaba cerca, la até a la silla. Apenas conseguí que cooperara. El Vicodin caducado del baño de Achille, probablemente para una lesión de hace mucho tiempo, todavía tenía efecto. Se había quedado dormida mientras envolvía la cuerda alrededor de su pecho, pero necesitaba respuestas a mis preguntas. Sumergí una botella en un cubo de agua helada. Luego se la vertí sobre el pelo.

Despertó, farfullando. El agua empapó su cara mientras echaba la cabeza hacia atrás. Su ceño se frunció al mirar sus brazos atados.

—¿Q-qué demonios? —balbuceó.

Encendí el foco que Achille había usado con Xaden, y ella se estremeció.

—Esto debería ayudarte a despertar.

Gimió.

—Apágalo. Me hace daño.

Sonreí.

—Ya te estás quejando, ¿eh? No eres tan dura como el hombre que contrataste para matarme.

—*¿Qué?*

Agarré unos alicates oxidados de la caja de herramientas de Achille. Los sostuve a la luz. En el momento en que la mirada penetrante de Becky se fijó en ellos, soltó un grito ensordecedor.

—Por favor, por favor... ¡no!

Acerqué una silla y me senté frente a ella.

—Dime lo que necesito saber, y no tendré que hacerlo.

Las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Déjame ir, y te juro que olvidaré todo esto. Por favor, mi marido me está esperando.

Jugueteé con los alicates.

—No tienes marido.

Se puso tensa.

—Me di cuenta de que algo pasaba cuando te vi con mi futuro cuñado en mi fiesta de compromiso. Cuando saliste del baño, te encontraste con Romeo. Parecía que le conocías, lo cual era extraño. Luego te llevó a otro sitio para hablar. Os seguí. Él no me vio, pero yo estaba allí. Escuchando. Dijo lo suficiente para hacerme darme cuenta de que no podía confiar en nadie de esa familia.

—¿De qué estás hablando?

—Me mentiste sobre tu marido. Fingiste que estaba en casa, pero Travis no ha estado allí en meses.

Su labio tembló.

—Lo secuestraron.

Rellené la botella.

—¿Quién?

—Los Costa. Lo han estado reteniendo como rehén. Y-yo he estado intentando mantenerme entera y...

Le eché más agua en la cabeza.

Chilló mientras se derramaba por su blusa y empapaba la tela. Le salpiqué más en la cara. Su rímel se deslizó en ríos sucios por sus mejillas. Parecía una rata ahogada.

—P-para —balbuceó.

—Lo haré cuando dejes de contarme mentiras.

—¡No estoy mintiendo!

—Dos semanas después de que falleciera mi hermana, tu marido fue declarado persona desaparecida. Uno pensaría que estarías destrozada por eso. Ni siquiera puedo imaginarlo.

Sus dientes castañeteaban.

—¿Y? ¿A ti qué te importa?

—Dijiste que estaba de viaje.

Se encogió de hombros, tiritando.

—C-cómo elija y-yo lidiar con la desaparición de Travis n-no es asunto tuyo.

—Sí, pero no está desaparecido. Tú sabes dónde está enterrado.

Ella tembló.

—No lo sé.

Empujé la botella bajo el agua.

—¿No sabes *qué*?

—Dónde está —escupió—. No tengo ni idea de lo que le pasó.

Cambié de táctica.

—¿Por qué pagaste a ese matón a través de la empresa de tu marido? —La observé mientras luchaba contra sus ataduras, con los ojos desorbitados—. El tipo que contrataste para matar a Elise.

Infló las mejillas.

—No lo hice.

Le eché más agua encima, asegurándome de que se colara dentro de su camisa. Becky se debatió contra la cuerda.

—Déjame ir, zorra.

Ahora estamos llegando a algún sitio.

—Dime por qué asesinaste a Elise.

—Que te jodan.

—Becky, no quiero hacer esto. Solo te pido un cierre. ¿No crees que me lo debes? Lo pasamos bien juntas, ¿no? Te dejé entrar en mi casa, confié en ti lo suficiente con mi hijo...

—No es tuyo —escupió.

Rellené la botella.

—¿Qué quieres decir?

Los costados de Becky se agitaban mientras se aferraba al fondo de la silla, la única parte que podía alcanzar.

—No es tu hijo. Es mío.

Parpadée.

—¿De qué estás hablando?

—Yo debería tener la custodia de Jack —siseó entre dientes apretados—. Ese niño es hijo de mi marido.

—¿Crees que... Travis es el padre de Jack?

—Sé que lo es. Cuando tu puta hermana empezó a abrir las piernas a cada hombre de Boston, mi marido fue uno de sus mejores clientes —una lágrima tembló en su párpado y se derramó por su mejilla—. Se la follaba durante todo nuestro matrimonio. Luego la fresca se quedó embarazada, y él paró durante un año, pero después volvió a ella.

Le salpiqué agua en la cara.

El furioso grito de Becky me perforó los oídos.

—Zorra. Cuando salga de aquí, te mataré.

—¿Así que mataste a Elise porque se acostó con Travis?

Sus ojos se endurecieron.

—Supuestamente.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Y a tu marido también?

—Él me hizo daño, así que yo le hice daño. S-solo que no pensé que me... perseguiría después de que se fuera. Cuando te busqué, quería ver si eras igual. Si su bebé estaba bien. Es lo único que me queda de él.

Mi ceño se frunció.

—Pero Jack no es suyo.

—Sí que lo es.

—No. Achille hizo una prueba de paternidad —una extraña punzada me golpeó el pecho cuando ella negó con la cabeza—. Me enseñó los resultados. Hay una probabilidad del noventa y nueve por ciento.

—Los falsificó.

—¿Por qué haría eso un hombre?

Se derrumbó. Enormes sollozos brotaban de su pecho.

—Quiero tanto a mi marido. Solo quiero que vuelva.

—Pero lo mataste.

—Estaba enfadada. Le dije que me estaba acostando con su socio, pero no le importó. Me lo confesó todo. Dijo que quería el divorcio. Que había terminado. Yo... me volví loca.

—¿Qué hay de Romeo?

Tembló.

—Solo me enrollé con él para darle celos a mi marido. Odia... odiaba a la Mafia.

—¿Así que Romeo no tuvo nada que ver con Elise? ¿No te ayudó a encontrar a un sicario?

—No, él no lo habría hecho.

El calor ardía en mi pecho. La política de la mafia no había matado a mi hermana. Elise murió por culpa de esta criatura destrozada. Todo ocurrió porque Becky no pudo lidiar con la infidelidad de su marido. Era algo tan corriente... tan insignificante. Todo esto podría haberse evitado.

¿Lo peor?

Nada de esto tenía que ver con Achille. Dejé que mis miedos lo pintaran como el villano de una tragedia en la que no tuvo ningún papel. La enormidad de mi error me asfixiaba.

—Así que mataste a Travis y a mi hermana —siseé, con odio hirviendo en mis venas—. Después de destrozar a mi familia, te presentaste ante mí.

Becky asintió, sus sollozos disminuyendo hasta convertirse en respiraciones entrecortadas. —Quería estar cerca del hijo de mi marido.

Me estremecí. —¿Para qué?

—Para ver cómo estaba. Tú estabas sufriendo, y me sentía mal por eso, así que... ayudé cuando pude —sus ojos se nublaron—. Jack es un chico tan bueno.

—¿Me querías muerta porque yo estaba criando a Jack?

—Pensé que, si tú no estabas, quizás podría recuperar una parte de Travis.

Me erizé. —¿Así que mi vida no significaba nada para ti?

—Sí que significaba —murmuró—. Disfrutaba siendo tu amiga, pero no era suficiente. Lo siento.

Un silencio infernal cayó sobre la habitación. No se oía nada, salvo el goteo ocasional del agua del pelo de Becky. Su disculpa flotaba como una nube venenosa. Mis manos se cerraron en puños.

—¿Por qué? —mi voz se quebró, apenas audible—. ¿Por jugar conmigo? ¿Por hacer bailar la felicidad delante de mí solo para arrebatármela por tu retorcido sentido de derecho sobre un niño que no es tuyo? ¿Todo por una venganza contra una mujer que ya no está aquí para defenderse?

Becky bajó la mirada.

—Se suponía que éramos amigas —continué, las palabras sabían amargas en mi lengua—. Te abrí las puertas de mi casa, compartí mis miedos, mis sueños. Te dejé cuidar de mi hijo. Y todo el tiempo, me veías como un obstáculo para tus delirios.

Su suave mirada encontró la mía. —Sé que no es excusa. Mi ira me consumió. Jack era... una oportunidad de aferrarme a Travis. Pero estaba equivocada. Ahora lo veo.

Una risa hueca se me escapó. —Un poco tarde para las epifanías, ¿no crees?

Me levanté, caminando por el cobertizo. ¿Cuántas noches había pasado temiendo lo que el mundo de Achille traería a nuestras vidas, solo para descubrir que el verdadero peligro llevaba la máscara de la amistad?

—Todo este tiempo, he tenido miedo, pensando que la familia de Achille haría daño a Jack. Pero no eran ellos. Eras *tú*. Tú trajiste esta locura a nuestra puerta.

Las lágrimas nublaron mi visión, no por Becky, sino por el amor que había desechado tan fácilmente. Achille. Su rostro apareció en mi mente. Tenía que estar furioso conmigo. Ella se desplomó en la silla, la imagen de mi propio corazón roto. El miedo me había alejado de la única persona que nos amaba a Jack y a mí. Ella lo había arruinado.

—Por favor —me suplicó—. Lo siento.

Tiene que morir.

Agarré la pistola de la mesa. No tenía ni idea de qué haría con su cuerpo, pero merecía la muerte.

Hazlo.

Apunté la pistola a su cabeza. Quité el seguro.

La puerta se abrió de golpe.

CUARENTA Y DOS

VIOLET

Achille irrumpió con la pistola desenfundada.

Parecía un ángel vengador. Avanzó a la luz, con una espesa onda de cabello enmarcando un rostro salvaje pero hermoso. Su mirada recorrió la escena: Becky atada a la silla, con la cara manchada de maquillaje, y yo de pie frente a ella.

La puerta golpeó contra la pared y un frío amargo invadió el cobertizo. Puso el seguro de su pistola y se la colocó en la cintura. La agresividad se derritió de sus facciones. Dio un paso adelante. Cauteloso, pero decidido.

—Violet, ¿estás bien?

Abrí la boca, pero me fallaron las palabras. ¿Cómo podía explicar la profundidad de mi arrepentimiento? Las lágrimas se derramaron por mis mejillas.

Frunció el ceño.

Becky se burló. —Yo soy la que está amarrada a la silla, cabeza hueca.

Achille miró a Becky, quien se estremeció. Curvó el labio y se acercó a ella como un depredador. Ella tembló. Examinó el nudo que había atado, probando su resistencia. Tiró de él y se aflojó. Lo volvió a atar mientras Becky suplicaba por su vida.

—Por favor, no hagas esto. Haré lo que quieras.

Él le agarró la mandíbula y la giró. Luego se inclinó hacia su oído. Siseó algo. Los ojos de Becky se agrandaron y apretó los labios

hasta formar una fina línea. Se encogió hacia un lado como si pudiera convertirse en una bola e invisibilizarse.

Achille se volvió hacia mí, suavizando su expresión. Me tendió la mano. —Dámela, Pueblerina.

Negando con la cabeza, apreté más la pistola.

—Prometo que te la devolveré.

Activé el seguro y la deslicé sobre su palma. La guardó en su chaqueta y tomó mi mano. Luego me condujo afuera. La noche cubría el bosque como una manta de terciopelo. Las estrellas salpicaban el cielo, con la única luz procedente de la cabaña. Un hombre estaba en la ventana, observándonos.

—He-he cometido un terrible error —logré decir ahogadamente —. Pensé que estaba protegiendo a Jack. Pero estaba equivocada. Muy equivocada.

—Ambos estábamos equivocados.

—Lo siento mucho. Nunca debería haberme marchado.

Él negó con la cabeza. —Yo también lo siento. Debería haberte contado mis sospechas sobre Becky.

—En la fiesta, vi a Romeo y a ella juntos. Me asusté.

Suspiró profundamente. —Leí tu nota.

Mi pulso se aceleró. —¿Y?

—¿Es cierto todo eso? ¿Me amas?

Me sonrojé y asentí. —No podía dejar que pensaras que me fui por tu culpa.

—Podrías haber dicho algo.

—Si lo hubiera hecho, nunca habría tenido el valor de irme —murmuré, odiando el dolor en su rostro—. No podía seguir a mi corazón. No dejaba de decirme que esperara, que te debía una explicación, pero sabía que si lo hacía, lo suavizarías todo con un beso. Me dirías que todo estaría bien, y te creería porque te amo.

Apretó mi mano. —He vivido lo suficiente para saber que lo que siento por ti es excepcional. No es solo porque seas hermosa, o porque tengas una voz que hace que hasta los hombres más duros se detengan a escuchar. Es más que eso.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Se acercó más. —Luchas por los que amas, incluso cuando te asusta. Eres la única persona que me ve por quien soy. De alguna manera, miras más allá de mi trabajo y me empujas a ser mejor. Traes luz a mi vida de maneras que no sabía que faltaban.

Una lágrima rodó por mi mejilla.

Su expresión se suavizó. —No puedo prometerte que un matrimonio conmigo será fácil, pero siempre estaré ahí para ti. Porque eres la mejor parte de mí. Sin ti, soy una cáscara vacía. Te necesito. Te amo. Por favor, déjame pasar el resto de mis días demostrándote cuánto significas para mí.

Un cálido resplandor fluía a través de mí. —Te amo por más razones que las estrellas que tenemos sobre nuestras cabezas ahora mismo. Eres un hombre duro que sabe enfrentarse a cualquier situación. Me tratas como si fuera tu todo. Eres como llegar a casa y encontrar un fuego encendido después de haber estado en el frío.

Alcé la mano, apartando ese mechón rebelde de sus ojos. —Me encanta cómo escuchas cuando hablo de mis sueños, mis miedos y todas las pequeñas cosas entremedias. Defiendes a aquellos que te importan, pero hay una bondad en ti, Achille. Una bondad que te esfuerzas tanto por ocultar. Pero yo la veo, clara como el día, y es lo que más amo de ti. Eres mi corazón.

Me atrajo hacia sus brazos. Su boca encontró la mía en una caricia suave, con un calor que azotaba mis labios. Era como una gota de lluvia en tierra reseca, tan reconfortante como un viento de verano que trae el olor de una tormenta. Este beso me hizo sentir como si hubiera encontrado el cielo. Nuestras bocas se separaron, y una oleada de culpa atravesó la euforia.

—Kill, siento haber huido.

Sonrió, acariciando mi pelo. —Está bien. No llegaste muy lejos.

Me reí entrecortadamente. —Supongo que no.

—Casi como si quisieras que te atraparan.

Arrastré los dedos por su pecho. —Quiero decir, ¿puedes culparme? ¿Quién no querría eso?

Se rió entre dientes, besando mi frente.

Él también me ama. Me apoyé en su calor, inhalando su aroma. Mi espalda hormigueaba donde me acariciaba. Entonces Becky gritó, y el sonido me destrozó.

La rabia inundó mi garganta. Me aparté de él y me encaré al cobertizo.

El agarre de Achille se tensó alrededor de mi cintura. —Me ocuparé de ella.

—No, tengo que hacer esto.

Sus ojos me suplicaron. —Violet, no.

—Tengo que hacerlo.

Acunó mis mejillas. —Sabes que te amo. Que haría cualquier cosa por ti. Solo tienes que pedirlo. Pero no quieres hacer esto.

Respiré profundamente, imaginándola acurrucada allí dentro.

—Era tu amiga, ¿verdad? ¿Durante meses? El peso de hacer esto te perseguirá.

—Se-se lo prometí.

—Violet, esto no te hará sentir mejor. Sé que duele, cariño. Si creyera que matar a Becky eliminaría tu dolor, te entregaría la pistola. Pero tú me enseñaste que hay más en la justicia que la venganza. Se trata de encontrar paz. Y esto —señaló hacia el cobertizo—, esto no es paz. Es más oscuridad.

Lo miré, sus palabras filtrándose en las grietas de mi determinación. —Pero lo que ha hecho... a nosotros, a mi familia.

—Nunca se puede deshacer, pero matar es una carga más pesada de lo que puedas imaginar. Cada vida que tomo deja un vacío que intento llenar con negación —hizo una pausa, una sombra cruzando su hermoso rostro—. Así es como sigo adelante. Amontono más tierra encima y finjo que no está ahí. Tú no deberías tener que vivir así.

La cruda honestidad en su voz me golpeó con fuerza.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. —Tampoco quiero eso para ti.

Me limpió las lágrimas de la cara. —Entonces no sigas este camino. Déjame que me ocupe de Becky, pero no con más

derramamiento de sangre.

—Yo me encargaré de ella.

Ambos nos giramos hacia Romeo, que estaba de pie en medio del campo. Le di un rígido asentimiento, y él se dirigió sigilosamente al cobertizo.

Sosteniendo mi mano, Achille me llevó dentro de la cabaña. Me hizo sentar mientras preparaba una taza de manzanilla, luego puso el té en mis manos. Bebí a sorbos mientras una sombra oscura se movía en el bosque de fuera. Pensé en el otro hombre enterrado aquí.

Achille se sentó a mi lado. Me rodeó con sus brazos. Apretó calidez en mi corazón, en mi alma misma, protegiendo mis ojos y oídos. Se inclinó, susurrando. —Mientras yo respire, te protegeré. Te mantendré a salvo. Siempre.

CUARENTA Y TRES

VIOLET

Cancelamos la boda.

Me dolió hacerlo, pero no podía caminar hacia el altar tan pronto después de lo de Becky. Necesitaba tiempo para procesar su traición. La Familia prohibió a Becky regresar a Boston. Confiscaron sus bienes y la obligaron a abrir un fideicomiso a nombre de Jack. Le quitaron su casa, el negocio de su marido, todo. Jack recibiría un porcentaje de cada céntimo que ella ganara para siempre. Sería nuestra por el resto de su miserable vida.

Achille debió de haber presionado duramente a sus hermanos porque pasaron semanas intentando compensármelo. Sabrina vino y se disculpó, suplicándome que le permitiera asistir a nuestra boda. Le dije que lo pensaría. Mi futura suegra rompió en lágrimas y me agradeció por salvar a su hijo. Elena cocinó pollo frito y pan de maíz el domingo, y Julia me regaló un paquete de productos típicos de Tennessee, pero Santino apareció con el mejor regalo de todos: un disco de vinilo personalizado con la música de mi hermana.

Reprogramé la boda en Tennessee. Nos dirigimos allí en cuanto pudimos, ambos ansiosos por dejar Boston por un tiempo. El mes siguiente fue el más feliz de mi vida. Aparte de mi hermana, nunca había conectado tanto con otro ser humano. Achille me entendía. Me *veía*. Podía ver colores hermosos nuevamente.

Éramos inseparables. Cuando no estábamos juntos, nos enviábamos mensajes. Íbamos al cine y pasábamos incontables

horas hablando. Reíamos hasta que nos dolían los costados. Muchas veces, *sentía* a mi hermana junto a nosotros. Ella estaba feliz por mí. Y cuando nos casamos dos meses después, la ceremonia no podría haber sido más perfecta.

Mientras la noche avanzaba, encontré un momento para llevar a Mamá aparte. El fresco aire nocturno acariciaba nuestra piel mientras salíamos al viejo porche de madera de la iglesia, contemplando la noche. Las estrellas parecían brillar con más intensidad, como si reflejaran la alegría del día. El dulce aroma de los jacintos en flor me envolvía la nariz.

—Mamá, Jack tiene al mejor papá.

Ella sonrió con tristeza. —Lo sé, cariño. Ella estaría en paz sabiendo que su niño es amado por vosotros dos.

—La siento, Mamá. En la forma en que sopla el viento, en la risa de Jack, y en la fuerza que me sigue empujando hacia adelante. Ojalá pudiera ver en la increíble personita en que se está convirtiendo.

—Lo ve, y está orgullosa de ti por quererlo con todo tu corazón. Ese niño es una bendición para todos nosotros, una parte de Elise que sigue viva.

Asentí, con el nudo en la garganta que me dificultaba hablar. La realidad de que Jack fuera mi sobrino y mi hijo me llenaba de emociones abrumadoras. Un amor que trascendía incluso la pérdida más profunda.

Cuando volvimos dentro, Mamá me apretó la mano. —Tu marido es un buen hombre. Has elegido bien, cariño. Y juntos, le estáis dando a Jack el regalo más precioso de todos. Una familia llena de amor.

—Gracias, Mamá.

Nos abrazamos.

Después de una noche de baile, besos robados, tarta decadente, y gritar a pleno pulmón con Taylor Swift, Achille y yo nos escabullimos a nuestra suite nupcial en Knoxville. Cerró la puerta tras nosotros. Me tomé un momento solo para mirarlo.

Llevaba un traje gris oscuro que le quedaba perfecto, resaltando sus anchos hombros. Se desabrochó un botón de la garganta, abriendo la camisa blanca. Su pelo, que normalmente tenía vida propia, estaba peinado hacia atrás pulcramente, su mandíbula suave. Era todo lo que quería en un solo hombre: lo suficientemente fuerte para apoyarme en él y con un gran corazón. Y se veía perfecto. De alguna manera, meses de estar a solas con Achille no podían compensar este momento.

Me guió por la suite. El dormitorio era hermoso, iluminado por el suave resplandor de las velas que esparcían una luz dorada por todo el lujoso interior.

Me miró a los ojos. —¿Fue todo lo que soñabas?

Asentí, deslizando mis manos alrededor de su cuello. —Casémonos otra vez.

—Lo que tú quieras, Paleta.

—¿*Tú* te divertiste?

Lo había observado toda la noche, pero Achille no se expresaba como la persona promedio. Una sonrisa suya era más rara que un diente de gallina, pero eso es lo que las hacía especiales.

Sonrió. —Me lo pasé genial.

Un calor invadió mi vientre. —¿Sí? ¿No te arrepientes de no haberla celebrado en Boston?

—Hacerte feliz es todo lo que me importa.

—¿Pero tú eres feliz?

Sacó una horquilla de mi moño, bajando la voz. —Nunca pensé que me casaría. Nada de esto se siente... real. Es como un sueño. Así que sí. Soy feliz.

Otra horquilla cayó al suelo.

—Quiero hacer algo por ti —respiré, distraída por su suave toque —. Has cumplido con todo lo que te he pedido. Ahora es mi turno.

—Me has devuelto el alma. No me debes nada.

Sacó más horquillas de mi pelo.

—Lo sé, pero quiero dártelo.

Clink.

La última horquilla cayó, y mi pelo se derramó en cascada. La mano de Achille se deslizó hacia la nuca de mi cuello.

—¿Has escrito una canción?

—Sí, pero eso no es lo que te estoy dando.

—¿Qué es? —ronroneó.

—Eh... bueno, fui al médico y me quité el DIU —me sonrojé mientras él se ponía rígido—. Si... si quieres intentar tener un bebé, estoy lista. Si no, también está bien.

Su mirada se clavó en mí. —¿Estás segura?

Asentí. No podía explicar de dónde venía ese impulso, pero durante los últimos meses, un hambre dentro de mí seguía creciendo. Un instinto primario de reclamarlo.

—¿Todavía quieres eso? —pregunté.

Un brillo salvaje entró en sus ojos. Luego me dio la vuelta, desabrochando el resto de mi vestido. Sus manos trabajaban rápidamente, tropezando en algunos puntos como si no pudiera arrancármelo lo suficientemente rápido.

Una vez que se deslizó por mis hombros, me atrajo con fuerza contra su cuerpo. Me acarició por debajo del sujetador. Agarró mis pezones. Retorciéndolos, los pellizcó.

—No puedo esperar a ver lo grandes que se pondrán.

Lo besé. Mientras su lengua bailaba en mi boca, me quitó el sujetador. Cayó arrugado en el suelo. Mis bragas se unieron a él un momento después. Luego sus dedos se deslizaron por mi húmeda entrada. Empujó hacia dentro.

Gemí.

Su boca caliente viajó por mi cuello. Sus besos avivaron un fuego, como los dedos que pulsaban dentro de mí. Podía sentir cómo se excitaba, pero aún no había perdido el control. Salió, untando mis jugos en mi clítoris.

—Te dejaré embarazada tan rápido, Violet.

—Espero que no demasiado rápido.

—Esto es todo lo que voy a querer hacer, nena —murmuró, llevando sus dedos a mi boca—. Demuéstrame que lo deseas.

Succioné sus dedos, saboreándome en mi lengua.

Sus dedos se deslizaron fuera y se arrancó la corbata y la camisa. Me giré para ayudarle. Agarré su cinturón. Desabroché el cierre y se lo quité. Él se quitó los zapatos de una patada. Se bajó los pantalones y los calzoncillos. Luego me subió a la cama, acomodándose entre mis muslos. Sus caderas se impulsaron hacia delante, enterrándose dentro de mí. Estaba tan llena. Me mordí el labio, el placer endulzando el dolor mientras él salía y entraba poco a poco. Una embestida brutal me hizo estremecer.

Se dio cuenta y se detuvo. —¿Te estoy haciendo daño?

Negué con la cabeza, clavando mis talones en su espalda. —Quiero más.

Retomó su ritmo. —¿Sí?

—Más fuerte.

—Te dolerá.

Le agarré del pelo. —Entonces hazme daño.

Sus labios chocaron contra los míos mientras me embestía contra la cama. Me tiró de un jalón, las sábanas quemando mi espalda. Levantó mi pierna sobre su hombro musculoso, la posición le daba un acceso más profundo. Me taladró así durante un rato. Las embestidas despiadadas me excitaban. Me volvían tan salvaje como él.

Gruñendo, me puso a cuatro patas. Sus rodillas separaron las mías. Agarró mi pelo y tiró, obligándome a arquearme. Entonces su miembro me penetró. Me folló como un animal depravado, mi pelo en su puño. Su otra mano ahuecó mi pecho. En algún momento, se inclinó sobre mí. Su pecho presionó contra mi espalda mientras me aplastaba contra la cama. Con mis piernas bien abiertas, le dejé usar mi cuerpo.

Sus gemidos se volvieron más bestiales, sus besos más salvajes. Y entonces sus dientes se hundieron en mi cuello. Se clavaron, la punzada como un chispazo de placer en mi sexo. Su miembro era una columna que golpeaba mi estrecho canal. Me corrí cuando él lo hizo, estallando en un millón de estrellas. Enterró su cara en mi

cuello y gimió. Derramó calor dentro de mí, todavía embistiendo. Besó la herida en carne viva de su mordisco.

Un rato después, yacía en los brazos de Achille. Tracé su amplia y satisfecha sonrisa con el dedo. El viaje hasta este momento no solo consistió en superar la oscuridad. Ambos habíamos construido algo hermoso de las cenizas de mi dolor. Con cada desafío, nos acercamos más, nuestro amor profundizándose de muchas maneras. Era el hombre que amaba. Mi compañero, mi mejor amigo, mi confidente, la persona con quien quería compartir todos los momentos de la vida.

Se me hizo un nudo en la garganta. —Te quiero. Más de lo que jamás creí posible.

Su respuesta fue un beso.

ACHILLE

Cada año, visitábamos la cabaña. Me llevó tiempo acostumbrarme a la idea. Empezó como un sombrío recordatorio de las vidas que había terminado, pero Violet lo veía diferente. Ella siempre decía que fue donde realmente empezamos. Maldita sea, tenía razón. Ahora era nuestro pedacito de cielo en medio del caos. Vacaciones, descansos de verano, estábamos allí, creando recuerdos. Reconstruí la cabaña para hacer habitaciones para los niños. Violet insistió en mantener la estética rústica, y no pude discutir. Algo en este lugar me daba estabilidad.

Nuestra pequeña, Daisy, acaba de cumplir los dieciocho meses. Una dulzura comparada con su hermano, que nos mantenía en alerta constante. Daisy era la niña de papá. No podíamos ir a ningún sitio sin que me suplicara que la cogiera en brazos. Caminaba torpemente por el porche de madera, su risa mezclándose con el canto de los pájaros. Aquí fuera, rodeado por la belleza agreste de las montañas, encontré una paz que pensé que era imposible para alguien como yo.

Violet se acercó a mi lado, deslizando su mano en la mía. —Lo hemos hecho bien, ¿verdad?

Le di un pellizco cariñoso en la mejilla, desviando la mirada hacia Jack, que regaba las plantas en el huerto donde antes estaba el cobertizo. Jack se había convertido en un chico bullicioso al que le encantaban todos los deportes.

El sol se hundió bajo el horizonte, pintándolo con trazos rosados y anaranjados. La cabeza de Violet cayó sobre mi hombro. Observamos en silencio, el mundo bañado en un suave resplandor.

Más tarde, cuando los niños ya estaban acostados y el fuego se redujo a brasas, Violet y yo nos sentamos solos en el porche, con el cielo iluminado de estrellas. Casi podía escuchar el eco de mi antiguo yo. Había dejado atrás el trabajo sucio que definió mi carrera. Seguía dirigiendo el espectáculo, pero desde la distancia. El liderazgo ahora era más cuestión de estrategia que de músculo.

Me giré hacia Violet. —Canta para mí.

Sonrió y comenzó una alegre melodía. Cerré los ojos, empapándome de su voz. Le pedí una canción. Violet escribió un álbum entero sobre mí. Una canción se hizo viral en las redes sociales y, de repente, estaba firmando un contrato discográfico. Le construí un estudio para nuestro aniversario. Hoy en día, grababa música, averiguaba cómo manejar su creciente base de fans y planeaba giras por el Sur.

Pero incluso con su fama, nunca perdió de vista lo más importante: nosotros. Cantaba a los niños cada noche, las mismas melodías que ahora arrullaban a miles a través de los altavoces. Cuando dirigía esa voz hacia mí, era como la primera vez una y otra vez.

—Pronto tendremos que añadir otra habitación a ese estudio tuyo —murmuré, pensando en el creciente interés de Daisy por golpear las teclas del piano y los tímidos intentos de canto de Jack.

Violet se rio. —Creo que tienes razón. Quizás deberíamos grabar un álbum familiar.

—¿Y qué haré yo? ¿Golpear una pandereta?

—Cariño, intenté enseñarte el teclado. No salió bien.

—Puedo tocar un instrumento.

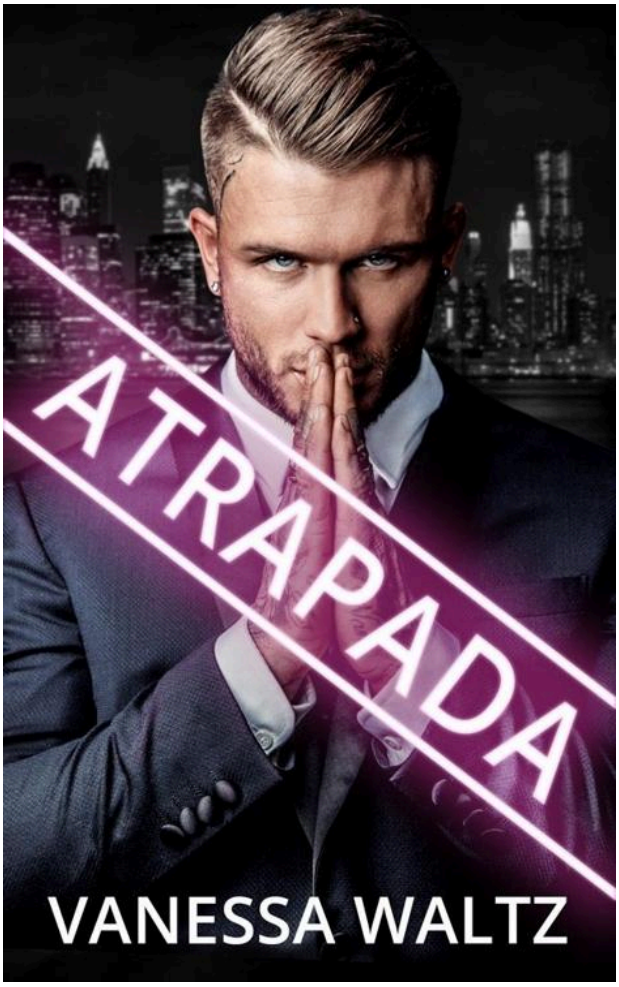
Ella arrugó la nariz. —¿La tabla de lavar, quizás? Puedes raspar cucharas contra ella.

Me reí con ganas.

Esta era la vida con la que no me había atrevido a soñar, ahora mía. Sin importar qué, lo afrontaríamos juntos, con la música como nuestra guía y un legado construido no sobre mi pasado, sino sobre nuestro futuro.

Y eso era más que suficiente.

¡Gracias por leer Reclamada! Lee la siguiente entrega de Los Pecadores de Boston



—No vamos a volver a casa hasta que estés embarazada.

Cuando escapé a Boston, necesitaba vincularme a un hombre poderoso. Santino Costa parecía la elección perfecta: lo suficientemente peligroso para protegerme, lo bastante rico para mantenerme, lo suficientemente celoso para matar por mí. Pero la protección tiene un alto precio.

No solo estoy pagando mis deudas con dinero, sino con mi cuerpo.

Se supone que no hay ataduras. Pero cuanto más tiempo paso con él, más me sorprendo soñando con un futuro que nunca podrá ser.

La posesividad de Santino no conoce límites. No comparte, y se lo deja muy claro a cualquiera que se atreva a acercarse.

Así que cuando mi pasado llama a la puerta y él se ve obligado a dejarme marchar, Santino no solo se resiste: me secuestra.

Entonces establece sus condiciones:

—No vamos a volver a casa hasta que estés embarazada.

Tropos:

- Él se enamora primero
- Tócala y muere
- Héroe ultra posesivo
- Sin compromiso convertido en algo serio

AGRADECIMIENTOS

Cuando los autores escriben personajes de sicarios, tienden a ser angustiados y oscuros. No quería seguir ese camino. Tenía la visión de un sicario joven y desencantado que buscaba significado en su vida, que ayudaría a una mujer a sanar su dolor. Me gustaba la ironía de un sicario persuadiendo a la heroína para que no matara a alguien.

No podría haber hecho esto sin mis betas: Sarah Schopick y Bettye Underwood. Gracias, Christine LaPorte, por tu fabulosa edición. Gracias a Kevin McGrath por el diseño de la portada y a Michelle Lancaster por la fotografía.

A todos mis lectores, vuestro apoyo a mi trabajo significa el mundo para mí. Estoy muy agradecida por vuestro entusiasmo con mis historias. ¡Gracias!

Con cariño,

Vanessa